



UN  
CORAZÓN EN  
LA PARED

JOSÉ GAROÉ

**¿Qué serías capaz de hacer por la gente que quieres? ¿Estarías dispuesto a matar?**

Tomás, inspector de la policía de Sevilla, se ve inmerso en un caso donde un asesino en serie comienza a matar mujeres sin razones aparentes y sin conexión entre ellas. El poco tiempo que pasa entre una y otra dificulta la labor policial y hace que, junto con su compañero Joaquín, trabajen contrarreloj para tratar de impedir que mueran más. Al avanzar, se da cuenta que hay cosas del asesino que lo conectan con su pasado, que le afectan directamente y que le obligarán a tomar decisiones que cambiarán su vida para siempre.

Trepidante thriller policiaco con giros inesperados donde la lealtad, la amistad y el amor tienen un papel protagonista.

# Un corazón en la pared

José Garoé

A todos los que han pasado por mi vida y han hecho que sea como soy.

A mis hijos, Daniela, Diego y Mateo.

A mi mujer, mi amiga, mi editora, sin la que esto no hubiese sido posible, Verónica.

## 1.- CALLABRUNO

Domingo 26 de Mayo 2019

La alarma del móvil sonó a modo de despertador exactamente a las 7:00 de la mañana. Sonaba un tono diferente al de la llamada, seleccionado entre risas y arrumacos por Sara, su ex. Recién comprado su nuevo smartphone, le pidió que se lo configurara porque se le daba muy bien el trato con esos cacharros y él decía que sólo servían para hablar y mandar *Whatsapp*. Hacía poco que le había pedido que se casase con él en una fiesta sorpresa en un restaurante de alta alcurnia de la calle Betis. Aprovechando que una de sus amigas cumplía años se las ingeniaron para que no se enterara de nada hasta el momento de la pedida. Paseíto al lado del majestuoso Guadalquivir, subida a una barca previamente alquilada, amigos grabando a lo lejos con el móvil, transeúntes observando con una sonrisa al ver lo ñoña que era la escena... pedida romántica en toda regla. Sabiendo la música que le gustaba a la que pensaba que era la mujer de su vida, eligió la canción que ella luego optó por poner como tono para la alarma del despertador. Dijo que así todas las mañanas se acordaría de ella y de aquel maravilloso momento. Tenía razón, se acordaba. *Marry You* de Bruno Mars, donde el bueno del protagonista le pide a su novia que se case con él. Campanas y más campanas. Por supuesto Sara dijo que Sí, sin faltar la respectiva subida de fotos a redes sociales enseñando el anillo, besitos y las sonrisas en cada una de ellas que enseñaban lo feliz del momento.

Claro que en la historia de la canción no sale como a los tres meses pillas a la mujer por la que van a sonar las campanas en la cama con tu compañero de piso.

Si todos los días aquel sonido le parecía odioso y le entraban ganas de coger el teléfono y lanzarlo contra la pared, esa mañana no pudo soportarlo.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó desesperado.

El teléfono salió de la mano con la velocidad suficiente para que al llegar a la pared se quebrara la pantalla por varios lados. En realidad no había dormido nada, hacía todo lo posible por vencer al sueño, ni siquiera se había quitado la ropa. Estaba acostado en la cama boca abajo cuando sonó el despertador. Todavía seguía sin poder evitar llorar. Un llanto que sólo se puede conseguir cuando se mezcla el dolor, la culpa, la angustia, la pérdida, la impotencia y la rabia. Flotaba, con la sensación de que aquello no era real, deseando que en realidad todo fuera una pesadilla cruel donde la intensidad de la realidad soñada es tal que se grita desesperado por salir de ahí. La alarma le había recordado que estaba despierto, que la pesadilla no era tal, que en ese momento la vida era la pesadilla.

La almohada estaba empapada, mezcla de lágrimas y sudor. El dolor en la nuca le bajaba por la columna, como si alguien estuviera apretando muy fuerte desde atrás y esa tensión fuera cada segundo en aumento. Intentó incorporarse. Al hacerlo la habitación empezó a dar vueltas, las náuseas empezaron a nacer desde lo más profundo del estómago y a escalar de forma imparable. Cayó de rodillas con una palma de la mano en el suelo y la otra en la boca. A la arcada mal contenida siguió un vómito un tanto sanador. Junto con él salió algo de tensión, angustia y dolor. Aunque era tal el contenido de esa mezcla dentro de su cuerpo que el alivio se notaba poco.

—¿Por qué, Tomás? —susurró lloroso—. No va a pasar, eres un puto mentiroso.

Las lágrimas volvieron a brotar con intensidad. Esta vez el llanto parecía una plegaria, un intento de petición de clemencia o de conjuro para darle hacia atrás al tiempo, esperando con todo su ser que alguien lo oyera. Al llanto acompañó gritos de rabia cada vez más altos, asimilando de forma consciente que nada iba a cambiar lo que había ocurrido. Empezó a golpear el suelo de su habitación. El puño cerrado impactaba con fuerza indolora en la madera que forraba la plataforma de cemento. El llanto se cambió por un apretar intenso de los dientes, tanto que desprendía un sonido audible, produciendo un intenso dolor desde la mandíbula a los tímpanos. El puño derecho ya le sangraba y la hermosa madera ya estaría marcada de por vida por los impactos del desespero. En ese momento se desmayó.

La boca pastosa le sabía ácida y abrir los ojos estaba siendo un ejercicio de fuerza que le costaba un mundo. Cuando la luz entró por sus pupilas y pudo distinguir algo de lo que estaba a su alrededor, buscó rápido con su mirada el reloj que había sobre la mesilla de noche. Eran las 10:30. El cuerpo se había auto desconectado en forma de sueño obligatorio al notar que si no paraba algo malo podía pasarle. Los huesos y la carne pasaron a ser hormigón, los brazos dolían, la postura al desmayarse en el suelo había hecho que su peso descansará sobre ellos, logrando un adormecimiento doloroso. La cabeza también quería su protagonismo. Más que dolor era pesadez, como cuando un cubo está a punto de rebosar y se dobla por el peso. Una vez pudo, se incorporó y se sentó en la cama apoyando los codos en las rodillas y la frente en las manos. Seguía recordando, aunque todo estaba algo borroso, como si una espesa niebla estuviera empezando a esconder las cosas. Deseaba que todo fuera mentira o borrar lo que había pasado. Respiró hondo para ahogar un poco la pena e intentar que los pulmones le dieran el impulso para poder levantarse.

Dejó que el agua tibia lo abrazase durante un tiempo, que lo acariciara mientras tenía las dos manos apoyadas en la pared. Al ver el agua caer, hizo un esfuerzo tremendo para recordar como se habían conocido, como habían llegado a ser casi familia.

«Año 2.000, Academia de Policía Nacional, Ávila.

—Bienvenidos todos a la Academia de Policía. Espero que pongáis todo vuestro empeño en pasar todas las pruebas. No me gustaría que nadie se quedara atrás. Ahora, os advierto una cosa, si no valéis, os doy una patada en el culo y a casita. ¿Entendido? —les recibió el instructor al mando.

—Sí, señor.

—¡NO OS OIGO!

—¡SÍ, SEÑOR!

—Ahora les dejo instalarse y conocerse un poco. Mañana a las 7:00 empezamos. El que no esté listo a las 7:00, a su puta casa —concluyó con una mirada general amenazante.

—Me da que éste es sólo perro ladrador, tiene cara de ser un buenazo. Soy Tomás de La Torre —dijo extendiéndole la mano.

—No sé yo. Estos con cara de amigo para jugar al dominó me dan mala espina. Joaquín Peñalver, encantado.

—No jodas que te gusta el dominó —dijo Tomás jocoso—. ¡Menos mal! Creía que era el único tipo menor de 20 años que le gusta. Siempre he pensado que a los que nos gustan los juegos de mesa somos una raza superior. Dame unas cartas, unas damas, un ajedrez... coño, dame un

parchís, vamos no hay quien me gane al parchís. Miento, mi abuela Tata. La cabrona gana siempre. No sé como lo hace, pero dice que va a sacar un cinco y va la tía y ¡lo saca! Te digo que esa gente que no vivió con la Play o los teléfonos esos nuevos son más listos que los tontolabas de ahora que no saben ni jugar al cinquillo.

—A mí me gusta la Play —contestó resignado Joaquín—, pero donde esté un buen dominó que se quite lo demás.

Al terminar la frase se dio cuenta de que aún se estaban estrechando la mano. »

Entró en el coche despacio y se dejó caer derrotado en el asiento. Al mirar a su derecha no reparó en la foto que había cogido de su casa el día anterior y que había tirado en el asiento del copiloto. Estaban él y Ana abrazados sonrientes en el *Coffee Shop* donde trabajaba. No estaba Tomás. Le pareció verle allí sentado, junto a él en el coche. Le repetía una y otra vez que no le gustaba que comiese dentro. No era el tipo de hombre que lo tenía siempre impecable, aunque trataba de tenerlo lo más decente posible por si se tenía que subir alguien importante o alguien interesante. Pero en el lado del copiloto, en el suelo, siempre había o envoltorios de chocolatinas o de patatas o, lo que era más asqueroso, uñas perfectamente cortadas con la boca.

« —Que no me las como, Joky, me las corto con la boca porque se me olvida en casa. Yo las recojo después, maruja, que eres una maruja.

— ¡¿Maruja?! ¿Me estás llamando Maruja? Eres un guarro, un cerdo, un asqueroso, todo lo que defina a un tío que no respeta la propiedad privada. Bueno no sé si la propiedad privada, pero la mía, esa zona del coche no la respetas, capullo. ¿Sabes lo que me pasó ayer? Uno setenta, rubia, cuerpo con más curvas que la carretera de Despeñaperros. Minifalda a nivel de braga. Buen rollete en el bar, tres *Gin-tonic* cada uno. Cuerpo y cerebro, Tomás, carrocería y motor. Joder, la bomba. “¿Nos tomamos otra en otro sitio?”, le dije intuyendo la fiesta que habría en mi colchón por la noche, que sabes que llevo tres meses con el churro sequito. Me dijo que sí, Tomás. Me dijo que síiiii. La traigo al coche. Le abro la puerta como un caballero. ¿Qué pasa a continuación? Cuando va a entrar, pone su taconazo dentro del coche con la mala suerte que el tacón lo apoya sobre el paquete de Ruffles que dejaste ayer tirado ahí. Se resbala un poco, pero lo suficiente para perder el equilibrio, Tomás. No sé como coño pasó, pero el tobillo que tenía en la acera se le dobló Tomás, se dio una hostia de campeonato contra el bastidor de la puerta y se cayó en la acera —Tomás no paraba de reír—. Toda espatarrada en la acera, Tomás. La minifalda se le remangó al caer, y ahí estaba el pibón de la noche, tirada en el suelo, con el peinado a tomar por culo, con un esguince grado 3 y enseñándome todo el potorro transparentado detrás de sus brasileñas que ahora mostraba a todo el que estuviera cerca. Iba a celebrar la Feria de Abril en mi colchón, y por tu puto paquete de Ruffles, estuve toda la noche en el hospital, con un pibón, que al dejarla en casa, me recalcó con mucha educación que me fuera a t-o-m-a-r p-o-r c-u-l-o...

Las lágrimas de Tomás no dejaban de salir y las carcajadas se oían desde varios metros de distancia.

—Hoy te llevas el coche y me lo lavas, cabronazo —sentenció Joaquín aguantando la risa.

—Hecho. ¿El potorro estaba cargadito?

No pararon de reír todo el día, con la guasa del potorro.»

Tomás era la clase de persona que llena el sitio al que llega. Esas personas que cuentan una anécdota simple y se convierten en una aventura o en un chiste o en un sueño. De esas personas que hacen cosas que pueden sacarte de quicio, las regañas y puede que incluso te enfades, aunque en realidad lo ves como un defecto maravilloso. Es como una marca de nacimiento, un lunar o incluso una cicatriz que hace al que lo lleva especial. Puede que a cualquier otra persona le quedara mal, pero a esa, a esa que está al lado tuyo y que quieres de forma casi incondicional, le hace más atractivo, más interesante, más valioso. Le hace único. Da igual que sea. Puede ser algo tan estúpido como su forma de reír, su desorden, su torpeza, su ingenuidad, cosas que sin querer le resaltan del resto. Por si fuera poco, Tomás era de la clase de persona que le hacía sentir inteligente, que le escuchaba aunque lo que dijera ya lo supiese o no fuera interesante, que se reía con sus cosas aunque no fueran graciosas. Un tipo al que nunca le molestaba una llamada y con el que siempre se podía contar para todo. Un tipo de su equipo, un tipo del que, a medida que pasaba el tiempo, y las vivencias con él, sabía que había sido un regalo que apareciera, del que sabía que no aparecería otro así, del que sabía que jamás le iba a dejar tirado, que haría lo que fuera por él.

Detuvo el coche justo en frente y miró con rabia el edificio antes de bajar para ver a Tomás. No le apetecía. Su amigo le había mentado, le había condenado para siempre a vivir con aquello y no creía que pudiera soportarlo mucho tiempo. No entendía cómo le había convencido, sabía que era completamente imposible que pasara, pero aún así lo hizo. Siguió su plan al pie de la letra, un plan creado desde la locura y la desesperación al que no terminó de negarse. Pensó que tenía que haberle detenido, que tenía que haberle convencido de que aquello no iba a pasar, de que no había ninguna posibilidad de que saliera bien, pero no pudo. Estaba seguro al cien por cien. Nada ni nadie podía convencerle de lo contrario. Si no hubiese sido él, Tomás lo habría hecho de todas formas. Había ayudado a su amigo, pero se había jodido la vida. Después de aquello, se entregaría.



## 2 .-HIELO EN LOS PIES

Una semana antes

Domingo, 19 de Mayo de 2019

El frío del amanecer no correspondía a la fecha, aunque seguramente cambiaría mucho a lo largo del día.

La maravillosa Sevilla se maneja así, a veces, caprichosa. Te viste para abrigarte y más tarde te desnuda para verte. Despista para enamorar. Se asocia Sevilla al calor insoportable del verano, ignorando el rocío o la niebla mañanera y desconociendo la rara frialdad del invierno sevillano. En cambio la primavera, si hubiera que parar el tiempo en algún momento en Sevilla, sería en primavera. La belleza excelsa de la que un día fue la capital del mundo acariciada por las flores, la agradable brisa de la tarde y los naranjos que la acompañan, atrapan al que la observa primerizo pasando muchas veces desapercibida para el que la disfruta a diario.

A las siete de la mañana ya había movimiento en el centro. Panaderos o reponedores que se dirigían a su empleo, obreros que tenían que hacer alguna ñapa por la zona en busca de aparcamientos y, sobre todo, bares abiertos para el primer café y la tostá de la mañana.

—Buenos días, Don Benito. Es un poco temprano hoy, ¿no? —saludó alegre el tabernero entretanto sacaba brillo a un vaso.

El cura le miró hastiado, un poco dormido e intentando meter más cuerpo dentro del abrigo.

—Hola, hijo. Sí, sí, hoy tengo que llegar un poco antes a la Iglesia. Ayer hubo boda y no limpiaron nada. ¿Sabes hasta donde llegan los granos de arroz cuando saltan? Que manía esa del arroz. Tú que tienes mucho arte, piensa a ver por qué podemos cambiarlo. ¿Hace más frío hoy de lo normal o es que me estoy haciendo viejo?

—Las dos cosas, Don Benito —contestó con una sonrisa.

—Llevas razón, hijo. ¿Me pones un cafecito?

—Se está calentando la cafetera, ¿le pongo un chupito de anís antes?

—¿Antes? ¿Tú crees? ¿No me sentará mal?

—¿Cómo va a sentar eso maaaal? Eso es medicina para los huesos. ¿Y no se acuerda usted de eso de que el orden de los productos no afecta a los factores?

—¡Al revés, bruto!

—Pues eso, el anís primero, además, así después no canta el aliento —dijo mientras llenaba el vaso y le guiñaba un ojo—. Enseguida le traigo el café.

El viejo cura vació el contenido del vaso con un sorbo rápido y maestro, de estos que casi no tocan la lengua y van directos a la garganta. Agradeció el calor que le proporcionó el alcohol.

—Aquí tiene, el cafecito. Aceitunas.

—¿Cómo que aceitunas? —preguntó sorprendido.

—El arroz habría que cambiarlo por aceitunas.

La puerta principal de la Iglesia del Divino Salvador se suele abrir al público a las once. La visita de turistas a diario caracteriza la vida del edificio, ya que es una de las más hermosas de Sevilla. El párroco entraba por una puerta mucho más pequeña que está en el lateral del templo.

Le costó un poco sacar la llave de la cerradura, inconveniente que achacó al cambio que unos días antes tuvieron que hacer porque se atascaba al intentar abrir, aunque probablemente era más responsable el año. Tras un trayecto de unas decenas de metros y después de pasar por algunas estancias, llegó a la parte principal de la iglesia Portaba ya con él la escoba y el recogedor. Al comenzar la tarea observó lo que parecía alguien sentado justo en la última fila de los bancos de madera. Cerró un poco los ojos para tratar de enfocar mejor y dirigir toda la atención a ese punto concreto. —*No puedo creer que se quedara alguien aquí después de cerrar* —pensó inquieto.

—¿Hola? —dijo alzando algo la voz y devolviendo el templo algo de eco—. La iglesia está cerrada. No puede estar aquí. ¿Cómo ha entrado?

A medida que se acercaba distinguió claramente una mujer sentada, inclinada hacia delante, con los brazos entrelazados colocados encima del banco delantero y la cabeza apoyada en los brazos. Parecía que estaba rezando. El nerviosismo inicial acababa de cambiar por enfado al ver que no era nadie que pareciera amenazante. La mujer no parecía inmutarse ante la reprimenda del cura.

—Le he dicho que no puede estar aquí. Señorita, ¿no me oye?

Una vez al lado de ella, el enfado se convirtió en curiosidad.

—Señorita, ¿está usted bien?

La mujer no se movía. La curiosidad tornó en preocupación. El hombre, inquieto, la tocó un poco en el hombro izquierdo para tratar de despertarla. El pequeño empujón tumbó el cuerpo de la mujer que cayó inerte entre los dos bancos.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se persignaba y se inclinaba torpemente a tratar de socorrerla.

Poco tiempo había pasado desde que la Feria descansó hasta el año siguiente. Ese año, por primera vez la Feria de Abril había sido en Mayo, del 4 al 11. Algunos pusieron el grito en el cielo, tirando de la tradición que como mínimo un día tiene que entrar en Abril. La decisión se tomó tras una reunión con representantes del sector turístico de la ciudad, a los que el Ayuntamiento, con el Alcalde a la cabeza, les pidió consejo. El Alcalde defendió lo importante de mantener dos semanas entre Semana Santa y Feria. Lo impusieron por ordenanza, mediante una modificación que llevaron a la Junta de Gobierno Local. El motivo era garantizar la seguridad y que se desarrollara «con total satisfacción». Por otro lado el Centro de Coordinación y Operativa de Sevilla, el Cecop, informó de la necesidad de espaciar esas dos semanas entre los dos eventos más importantes de Sevilla ya que “revisar cada una de las casetas, trasladar las cámaras de seguridad y vigilancia de la avenida de la Constitución al recinto ferial y organizar todos los dispositivos lleva un tiempo” El Alcalde también explicó otra de las razones de la decisión: “Los distintos sectores que se han consultado de la ciudad han dado una opinión unánime y la propia economía de la ciudad gana mucho más cuando existen dos semanas entre un evento y el otro. Este debe ser el criterio que de ahora en adelante se debería tener en cuenta cuando las circunstancias sean similares”

Sevilla se engalana en esa época como cuando una mujer guapa se arregla para realzar más su atractivo, sabiendo ella lo elegante, llamativa y hermosa que es, orgullosa mientras se mira en el espejo con la certeza de que todo el mundo la va a observar con detenimiento y se asombrará de su belleza. El ingenio publicitario hacía que fuera más llamativa aún. Ese año se habían simulado las marquesinas de muchas paradas de autobús como si fueran casetas de la Feria. La ciudad vive y se para por y para la Semana Santa y la Feria. No ocurre eso con la policía. La intensidad de

trabajo se multiplica para velar por el cumplimiento de la ley y la protección de creyentes, curiosos, locales y foráneos. Si Sevilla se ha convertido en uno de los puntos turísticos más importantes de España, durante esas fiestas, se lleva la medalla de oro. Después de tantísimo ajeteo, algunos se habían cogido unas merecidas vacaciones y los que no lo estaban, arrastrando el cansancio de las horas acumuladas, iban un tanto más lentos. Eran días para que no pasara más que alguna reyerta o algún robo de cartera. Cuando acaba la Feria, hasta los delincuentes están cansados. Después de la fiesta, Sevilla y los sevillanos viven la resaca.

—De la Torre, Peñalver, han llamado los de La Local informando de un muerto en la Iglesia del Divino Salvador —dijo el Capitán para dar la lista de tareas del día. Normalmente el domingo por la mañana la semana siguiente a la Feria no hay mucho que hacer, salvo que juegue el Sevilla o el Betis en casa.

—¿Cómo que un muerto? —preguntó Joaquín entre curioso y desganado.

—Un muerto, Joaquín, una persona que estaba viva y ahora no. Lo que se dice un muerto. Y no me preguntes más porque no tengo ni idea. Con esto de las putas vacaciones nos hemos quedado aquí cuatro gatos. De hecho, para esto sólo estáis vosotros, os toca sí o sí. Acercaos a ver que ha pasado. A lo mejor es un pobre mendigo o un viejito que no ha elegido mejor lugar donde morir. El caso es vuestro, id a ver que ha pasado. No me llaméis salvo que sea imprescindible. Hoy come en casa mi suegra y no tengo ganas de que Paqui me de la murga con que si me escaqueo cuando viene la vieja.

El cura hablaba consternado con dos agentes de la Policía Local. Gesticulaba nervioso y enérgico. El guardia que lo custodiaba se esforzaba por calmarlo poniéndole una mano encima del hombro y haciendo un ademán con la otra que le invitaba a la calma.

—¿Por dónde han entrado ustedes? No pueden estar aquí. La iglesia está cerrada. Las puertas están cerradas. ¿Quiénes son ustedes? —les preguntó el cura al verlos, resoplando, sudoroso y desorientado como el que reprende a un par de gamberros que se acaban de colar en algún sitio.

—Tranquilo señor, somos policías —contestó amable Tomás—. Hemos entrado por la puerta lateral. En la entrada está un compañero que impide que entre nadie que no deba.

—¿Y sus uniformes? ¿Dónde están sus uniformes? La iglesia está cerrada —el shock le impedía centrarse del todo.

—Tiene razón, señor, vamos sin uniforme. Nosotros no lo llevamos siempre. Somos Policías Nacionales. Mire, le enseñamos nuestras identificaciones para que lo compruebe usted mismo.

Ni siquiera las miró.

—Me la he encontrado muerta —dijo afligido y casi apunto de llorar—. Estaba ahí sentadita, la he tocado un poquito para tratar de despertarla y se cayó al suelo. Pobre hija mía, parece que está dormida. Yo sólo la toqué para despertarla —repitió cubriéndose la cara con las manos—. Está muerta, está muerta.

—Padre —dijo sin ser religioso—, tranquilo. Cuéntenos todo lo que ha pasado. Entendemos que impone encontrarse una persona muerta, a nosotros nos pasa exactamente igual. Sabemos que está nervioso, así que tómese su tiempo y cuéntenos. Después si tenemos alguna duda le preguntaremos y ya está. ¿Le parece bien?

El hombre respiró profundo y se calmó un poco.

—Pues hijos, lo que les he contado, poco más. Llegué sobre las 7:30. Hoy vine más temprano porque ayer por la tarde hubo boda y quería recoger un poco antes de la misa de la mañana. Me gusta que todo este perfecto para cuando lleguen los feligreses no se lleven una mala impresión. Entré por la puerta que entraron ustedes, fui a por el recogedor y la escoba y llegué hasta aquí. Vi que había alguien sentado en ese banco, le pregunté cómo había entrado y al no responderme me acerqué a ver que ocurría. Pensé que estaba dormida, la empujé sólo un poquito en el hombro y cayó al suelo. Me acerqué para intentar ayudarla a levantarse, pero al tocarla, estaba muy fría. Me di cuenta que estaba muerta. No la toqué más. Cogí mi teléfono y les llamé a ustedes. Eso es todo.

—Muy bien, padre. Le voy a contar lo que vamos a hacer ahora. Joaquín y yo nos vamos a acercar a ver el cadáver. Si a usted le parece bien nos espera aquí un poquito por si tenemos que preguntarle algo más. Hoy va a ser una mañana larga, se lo anticipo. No sé si quiere llamar a alguien para que le acompañe o tiene que informar para suspender la misa, no lo sé, disculpe mi ignorancia. De todas formas, le aseguro que haremos lo necesario para que esto termine lo antes posible y robarle sólo el tiempo que en realidad haga falta. ¿Le parece bien?

«Recordad, informar de lo que va a pasar a continuación da tranquilidad y confianza al que recibe la información. Pedir consentimiento ayuda en un primer momento a que el testigo se sienta parte del equipo, aunque en realidad no lo es.»

Aquel hombre necesitaba un trato pausado, respetuoso y cariñoso. La condición de cura podría ser un obstáculo para su cooperación, antaño muy acostumbrados estos a que nadie les tosiera y a mandar más que el Alcalde. Sin embargo, Don Benito no parecía de esa clase, pero nunca venía mal una buena dosis de mano izquierda y más al estar prácticamente seguro de que el testigo no era el responsable de ningún delito.

Desde aquella posición, en frente de la primera fila de bancos, el templo se veía grandioso. Nunca había entrado en aquella iglesia. No le gustaban. Lo lamentó. Al entrar, todos sus sentidos se dirigieron a Don Benito, pero ahora, la estancia gritaba clamando atención. Ante ellos se presentaba un edificio espectacular. Daba igual hacia donde se dirigiera la mirada, en cualquiera de las paredes, el techo o el suelo, mirase a donde mirase, había arte. Columnas redondas de piedra blanca molduradas perfectamente por las hábiles manos de los artesanos del siglo XVIII, arcos majestuosos que hacían que los bellos pilares se enlazaran como hermanos, el suelo de mármol blanco como el hielo puro que forma un glaciar, la bóveda que gritaba presumida y conseguía siempre que la miraran para invitar a los sentidos a disfrutar de la gran pintura que transformaba el techo del altar en una inmensa obra de arte. El oro que adornaba las paredes mezclado con la pureza de la piedra blanca, daba la sensación de estar en medio de nubes donde sobresalía el sol. Una percepción de pequeñez, paz y miedo le abrazó por dentro.

Había varias hileras de bancos de madera que ocupaban más o menos hasta la mitad de la nave. Continuaban hasta el final sillas de plástico que eran bastante más cómodas que las primeras. Pensó que las habían puesto porque el aforo se quedaba pequeño para la boda del día anterior. En el pasillo central, en la zona del último banco de madera, custodiaba erguido un compañero de la Policía Local, delatando el sitio exacto donde estaba el cuerpo.

Después de enseñar su identificación y ponerse los guantes de látex, se acercaron al cuerpo.

—¿Alguien ha tocado algo? —preguntó Tomás al policía que custodiaba la zona.

—No, señor, bueno, al menos nosotros no. Cuando llegamos solamente estaba Don Benito y nos dijo que sólo la había tocado en el hombro. Me acerqué a la mujer, le tomé el pulso y, tras comprobar que estaba muerta, nos limitamos a llamar a la central que a su vez mandó a otra patrulla y supongo que ellos les llamaron a ustedes. Nos hemos limitado a tranquilizar al cura y a custodiar la zona. No hemos tocado nada.

Joaquín se había inclinado a observar más de cerca a la mujer.

—¿Qué ves, Joky?

El equipo solía funcionar así. Joaquín era más detallista, más observador. Cantaba los detalles en voz alta, puntilloso al relatar lo expuesto. Tomás empezaba a formar una especie de puzzle tratando de ver entre ambos qué imagen salía. Nadie era más importante que nadie, el uno sin el otro no funcionaba igual. Mientras Joaquín hablaba, Tomás solía cerrar los ojos para concentrarse exclusivamente en la voz, como si aquel sonido fuera una luz guiadora en medio de una oscuridad tenebrosa y aparentemente total, donde precisamente esa voz empezaba a marcar por donde había que ir.

—Es una mujer. Aproximadamente 30 años. Compleción normal. Más o menos 160 de altura y 55 kilos. Olor a cloroformo. Es guapa. Pelo largo y castaño. Está bien peinada. Está bien vestida. La ropa y los zapatos parecen de buena calidad. Lleva una falda a la altura de las rodillas. Lleva un pañuelo de seda alrededor del cuello. Lo lleva suelto. Es una mujer elegante. Las uñas están perfectas, no hay ninguna rota. Tiene hecha la manicura y pedicura. Lleva anillo, es de oro, parece de compromiso. Pendientes en forma de perlas. Está bien maquillada, no excesivo, tonos suaves. No aprecio marcas defensivas en ningún sitio, tampoco encuentro ninguna herida. No hay restos de sangre. Parece que duerme.

—¿Qué más?

«En un asesinato, es muy importante observar y escuchar muy bien lo que nos dicen todos los protagonistas: los testigos, si los hubiese, el cuerpo, si lo hubiese, y el escenario. Ese siempre está, y casi siempre dice cosas.»

—Aparentemente no cuenta nada más —dijo mientras ponía el cuerpo algo de costado para ver si encontraba algo en su espalda—. Un segundo, espera, espera, aquí está el bolso. Seguramente habrá caído sobre él cuando trato de despertarla el cura. No es muy grande. Es de piel negra. Pone que es de Chanel y creo que es un *Timeless*. Si es auténtico, esto cuesta lo que no ganamos en tres meses. Es igual al que le regalé a Sara en la pedida, la hijaputi me lo tendría que haber devuelto —dijo mientras lo abría—. Dentro está la documentación de la chica. Se llama Julia Rivero Betancor. También hay una tarjeta de crédito y dos billetes de 50 euros. Hay una barra de labios que coincide con el color que lleva puesto, también hay tarjetas de visita a nombre de la víctima que anuncian que es psicóloga y las llaves de un coche. Hay una bolsita plástica llena de marihuana. También hay una jeringuilla con una aguja y un frasco vacío de ketamina.

Tomás abrió los ojos. Bastantes piezas asomaban para formar la imagen.

—Descartado suicidio, ¿no? —empezó Tomás tratando de poner la primera pieza.

—Sí, sería muy raro que alguien se bañara en cloroformo antes de inyectarse una dosis de *keta*.

—Vale, ¿robo?

—Nada, están las tarjetas de crédito, dinero en efectivo, joyas y el bolso.

—Ok. ¿Para qué duermo a alguien, le inyecto una dosis letal de ketamina, la dejo perfectamente colocada en un banco en una iglesia de Sevilla, dejo su bolso al lado con toda su documentación y

con lo que he usado para matarla?

—Porque estás como una puta cabra.

—También, pero sobre todo porque quiero mandar dos mensajes. Uno, quiero que la encuentren rápido, quiero que se sepa, quiero que no pierdan tiempo en saber quien es, quiero hacer ruido. Dos, quiero que sepan como lo hice, se lo voy a poner fácil y quiero que entiendan que soy mucho más listo que ellos.

—¿Qué insinúas? ¿Qué van a haber más? Joder, Tomás. También puede ser que lo hayas hecho, aparte de estar como una puta cabra, porque esta tía te caía rematadamente mal, o porque no te gustó su psicoanálisis, o porque te puso los cuernos, o porque anoche se te fue la olla más de lo normal. Deja de ver series de esas nórdicas raras que al que se le está yendo la cabeza es a ti.

Joaquín no era peor policía, estaba bastante de acuerdo con lo que su compañero pensaba, pero su subconsciente quería que la cosa fuera más simple.

—¿Veinte euros? —preguntó Tomás extendiéndole la mano.

—¿Cómo que veinte euros?

—Estás espeso todavía, ¿no? Que si nos jugamos veinte euros a que no es la última.

Aceptó la ridícula apuesta estrechando la mano de su amigo, esperando ganarla e intuyendo que la perdería.

—Don Benito ¿la iglesia se cierra por la noche? —preguntó Joaquín sosteniendo un pequeño bloc de notas y un bolígrafo con función de linterna y puntero de tablet mientras Tomás se había sentado al lado del cuerpo y miraba al altar.

—Sí. Yo personalmente me encargo de cerrar con llave tanto la puerta principal como la puerta por la que han entrado ustedes.

—¿A qué hora cerró anoche? —apuntaba mientras preguntaba.

—Sobre las 7:00. Después de la boda no me encontraba demasiado bien así que me fui a casa a descansar.

—Espero que se encuentre mejor, Padre. ¿Ha pasado algo extraño en las últimas semanas, cualquier cosa, algo que se salga de lo habitual?

—No, hijo. Alguno que se quería colar sin pagar la entrada o con ropa inadecuada, pero eso pasa todos los días. Aquí viene muchísima gente a admirar la belleza de la casa de Dios. Nada raro. No sé que decirte. No te estoy ayudando nada.

—Al contrario, está haciéndolo muy bien. Usted responda y ya está. ¿Alguien más tiene copia de las llaves de la iglesia?

—Hasta hace una semana había varias copias por ahí dispersas, pero ya no. Hoy por hoy sólo tengo yo. Tengo que repartir un par de ellas, por lo que pueda pasar, pero no he tenido tiempo.

—¿Y eso? —cuestionó curioso.

—La semana pasada empezó a costar abrir la puerta lateral. La cerradura era muy vieja. Llamé al arzobispado y se encargaron de cambiarla. Aprovechando cambiamos todas las de las puertas de acceso.

—Muy bien, Don Benito. Por ahora es todo. Muchas gracias. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted.

Tomás seguía sentado rumiando ideas y desechándolas. El trance había pasado a ser un bombardeo mental que aparecía sin que sonase la alarma para esconderse. Explosiones aquí y allá sin sentido razonable, con el objetivo claro de destruir lo que no fuera útil. Sus piernas no paraban de moverse, tiritando o nerviosas, algo de lo que no se había dado cuenta.

—Estás temblando —informó Joaquín al darle un suave golpe de zapato a zapato.

—Tengo frío. Parece que estoy pisando una pista de hielo. Tenía que haber seguido con lo del doble calcetín.

—No me recuerdes eso que me pongo a temblar yo también. Está llegando la científica. Puede que encuentren huellas y que encontremos a ese hijo de puta rápido. El cura cerró las puertas ayer por la tarde y no recuerda que haya pasado nada raro en los últimos días. Está cansado y mayor. Le he dicho que puede marcharse cuando quiera, que esté localizable. He pensado que podemos pasar por el despacho de la víctima y por su casa, puede que allí encontremos algo mientras los mascarillas hacen su magia.

—Bien pensado. Ve preparando los veinte euros —le extendió la mano para que le ayudara a incorporarse.

### 3.-CARTUCHERAS

Domingo, 19 de Mayo de 2019

El despacho de la Doctora Julia Rivero se encontraba en Los Remedios, en la calle Virgen de Luján. El edificio no era muy antiguo y respiraba cierto aroma de pije. Disponía de una especie de recepción donde probablemente el portero recibía a las visitas e impedía el acceso a vendedores o religiosos. Ese día el portero libraba. Joaquín se acercó a la puerta del edificio y trató de mirar entre los cristales. Ahuecó las manos en forma de prismáticos, las pegó al cristal y acercó la cabeza hasta las manos para que los ojos enfocaran entre la cavidad creada. No se veía a nadie en recepción. En el porterillo, además de señalar los pisos y las letras de las puertas, había un botón donde al lado rezaba la palabra Portería. Algunos edificios de la zona disponían de pequeños apartamentos que cedían a los porteros con la excusa de que la jornada laboral fuera prácticamente ilimitada. Sin pensarlo mucho, tocaron.

—¿Quién es? —preguntó un hombre con un tono seco y molesto, probablemente por no esperar que nadie le interrumpiera en su día de descanso.

—Policía Nacional, ¿puede abrirnos?

—Un segundo, que salgo.

Al poco un hombre de mediana edad, fondoncillo, con el cinturón a medio abrochar y camisa de tirantas abrió la puerta del edificio. Al verlos les miró desconfiado.

—Buenos días —saludó antipático—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Buenos días, señor. Soy el inspector Joaquín Peñalver y este es mi compañero Tomás de la Torre —enseñaron las placas—, tendríamos que entrar al piso 3A. Es la consulta de la Dra. Julia Rivero.

—¿Por qué tienen que pasar a la consulta de Julia? ¿Le ha pasado algo?

—¿Por qué piensa que le ha pasado algo?

—Hombre, es una forma de hablar, aunque que un domingo por la mañana, dos policías nacionales de paisano quieran entrar en el despacho, no es muy normal. Algo habrá tenido que pasar. Pero ya les digo yo que esa chica no ha hecho nada malo, es muy amable, vamos, un cachito de pan que siempre está ayudando a la gente.

—Bueno, es un asunto policial, señor. ¿Tiene usted llave?

—Sí, tengo llave. Pero no puedo abrirles sin el permiso de la doctora. Es una chica seria pero muy maja, así que si la llaman seguro que les da permiso sin ningún problema. De todas formas, pueden venir mañana. Abre la consulta a las 10:00.

—Verá, señor, es muy importante que nos deje pasar ya. No podemos esperar a mañana.

—Pues tendrán que venir con ella, yo no puedo abrirles —dijo con la convicción de estar defendiendo el castillo como el mejor de los guardianes.

—Disculpe, señor —intervino Tomás. ¿Cómo se llama?

—Juan Luis Prieto González.

—Como le ha dicho mi compañero Joaquín, yo soy Tomás. Se ve que aprecia mucho a la doctora y que hace su trabajo muy bien. Estamos aquí porque, como usted ha sugerido antes, a su amiga Julia le ha pasado algo. No puedo decirle nada más ahora, pero sí le puedo decir que si queremos ayudarla tenemos que entrar en el despacho ya. Ella no está en disposición de atender el



teléfono ni de acompañarnos. Es cierto que si usted decide no darnos permiso, no podremos entrar, pero tampoco podremos ayudarla.

—¿Le ha pasado algo a Julia? —preguntó triste. Por su cabeza estaban pasando varias posibilidades desagradables.

—No podemos decirle nada más, Juan Luis. De verdad que me gustaría, pero no podemos. ¿Nos deja pasar?

El hombre, contrariado, se apartó hacia un lado para abrir más la puerta y dejar paso.

Aguardaron frente a la puerta del apartamento a que saliera con el manajo de llaves.

Les pidió un segundo para apuntar algo en un libro que tenía en recepción. El edificio tenía siete plantas y había siete pisos por planta. Aquel inmenso racimo metálico tendría unas cincuenta llaves con sus correspondientes identificadores de plástico. Al llegar a la puerta, Juan Luis se puso a buscar la llave con el identificador 3A. Con esfuerzo, teniendo en cuenta la cantidad de llaves a manejar, trató de acertar con la cerradura. El primer intento acabó en fracaso, dejando caer el manajo y causando un estruendo considerable en el rellano. El segundo intento necesitó algo más de concentración, la punta de la lengua de Juan Luis salía de su boca y apuntaba hacia arriba como si fuera una antena para recibir más señal wifi. Optó por ponerse de cuclillas. Al agacharse, el cinturón no pudo impedir que el pantalón pasara un poco de los límites razonables y diera paso al espectáculo de una mata frondosa de pelos que podía observarse en la parte superior de las nalgas. Algo desagradable que era imposible dejar de mirar, por muy repulsiva que fuera la estampa. Logró introducir la llave en la cerradura.

—Ahora —dijo victorioso mientras trataba de girar el cilindro—, parece que se traba un poco —después de varios intentos bruscos, sacó la llave asumiendo la derrota—. A ver si soplando un poco la cerradura va bien, es que como casi no la he usado...

Probó una tercera vez. Tampoco logró abrir.

—Juan Luis, ¿me deja que lo intente yo? —preguntó Joaquín.

—Claro, pero vamos, es abrir una puerta. Puedo hacerlo yo perfectamente —le cedió molesto el inmenso manajo.

—Seguro, pero ya sabe, a veces hay que moverla un poco. Se lo digo porque en la puerta de mi casa me pasa y a veces me cuesta un buen rato. Buscamos la 3ª —pasaron unos segundos—, la metemos en el cilindro despacito y tratamos de darle la vuelta y *voilà!*, abierta. ¿Ve?, la suerte del no profesional.

La zona del piso que se había adaptado no era muy grande. Un pequeño baño y un cuarto que usaba como consulta. Llamaba la atención la ausencia de muebles y lo elegante que resultaba. Sin tener en cuenta algún cuadro, el blanco dominaba todos los elementos, transmitía modernidad, sencillez, pureza y quietud. Sobre todo, resaltaba la luz. Con las cortinas abiertas del todo, entraba por los ventanales como un torrente de agua que rebota al chocar con las paredes. A esa hora era incluso molesto. Estaba todo impoluto y ordenado. No había ninguna muestra de lucha. Una mesa blanca de unos dos metros estratégicamente colocada presidía el despacho, donde dormía orgulloso y altivo un MAC, que además de cumplir con su función de ordenador personal, aportaba un caché innegable que acompaña a la manzana mordida. Cerraban la estancia una especie de *chester* blanco, un sofá individual que formaba parte del conjunto y una mesa auxiliar con una cafetera Nespresso de gama alta de las que anunciaba George Clooney, acompañada por un expositor de cápsulas perfectamente ordenadas por sabores. Al lado de la cafetera, de forma muy visible, había otra bolsita llena de marihuana, exactamente igual a la del bolso.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la doctora? —interrogó Tomás mientras observaba la

zona del café.

—Ayer por la tarde la saludé cuando entró al edificio. Yo estaba en la recepción. Pero Julia no se droga, eso seguro —dijo nervioso al percatarse él también de la bolsita y concluyendo que ya sabía por qué estaban los policías allí.

—¿Por qué dice eso, Juan Luis? —Ahora lo miraba a los ojos.

El hombre empezó a sudar y a hablar con cierto tartamudeo mientras miraba al punto contrario de la habitación de donde estaba la cafetera.

—No, no, por nada. Por si ustedes están aquí por eso.

—¿Por qué piensa que estamos aquí por eso, señor?

El pequeño interrogatorio que Tomás le estaba haciendo, casi para tomarle un poco el pelo y disimulando que ellos también habían visto la droga, hacía que el hombre no dejara de moverse y de mirar inquieto a todos los puntos posibles, menos a la cafetera.

—Pues no sé. Es por lo que ustedes suelen ir a las casas. Vamos, que no son Testigos de Jehová de esos. ¿Qué sé yo? No me hagan caso.

—¿No será por esto que está aquí? —preguntó Joaquín alzando la bolsa y balanceándola despacio.

—Joder, sí, es por eso. Pensé que no la habían visto. Pero seguro que no es de ella. Julia es muy sana, no fuma, no bebe, hace el yoga ese. Dejen a la muchacha tranquila que seguro que eso es de algún paciente que se lo dejó aquí.

Joaquín volvió a dejar la bolsita en la mesa y le sacó una foto con su teléfono móvil. También fotografió todo el despacho. Informó al portero de que durante el día o al día siguiente irían los compañeros de la Policía científica a ver si encontraban algo más. Le advirtió que no tocara nada si no quería meterse en problemas, que ya estaba todo fotografiado y si movía o quitaba cualquier cosa, lo iban a saber.

—Me iré con ustedes y no volveré a entrar hasta que vuelvan a venir. Díganme por favor ¿la doctora Julia está bien?

Se despidieron.

Era la hora del aperitivo y pararon en un bar a comer algo. Decidieron parar en El Rinconcillo, uno de los bares más antiguos de Sevilla y probablemente de España. Abrió sus puertas en 1670. Los camareros siguen escribiendo la cuenta a tiza en la barra, uno de los pocos sitios donde dar la cuenta es un arte, sin que esto sea una forma de hablar. Antaño era conocido como el refugio de las cuatro pés: policías, poetas, periodistas y prostitutas. A Tomás le encantaba, no por las espectaculares espinacas con garbanzos y la pavía de bacalao, sino por su historia. Le encantaban los sitios que contaran cosas. Decía que en un bar se puede comer muy bien, un lugar puede ser muy hermoso, una ciudad puede tener paisajes espectaculares, pero sin la historia, es simplemente eso, un bar donde se come bien o un sitio bonito. Cuando la historia forma parte del lugar, pasa a ser un algo único, con alma, capaz de transportarte en el tiempo, de llevarte a épocas pasadas que tanto le atraían. Capaz casi de hacerte vivir vidas que ya no existen.

—¿Estás más flaco o es cosa mía? —preguntó Joaquín acercándole el vaso de cerveza, por hablar un poco de algo que no fuera el caso.

—Más flaco estoy —dijo en tono de queja—. Claro que estoy más flaco. ¡No que le ha dado a Ana por decir que los bocatas por la noche engordan! Dice que hacen que nos salgan cartucheras o flotador o no sé qué. Hace un par de meses, me acababa de duchar, ¿no? y tú sabes que el baño da

al pasillo y que para llegar a nuestro cuarto hay que pasar delante de él. Pues ese día estaba yo contentorro, vamos que tenía ganas de guateque, y pensé al salir de la ducha: *me voy a lavar los dientes, pero esta vez no me pongo la toalla, me los lavo así, en pelotas, con la churra al aire y la llamo, así ella me ve sexy, desnudito, y echamos un polvete de campeonato*. Le digo: “Cariño, ¿me puedes traer las zapatillas del cuarto, por favor?” Ella pasa de largo, yo allí en pelotas y ni me mira. Primer intento fallido. El segundo no podía fallar, venía a darme las zapatillas. Entró en el baño, y yo allí, apretando las nalguitas, me abraza por detrás, dibuja con la uña en mi espalda el contorno del tatuaje y el mástil empieza a extenderse, y me dice al oído mientras me tocaba los abdominales dorsales: “Los bocatitas de por la noche están haciendo efectito ¡eh! Te está saliendo flotadorcillo cariño”. ¿Sabes lo que es cuando el mástil mira a tierra, triste y derrotado? Pues así me dejó, traumatizado —Joaquín no paraba de reír—. ¿Alguna vez he tenido yo flotador? Oye, de verdad, yo siempre he estado en forma, ¿o no?

—¿Abdominales dorsales? —preguntó sin parar de reírse— sí hombre, Schwarzenegger.

—Pues tío, me dejó traumatizado, y ¿sabes que hago ahora siempre que salgo de la ducha? Mirarme los dorsales, obsesionado. Me dejó obsesionado. Y por eso ahora estamos cenando lechuga. Como si fuéramos cabras, verdura a todas horas. Yo a veces no me aguanto, me levanto de madrugada, disimulo que voy al baño y me hago un mini mini bocata que me cabe en un bocado, ya sabes, para no tardar en ir a la cama.

—¡A lo que has llegado, fiero! Por cierto, ¿cómo está Ana? —dio un sorbo de cerveza.

—Perfecta, guapísima y ahora con la barriga grande, más todavía. ¿Sabes eso que dicen que las mujeres embarazadas se ponen más guapas? Pues es verdad, la jodía está como nunca, es como si le brillara la cara.

—Tienes suerte de tenerla. Y pensar que estáis juntos casi que por mí... Es una gran mujer.

—Joky, para mí es más. Llevamos cuatro años casados y te juro por mi vida que cada día me gusta más, cada día la quiero más, cada día la necesito más. A veces, con el trabajo de mierda que tenemos, llego a casa y estoy seriote o pensativo y ella sabe exactamente lo que me hace falta. Me rescata. Es como si me viera ahí, en el fondo de un agujero y ella se asomase al borde y estirara mucho la mano para agarrar la mía y me dijera: “Ya está, estoy aquí, todo saldrá bien”. Me encanta como se ríe, sobre todo cuando se ríe por algo que yo no tengo ni idea de que es. Mientras lee, de repente se descojona, y yo la miro y me rio, me cuenta lo que le ha hecho gracia, a mi me parece una chorrada, pero al ver como se ríe mientras me lo cuenta, te juro que me encanta. Otras veces que me cuesta dormir o me despierto por la noche, la miro, miro como duerme, y me calma, me relaja. Me encanta como respira, algún ronquidillo suelto que me hace sonreír, los gestitos que hace con la boca cuando sueña. Su olor me hipnotiza, me transporta, me eleva. Sé que está mal, puede que parezca un ñoña y no se lo digo, pero dependo de ella, si ella no fuera parte de mi vida, en más de una ocasión estaría en ese agujero sin saber si puedo escalarlo.

—También estoy yo, ¿no? ¿qué pasa, que sus tetas son más bonitas que las mías? —empezó a dolerle no tener algo como eso. Sintió algo de celos o envidia sana. En algún momento creyó tener algo parecido, aunque al pensarlo, se dio cuenta de que no, que lo de Tomás y Ana era mucho más intenso, íntimo y dependiente que cualquier relación que él hubiera tenido.

—¡Qué cabrón eres! Además sabes que tus tetas me encantan. Fuera de coña, Ana es la hostia y chim pum. Y gracias a ti y al maravilloso Don Carlos que Dios tenga en su gloria, que no se te olvide. Hablando de otra cosa, te contuviste con la maría, ¿no?

—¿La María? ¿Qué María?

—¿Serás tonto? —rio y le dio una colleja— ¡La hierba hombre, la marihuana!

—Mira que eres mierda. Eso fue un par de veces y hace muchísimo tiempo. Estábamos en la Academia, ¿no? Madre mía, si me llegan a pillar no estaba aquí ahora contigo. Coño, me acaba de venir a la mente el tipo que la pasaba. Se fue sin despedirse de nadie, ¿te acuerdas?, ¿cómo se llamaba?

—No lo recuerdo bien... JJ algo, ¿no?, no sé... me dio pena que le echaran. No pensé que le mandaran a casa por eso. Ahora en serio, la bolsita de hierba, un poco raro, ¿no? No tenía pinta de que fumara porros.

—¿Y cuál es la pinta del que fuma porros? No seas antiguo, que ya la recomiendan hasta los médicos como terapia alternativa. Seguro que la usaba para algo de sus sesiones o para relajarse un poquito. A mi madre, con el tema de la fibromialgia, el médico le recomendó infusiones de marihuana, y no veas como se queda la vieja después del té zen, como lo llama ella, toda relajadita y riendo por cualquier cosa.

Después de comer fueron a dar la noticia a los padres de Julia. Cuando se da una noticia como esa es mejor que sea rápido. Algo así como: “¿Son los padres de Julia? Traemos malas noticias. Sentimos informarles de que ha muerto”. Por muy fugaz que sea la frase y aunque no se conozca al receptor del mensaje, la expresión que se plasma en la cara del familiar de desesperación, terror y negación siempre produce en los mensajeros una sensación propia de dolor empático que tarda algún tiempo en desaparecer. Preguntaron por el novio. Era arquitecto y estaba de viaje en Sudamérica por algo de una obra.

Volvieron a comisaría y empezaron a plantear por dónde debían seguir. Después cada uno se fue a su casa con la mochila cargada con todo lo del día, con el peso de la deuda adquirida con la víctima y con la familia, con lo que supone saber que ha muerto alguien y que es tu responsabilidad atrapar a quien lo ha hecho. A Tomás solía pesarle más esa mochila.

—¿Qué pasa cariño? Desde que has llegado casi no has hablado nada. Mira la hora y aquí me tienes esperando una de esas maravillosas cenas light que tan bien te salen —dijo mientras sonreía y trataba de hacerle algo de cosquillas—. ¿Qué te pasa? Cuéntame.

El la miraba con una sonrisa tierna y unos ojos que pedían un poco más de tiempo

—Vale, pues te leo un artículo muy interesante que he encontrado en Internet, para que veas que no es cosa mía —anunció con la intención de sacarlo de aquello que le estuviera atormentando—: “La cena es el momento perfecto para completar el resto de comidas que hemos hecho durante el día. Si no se ha comido fruta o verdura, se debe aprovechar para hacerlo, igual que si no se ha comido pescado. Debe ser poco calórica y grasa para favorecer la digestión y el descanso. Debe ser completa, basada en hortalizas, pollo, pavo, huevos, pescado, lácteos o embutidos ligeros. Es muy recomendable cocinar al vapor, la plancha o el horno. Hay que evitar los fritos, rebozados, salsas, alimentos precocinados, bollería o guisos contundentes”.

No siendo un gran cocinero compensaba su falta de talento con ganas, humor y cierto don para combinar de forma satisfactoria, aunque cuestionable, los ingredientes en un bocadillo. Si alguien preguntaba por su comida favorita, sin dudarle ni un segundo decía: Un bocata de lo que sea. Un ejemplo claro era su obsesión por dejar patente que cualquier bocata mejoraba con un ingrediente secreto, patatas de paquete. Daba igual que fuera de mortadela, salami, solomillo o queso. También daba igual el sabor de las patatas. Si las llevaba, era un bocadillo *gourmet*. Atendiendo a su obsesión, se había revisado por la mañana los dorsales no encontrando nada escandaloso y en

el caso de ella pensaba que los casi ocho meses de embarazo tendrían algo que ver en el tema de las cartucheras. A pesar de lo que él consideraba razones de peso para no variar la dieta nocturna, los maravillosos bocadillos habían cedido el trono a la lechuga o las sopas frías.

La miró enamorado y agradecido. Una vez más le había salvado. Detestaba a la gente que decía que daría su vida por el otro y en el día a día prácticamente no se hablan o no tienen en cuenta lo que el otro necesita. No sólo se salva a alguien cuando se evita que muera o que tenga un accidente. Se salva cuando se hace que el día del otro mejore, cuando se hace reír, cuando las cosas menos importantes tienen un peso brutal en la felicidad, las cosquillas, las miradas tiernas y comprensivas, los abrazos de verdad, la intimidad agradable, el pensar en qué hacer para que el otro se sienta a gusto. No hace falta morir por alguien para demostrar el amor. Hace falta vivir de manera que el otro note que uno es capaz de hacerlo. Ana se había puesto de nuevo en el borde del agujero y había estirado la mano.

—Hoy Joaquín me ha dicho que me ve flaco y paso de cocinar, así que ¿sabes lo que hay hoy de cena? Voy a llamar a Juanjo para que nos traiga...

—¡Un-buen-bocata! —interrumpió y gritó contenta mientras levantaba el puño justo antes de besarle.

#### 4. - DE ROSA

Lunes, 20 de Mayo de 2019

El día después de encontrar un cuerpo era raro, incómodo. Prácticamente no dormía nada y lo poco que conseguía dormir era un descanso diferente, ni profundo ni ligero, era como si pensara mientras lo hacía. Una sensación de cansancio mental se despertaba con él el día después. Era, como si toda la noche, su cerebro no hubiera podido acompañar a su cuerpo y se embarcara de forma independiente en una lucha sin tregua hasta el despertar. Nunca recordaba lo que soñaba el día después, como si su mente, una vez despierta, le bloqueara para no castigarlo, para no contarle las cosas horribles que había pasado en su cabeza las últimas horas. El día después siempre se despertaba de mal humor mucho antes de que sonara el despertador. Sigiloso, preparaba la cafetera y sacaba unas rebanadas de pan de molde que ponía en la tostadora. Buscaba la taza que le regalaron en el Mcdonald que tenía dibujada lo que parecía la cara de un reno, la mantequilla, la mermelada y lo ponía todo sobre la mesa. Antes de salir dejó un *post-it* pegado en la campana que rezaba: *“Reina, tienes todo preparado para el desayuno. Tu taza está sobre la mesa. Enciende la cocina y pon en marcha la tostadora. De acuerdo, de rosa. Hoy me voy más temprano. Te amo montones”*. Al leerlo, Ana sonrió triste al ganar la discusión sobre el color de la habitación de Cloe y comprobar que Tomás había pasado mala noche.

Decidió caminar los cuatro kilómetros que había desde su casa hasta la comisaría. Pensó que le vendría bien. Cuando llevaba recorrido la mitad del trayecto se paró un instante. El cielo estaba cambiando de color y después de mucho tiempo pudo disfrutar el espectáculo que es el amanecer. Quieto, sobre la acera mojada del rocío de la noche, miraba hacia arriba y respiraba profundo, intentando que aquella humedad le refrescara por dentro. Unos segundos después, miró hacia sus pies para comprobar que lo de flotar sólo estaba siendo una sensación. Siguió caminando y decidió pensar en algo que no tuviera nada que ver con el caso para que su mente se recolocara. A veces, la mejor manera de solucionar algo es no prestarle tanta atención, durante un tiempo, aunque sea poco. Dejar que las cosas reposen, no tratar de moverlas tanto.

«La mente es como un ordenador, a veces hay que cerrar ventanas, porque si no, se cuelga. Si se satura, no funciona. Paren, piensen en otra cosa durante un rato, algo que no tenga nada que ver, salgan de esa ventana, desconecten totalmente. Al rato, vuelvan a entrar. Estará todo igual, pero puede que lo vean diferente».

Desde que se enteró de que Ana estaba embarazada, se empezó a interesar por cosas que antes ni siquiera pensaba. El color de una habitación era una de ellas. Siempre había pensado que el blanco era el color perfecto para todas las estancias de la casa, no era ostentoso, era luminoso y combinaba con cualquier tipo de decoración. Pero una vez supo que la vida les iba a obsequiar con el mayor regalo que puede tener un ser humano, entre otras cosas, se empezó a interesar por la decoración del cuarto del bebé. Blanco no podía ser, tenía poca personalidad. Pero tampoco quería un color que definiera mucho. No quería ni rosa ni azul en las paredes del cuarto. De hecho, no quería ni rosa ni azul en nada. Ni en la ropita, ni en el chupete ni en nada relacionado con el niño o la niña. Él prefería un color más unisex. Los dos estaban de acuerdo en que iban a tratar de criar a su hija con los menos prototipos posibles, algo así como que jugara con balones y muñecas. A pesar de todo, sorprendentemente Ana quería pintar la habitación de rosa. Decía que la iba a criar con la menor de las imposiciones sociales respecto al género, pero que el rosa era

muy cuqui y que mientras fuera un bebé, sería una princesita. Ella decía que sería una princesita poderosa. Ya más adelante le cambiarían el color de la habitación. Tomás sabía que ella siempre iba a encontrar en Internet algo que apoyara su tesis, sabiendo que si lo que pensara fuera lo contrario, también habría algo que lo apoyara. Era una de las cosas que le encantaba de ella. A veces le llevaba la contraria, aunque sabía que la que ganaría sería Ana.

—Mira, cariño, lo que dice aquí de los colores de la habitación de las niñas: “A la hora de decorar una habitación infantil, el color rosa es una recomendable opción y es perfecto para conseguir crear un ambiente en el que la niña se encuentre a gusto. Puedes optar por usar tonalidades que sean alegres y vivas y conseguir un espacio especial y único. Puedes usar el rosa en parte del mobiliario o combinarlo con el blanco y encontrar un equilibrio perfecto en la habitación”. ¿Ves? La niña se va a encontrar muy cómoda con su habitación rosa.

—Ana, ahí no dice eso exactamente. Dice que se puede crear con esa combinación de colores un ambiente en el que la niña este a gusto. Exactamente igual que con otros colores. Además, ¿de dónde estás leyendo eso? ¿Es la página de un psicólogo infantil? ¿Está basada en algún estudio serio o algo parecido?

—¿Me estás interrogando o qué, tonto? Aquí de poli nada ¡eh! Yo sólo digo que el rosa va estupendamente. Yo sólo digo que yo voy a estar más que tú en esa habitación y que a mí me gusta el rosa. Además ves que Internet, repito, Internet —dijo sonriendo— dice que es un color perfecto para la habitación de una niña. Yo sólo lo digo para que lo pienses.

—¿Qué pesadilla! Tengo una idea. ¿Por qué no ponemos en una bolsa dos papelitos escritos con los colores que te gustan a ti y con los que me gustan a mí? Sacamos uno y ya está. La pintamos del dolor que salga.

—Así que vamos a dejar que el color del cuarto de nuestra hija lo decida una bolsa del súper. Vale, Tomás. Y pensándolo bien, ¿por qué no llamamos por teléfono a un número al azar y le decimos al que salga que nos diga cómo se llama y ese es el nombre que le ponemos? Esperemos que no salga una Rogelia o una Ruperta. O mejor la llamamos como tú, la vamos a llamar Tomasa —sugirió entre graciosa y molesta.

—Ya empezamos...

—Mira, tengo un tablero de *Pinterest* con un montón de ideas de habitaciones rosa. Déjame que te lo enseñe. Verás que bonita va a quedar.

—¿Qué es eso de *Pinterest*? —preguntó haciéndose el tonto.

Había salido de la ventana y entrado en una que le tenía preparada Ana. Una ventana hermosa, donde la veía, donde la oía, donde lo sacaba del barro en el que se solía mover y por donde a veces le costaba caminar. No hacía más que hacer eso, aunque no estuviera con él, le salvaba. Ahora podía volver a caminar por el barro.

—¿Qué tal ayer? —Preguntó el Capitán sin dar las buenas horas.

—Mal —contestó Joaquín mostrando que también había pasado una mala noche—. Era una mujer joven, y parece que era buena gente. Ya sabe, cuando el muerto es un cabrón, a uno le da un poco igual, a veces hasta se alegra, pero cuando ves que no, que es alguien bueno, que no se lo merece, se hace difícil. Del escenario, pues esperando a lo que digan los de la científica, pero estaba todo como muy fácil. La chica estaba en una iglesia, la dejó sentada como si estuviese dormida, preparadita para que la encontrara el primero que llegase. Faltó que el asesino nos escribiera su nombre y lo dejara en el bolso que encontramos. Dejó incluso la droga y la

jeringuilla con que la mató dentro del bolso. No sé, o es muy tonto o es muy listo. Aquí el pájaro de mal agüero dice que más bien lo segundo y que vendrán más.

—¿Más de qué?

—Más asesinatos, Capitán —continuó Tomás.

—No me jodas. ¿Por qué dices eso?

—Por lo que le acaba de decir Joky. Nos está provocando. Deja el cuerpo en una iglesia del centro. Nos deja el arma del crimen, la droga, la documentación de la víctima...

—¿Puede ser que quiera que lo cojamos? Ya sabes, hay gente para todo, algunos no pueden vivir fuera y hacen lo que sea por pasar el mayor tiempo posible en el hotel —argumentó refiriéndose a la cárcel.

—Se habría entregado. ¿Y para qué tanto circo? No creo que quiera que le cojamos, al menos todavía. Me da en el cogote que quiere demostrar lo listo que es, dejándolo todo muy fácil a ver cuanto tardamos en resolverlo. Si es así, no creo que se conforme con un asesinato sólo.

El Capitán suspiró mientras se tocaba la parte alta de la nariz y cerraba con fuerza los ojos.

—Vamos a esperar a ver si hay alguna huella y le pillamos rápido. Mientras tanto, ¿por dónde vais a tirar?

—Habrá que mirar el listado de sus últimos pacientes, las últimas llamadas, mensajes, tarjetas, correos, mirar las cámaras de seguridad de la zona. También están las cosas que había en el bolso... empezaremos por ahí.

—¿No había novio, marido o amante?

—Amante no sabemos, pero el novio está en Sudamérica en viaje de trabajo.

—Pues leña, coño. Esta mañana me llamó el Alcalde, y con eso de que apareciera en una iglesia, me está tocando los cojones más de lo normal. Cualquier cosa que necesitéis, estoy en mi despacho. Por cierto: Buenos días, ¿no?

A los veinte minutos el Capitán salió de su despacho corriendo y rabioso se dirigió a las mesas de Tomás y Joaquín.

—Me cago en tu puta madre, Tomás. Ha aparecido otro cuerpo en La Macarena.



## 5.- COFFEE SHOP

Cinco años antes

La calefacción del coche hacía tiempo que daba señales de que pronto iba a dejar de funcionar. En realidad nunca había funcionado bien. Joaquín varias veces se había quejado de que hacía más frío dentro que fuera y que si seguía así, tendría que comprar la ropa en la zona de esquí de Decathlon. El día anterior había bajado de casa con la tabla de *snow* que nunca había usado para ver si de esa forma hacía algo.

«Por el precio que tiene no te puedo dar garantía. Pero te llevas una joya. Esto dura veinte años más enterito».

Seis meses hacía que lo había comprado, en verano. No le dio por comprobar si la calefacción funcionaba, ni se dio cuenta de los pequeños agujeros que había bajo las alfombras que dejaban entrar el agua cuando llovía. Durante el día, poco a poco el agua del asfalto iba entrando en el coche por aquellos diminutos agujeritos y empapaba las alfombras de un material sintético que daban la apariencia de entre tela y terciopelo, refugio perfecto para cualquier tipo de líquido durante varias horas. Por la noche, la temperatura hacía el resto. El frío subía desde las alfombrillas hacia arriba como miles de alfileres de hielo con vida propia con la misión de helar a cualquier ser vivo de sangre caliente. Siempre ganaban. Le había recomendado a Joaquín el truco del doble calcetín, táctica defensiva tan efectiva como parar una bala con un trozo de cartón. Una mierda vamos.

—Eres un rata, tío. No podías haber comprado un coche mejor, ¿no? ¿Tenías que compartir esta tartana vieja? ¡Y lo incómodo que es, coño! Casi acostados en el suelo que vamos.

—No faltes al respeto a Carlos —acariciaba el volante—, es una reliquia. Él nota cuando le hablan mal. Debes entender que nota tu negatividad y por eso no funciona alguna cosa, para joderte.

—¿Carlos? ¿Ahora lo llamas Carlos?

—¡Claro! Por Carlos Sainz. Toyota Celica con el que fue campeón del mundo.

—Sabes que éste no es el modelo con el que Carlos Sainz fue campeón del mundo. Este es el mierda 1.6 básico.

—¿Ves? Le ofendes. Para que no te quejes, hoy te voy a invitar a un café rico, nada de la mierda esa que sale de la máquina de la comisaría.

—¿Pues sabes una cosa? Te va a costar caro. Olvídate del café del Bar de Manolo. Me vas a invitar a un café de un *Coffee Shop* en el centro. Relajadito y calentito que me lo voy a tomar.

—No te aproveches, *quillo*. El café donde Manolo con la tostá, dos cincuenta. Un café tuneadillo en un sitio de esos, cinco euros. Tío, el desayuno de dos días. ¿Y por qué se llama Cofi Chop y no cafetería o bar? No te das cuenta que lo llaman así sólo para cobrar más. Es que somos muy tontos.

—*Coffee Shop* —corrigió Joaquín con el acento casi perfecto de Londres que había pulido durante los años de academia y el año que pasó en la capital británica.

A Tomás no le gustaba ni pagar los parkings ni las zonas azules ni a los gorrillas. Era verdad que para algunas cosas tenía el puño cerrado. Cuando no había prisa podía pasarse treinta minutos

buscando aparcamiento, algo común en Sevilla en la zona centro si no se quiere soltar algo de calderilla.

Después de veinte minutos, encontró un hueco en una calle estrecha a unos dos kilómetros de la Plaza de La Encarnación, al lado de las Setas, nombre por el que se conoce la zona, al describir perfectamente la arquitectura de un pequeño centro comercial que se erige en la plaza y que sirve también de mirador. Era la zona en donde estaba el *Coffee Shop* que Joaquín había seleccionado para desayunar. El hueco era justito y el coche no disponía de dirección asistida. A Joaquín le hacía gracia observar a Tomás maniobrando con fuerza intentando disimular el sacrificio que suponía mover el volante mientras el coche estaba parado.

—Cuesta, ¿no?

—¿Qué va a costar! Mantequilla, suavcito suavcito.

—No dice eso el cerquillo del sobaco. Ve pensando buscar un sustituto a Carlos. Se ha ganado una jubilación digna. Hay una residencia en las afueras que le encantaría, con mucho espacio, buenos cuidadores y compañeros así de su edad.

—¿En serio? —preguntó riendo para ver por donde salía.

—Te lo juro. Desguace David de Augusto. Cinco estrellas, comidas y actividades incluidas. Perfecto para Carlos.

—¿Que cabrón que eres! Don Carlos, que a partir de ahora lo vamos a llamar así, porque se lo ha ganado, va a seguir conmigo, voy a cuidarlo siempre. No lo jubilo yo por nada del mundo. Este señor muere conmigo. Así que por favor te pido que lo respetes, que lo admires, que lo quieras, que aprendas de su sabiduría y por supuesto que nunca jamás vuelvas a meterte con él. No me hagas tener que elegir entre Don Carlos y tú, porque, Joky, perderías.

—Ya lo ha oído, Don Carlos —dijo mientras acariciaba el salpicadero—, olvídense de una jubilación de lujo. La vejez la va a pasar usted durmiendo en la calle y con una lavada cada tres meses. A ver si le da una señal aquí a su amigo para que haga lo que tiene que hacer.

—Muy bien, no me gusta lo que le has dicho, pero hay respeto. Por ahí vamos bien. *Ea*, aparcadito. Vamos a tomarnos ese cafecito *premium*.

—Corre un poco, a ver si llegamos a tiempo —apremió Joaquín.

—¿A tiempo de qué? ¿No vamos a tomar un café? —preguntó Tomás al aligerar el paso.

—Tú acelera un poco.

Llegaron justo a las 9:55. Una mesa al fondo les esperaba vacía. El local era pequeño y acogedor. Había seis mesas dentro. Las paredes estaban cubiertas de ladrillo y madera, el techo estaba pintado de negro y lámparas en color bronce se descolgaban simétricas de él como estrellas en un cielo oscuro. Música de fondo completaba un ambiente agradable donde apetecía sentarse a tomar un café.

—Buenos días ¿Qué les pongo, chicos? —preguntó afable la camarera.

—Para mí va a ser un *Caramel Coffee* —contestó rápido Joaquín mirándola a los ojos y con una sonrisa pícara.

—Muy bien. ¿Y usted qué va a tomar? —miró a Tomás.

—Pues no sé, la verdad es que no me prodigo yo en sitios de estos —ojeaba rápidamente la pequeña carta sin lograr decidirse—. Un café con leche normal.

—¿Un café con leche normal! Eres un cutre —replicó Joaquín—. Coño, que no estamos en el Bar de Manolo. Pídetelo algo diferente hombre.

Tomás, le miró fijamente entre avergonzado y cabreado, tratando de que la camarera no se diera cuenta. No lo consiguió. Giró la cabeza despacio hacia ella mientras expiraba sonoramente por la

nariz.

—Bueno, ya que aquí mi amigo duda de que mi elección sea correcta, ¿podría usted recomendarme algo?

—¡Claro, señor! Dígame, ¿prefiere el café descafeinado, arábico, colombiano, con poca o con mucha intensidad, le gusta el chocolate, la nata, la espuma, con licor, algún té negro...?

Se regalaron una sonrisa.

—¿Y si me trae alguno que le guste a usted?

—Muy bien, al gusto de Ana —apuntó—. ¿Algo más, chicos? ¿Algo para comer?

—Por ahora así está bien —contestó Tomás mientras Joaquín negaba sonriente.

—Estupendo, pues vengo rapidito.

Sonaba de fondo alguna canción y Ana se marchó tarareando. Podía parecer una camarera más, pero no lo era. Estaba en el último año de Universidad. Estudiaba Filología Inglesa. Era morena. Llevaba una trenza a un lado que resaltaba el castaño de su pelo extremadamente fino. Tenía la sonrisa hipnótica que usaba constantemente y que era imposible dejar de mirar.

—Eres un cabrón... —dijo Tomás sin mover mucho los labios y en muy baja voz.

—¿Por qué? Es que venir aquí a tomarse un café con leche... ni que fueras un abuelo carca que no le gusta probar las cosas nuevas. Ah coño, es verdad, que eres eso. Venga, relájate y disfruta.

—Lo que habrá pensado la camarera.

—¿Ana? ¡Qué nos lo ha dicho, se llama Ana! ¿A que es preciosa? Pues habrá pensado que eres tonto. Pero no te preocupes, eso lo piensa mucha gente. Nada nuevo.

El local estaba pensado para ser un poco oscuro. De esa forma las luces de las lámparas siempre tendrán un protagonismo especial. Mientras preparaban los cafés, apagaron todas las luces, excepto una, la que colgaba cerca de la esquina justo al lado de la mesa donde estaban sentados. La luz de la bombilla bañaba un pequeño espacio a modo de escenario que atrapó sin querer a Tomás sentado en una butaca alta dentro de aquella estancia de paredes de luz.

Ana, con su delantal negro, se puso bajo el foco mientras sujetaba tímida con las dos manos un micrófono con un cable que llegaba hasta un aparato de música que estaba en las estanterías detrás de la barra.

Por eso había elegido Joaquín aquel local. Todos los días a las horas en punto, una camarera que cantaba como los ángeles deleitaba a los clientes que tuvieran la suerte de estar allí con una canción. Su jefe la había oído cantar bajito mientras trabajaba y se había enamorado de su voz. Le propuso lo de cantar una canción cada hora con la simple intención de disfrutarla. Al principio rehusó, aludiendo a su timidez, excusa que siempre daba cuando le decían de cantar en público, pero el ruego del jefe y los compañeros, terminaron por convencerla. A Ana le apasionaba escribir poesía, relatos y alguna que otra canción, pero se ponía muy nerviosa cantando delante de cualquier persona que no fuera la que veía cuando se miraba en el espejo. Decidió decir que sí, pensando que le iba a venir muy bien para vencer el miedo escénico que tenía al hablar inglés en público, cosa poco aconsejable para alguien que pretende ser profesor de inglés.

Las horas en punto se habían convertido en un momento extremadamente mágico en aquel rincón de aquella cafetería. Era un miniconcierto delicioso con sonido cutre de alguien que transmitía un talento y una sensibilidad inmensa. Ella era de esas personas que no se sabe muy bien por qué no se dedican a eso.

Siempre respiraba profundo antes de empezar y cerraba los ojos durante toda la canción. Así cantaba sola sin importar cuánta gente la mirara. Al llenar los pulmones y justo antes de acceder a la oscuridad que la protegía del pánico escénico, miró a Tomás. Él la miraba como quien mira a

una estrella, nervioso y pequeñito ante algo descomunal. Ella se sintió grande. Uno de los camareros le dio al Play. La música empezó a sonar.

Hay momentos en la vida que son un antes y un después, que lo cambian todo, que lo transforman, que lo mejoran. Se juntan ciertas cosas que hacen que ese momento casi escrito por Shakespeare aparezca, cosas simples que no significan nada o que lo son todo. El jefe animándola a cantar, el miedo escénico, la invitación al café, el frío del coche, la calefacción rota, la compra de Don Carlos..., todo aquello que por separado no era nada, junto creó el momento del antes y después. La sala en penumbras, el foco guiador y el silencio expectante hicieron el resto.

Cantó Valentine Song de Lotte Mullan: (Búscala y escúchala mientras lees)

*You light up the room — Llenas de luz la habitación*

*And you don't even know — Y ni siquiera lo sabes.*

*It's all I can do — Es todo lo que puedo hacer*

*To leave you alone — Dejarte solo*

*Don't bring me flowers — No me traigas flores*

*You worry too much — Te preocupas demasiado*

*Oh my darlin' to know you love me, it's enough — ¡Oh, cariño! Saber que me amas, es suficiente.*

*We can dance round the kitchen — Podemos bailar por toda la cocina*

*Candles cost nothing — Las velas no cuestan nada.*

*You could make me a ring from a milk bottle top — Hazme un anillo con el tapón de una botella de leche*

*When the money runs out in the meter maybe we'll stop — Cuando el dinero se acabe quizá paremos*

*You light up the room — Llenas de luz la habitación*

*And you don't even know — y ni siquiera lo sabes.*

*It's all I can do — Es todo lo que puedo hacer*

*To leave you alone — Dejarte solo*

*Oh my darlin' to know you love me, it's enough — ¡Oh, cariño! Saber que me amas, es suficiente.*

El sonoro aplauso y algún que otro silbido de admiración al concluir la canción la devolvió a la cafetería. No tuvo que abrir los ojos. No los había cerrado, no había dejado de mirar a Tomás. Él todavía no había vuelto, seguía dentro de la luz con ella, solos, juntos.

En la vida hay muchas cosas que cuestan dinero. Otras, como el momento en que dos personas sienten exactamente lo mismo, no se puede pagar con nada.

—Es mejor que el bar de Manolo, ¿verdad? —Le dijo Joaquín mientras le agarraba el antebrazo. Tomás no aplaudió. No pudo.

Ana se acercó tímida y temblorosa a la barra a recoger las bebidas. Todo el mundo la seguía con la mirada. Dejó el micro en la barra, se entretuvo un instante en una de las tazas, levantó la bandeja y despacio se acercó a la mesa.

—Aquí tenéis, chicos. *Caramel Coffee* para ti y el que le gusta a Ana para ti. He visto que no te ha gustado mucho la canción —dijo sonriendo y mirando a Tomás.

—¿Cómo? No, no, para nada. Me ha impresionado. Ha sido alucinante. Es increíble como cantas.

—Ya será menos, pero gracias. Espero que te guste: es un Mocca Blanco y como su nombre indica lleva chocolate blanco, crema de leche y nata montada.

—Seguro que me encanta. Gracias. —Odiaba el chocolate blanco.

Un corazón de polvo de cacao coronaba la bebida. Ese día le salvó por primera vez.

## 6.-QUINQUI

Martes, 21 de Mayo de 2019

La foto era prácticamente la misma que el día anterior. Esta vez la mujer seguía sentada con las manos sobre el banco delantero y la cabeza sobre ellas. Los policías locales ya estaban esperando. Habían acordonado la puerta de entrada a la Basílica y marcado la zona donde estaba el cadáver. Aguardaban pacientemente siguiendo el protocolo al pie de la letra hasta que la Policía Nacional apareciera y dirigiera los pasos a seguir. Mientras tanto, se limitaban a esperar con sus guantes de látex puestos y sin dejar que absolutamente nadie tocara nada. Tomás y Joaquín llegaron a la puerta, se identificaron, pasaron por debajo de la cinta y llegaron a donde estaba el cuerpo. Los locales les confirmaron que le habían tomado el pulso y que no tenía. El malestar les acompañaba. La presencia de una bola en el estómago que frenaba o impulsaba las náuseas estaba presente al confirmar que lo de que iba a ser más de uno se hacía realidad.

—¿Qué ves Joky?

Joaquín dio la espalda al cuerpo de la mujer con la intención de que al volverse no estuviera allí.

—No puede ser, ¿veinticuatro horas después? ¿por qué va tan rápido?

Tomás le agarró suave del hombro, lo ayudó a girarse al tiempo que le masajeara por un instante.

—Céntrate amigo, ¿qué ves?

Joaquín cerró los ojos y respiró profundo con la intención de parar sus emociones y poner en marcha el cerebro. Se acercó a ella y se inclinó.

—Es una mujer. Joven. Menos de 30. Delgada.. Más o menos 160 de altura y 55 kilos. Olor a cloroformo. No está fría. Pelo largo y rubio. Parece teñida. Lleva una diadema pequeña. Está bien vestida. Pantalón negro, blusa blanca. La blusa lleva tejido el logo de una tienda de muebles. Lleva un pañuelo de seda alrededor del cuello. Lo lleva suelto. No hay signos de defensa ni de lucha. Tiene un reloj de esos modernos que se conectan al teléfono. No hay restos de sangre. Parece que duerme. ¡Dios! Es exactamente como la otra.

—¿Qué más hay?

—Justo al lado hay un bolso grande. Está muy revuelto. Dentro hay unas llaves. Hay un móvil que parece un poco viejo. Hay una cartera de mujer. La abro. No hay dinero, algunos tiquets, la documentación, unas tarjetas de visita de una tienda de muebles y fotos de la víctima con un hombre y un niño pequeño. Según la documentación se llama Sonia Alcántara Ruiz. Paquete de toallitas. Gel de manos. También hay una jeringuilla con una aguja y un frasco vacío de ketamina. Hay un bolsillo con cremallera abierta y el forro hacia afuera. Nada más.

Tomás abrió los ojos y le miró con miedo.

—Te lo dije. El hijo de puta lo está haciendo. Mierda, pobre chica —suspiró—. Hay que concentrarse Joky. ¿Qué nos dice el cuerpo?

—Seguramente iba temprano al trabajo, se le acercaron por detrás con el cloroformo, la metieron en algún coche, probablemente una furgoneta, la metieron en la iglesia y aquí le

inyectaron la dosis. Físicamente lo único que tiene en común con Julia es que es joven y que pesa poco. No parece que fueran del mismo estatus.

—Vale, ¿qué nos dice el escenario?

—Está en una iglesia y colocada igual. Quiere que sepamos que es él. En el bolso está la jeringuilla y la droga, no quiere que perdamos tiempo en teorías o buscando el arma homicida.

—De acuerdo. Vamos a ver lo que nos dice el testigo.

Un joven de unos veinte años esperaba comiéndose las uñas y moviéndose de un lado a otro sin destino marcado. Su corte de pelo, su forma de vestir, de hablar, de moverse y la riñonera en la cadera que recorría su flaca silueta llevaba a pensar que era una especie de quinqui. Era el sobrino del sacerdote. Le había enchufado para hacer las dotes de sacristán. Fue el que llamó a la policía al ver que alguien estaba sentado y no se movía cuando abrió la iglesia.

La Basílica de la Macarena es una de las iglesias más famosas de Sevilla y una de las más visitadas de la ciudad. El templo se construyó en 1941. Es un edificio moderno comparado con muchas de las otras iglesias de la ciudad. Blanco y oro embellecen su fachada, y el interior, de una sola nave, destaca por su mármol de varios colores y el arte de sus imágenes. Debe su fama, sobre todo, a que en su interior se encuentra la Virgen de la Esperanza Macarena, una de las más queridas de Sevilla por los devotos católicos. Todos los días abre a las 9:00 de la mañana para dar la posibilidad de ver su magnífico interior a todo el que quiera entrar. A pesar de no estar cerca de los monumentos más famosos de Sevilla, mucha gente se acerca todos los días para verla.

—Buenos días, somos los inspectores Peñalver y De la Torre —se presentó con los apellidos para darle más formalidad, no quería que el chaval se relajara al ver a dos agentes relativamente jóvenes.

—Por favor necesito fumar. ¿Puedo?

—Está prohibido aquí adentro.

—Lo sé, lo sé. Pero necesito fumar, *quillo*. Voy a explotar. ¡Qué marrón! ¿Está muerta? Déjame fumar —el chico no dejaba de moverse.

—Vale, tranquilízate un poco, vamos fuera.

Encendió un cigarro y le dio una calada desagradablemente sonora que casi quema la mitad. Contuvo el humo y lo soltó suspirando. Esperaron pacientes a que el poder físico y mental de la nicotina hiciera efecto.

—¿Mejor?

Dio otra calada casi hasta llegar al filtro. Tiró la colilla al suelo y la apagó con la puntera.

—Sí, pero está muerta, ¿no?

—Sí, está muerta. Vamos hacerte unas preguntas. Es muy importante que pienses bien las respuestas, que sean lo más exactas posible. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —sacó otro cigarro.

—Muy bien. ¿Tú quién eres?

—Soy el Cabeza tío.

—¿Cómo que el Cabeza? ¿Eres tonto o qué pasa? ¿No ves donde estás metido y que somos policías? Dinos tu nombre y que coño pintas aquí.

—Tranqui hombre, es que todos me llaman Cabeza. Soy Pedro.

—¿Pedro qué?

—Pedro Medina. Soy el sobrino del cura y el que se encarga de ayudarle aquí con toda esta movida. Limpio, recojo, abro por la mañana cuando el tito me lo dice...

—Bien. ¿Tu tío dónde está?

—Hoy tiene pruebas en el médico. Llevo toda la mañana llamándole y da apagado. Supongo que estará a punto de llegar.

—Tú fuiste el que diste la alarma, ¿no? —Preguntó Joaquín mientras apuntaba en su libreta.

—¿Qué alarma? Aquí no hay ninguna alarma. Vamos que yo sepa.

—Madre mía, Pedro. Te voy a hacer la pregunta más facilita: ¿Fuiste tú el que llamó a la policía esta mañana para informar de lo de la chica que está ahí adentro sentada?

—Ah eso. Sí, fui yo. No la toque ni nada, y el bolso tampoco. Le grité fuerte y no me contestó. Entonces les llamé. Eso es todo. Y ahora si me disculpan me voy que tengo un poco de prisa. El tito tiene que estar a punto de llegar y él les atiende.

—Tú te crees que somos gilipollas.

—¿Cómo? Gilipollas, ¿por qué? No, claro que no —tembloroso dio la última calada al cigarro.

—Menos mal, porque pensé que te crees que somos gilipollas y te puedes cachondear de nosotros. Vamos a probar otra vez. Cuéntame despacito todo lo que pasó desde que te levantaste hasta que llamaste a la policía. Y te lo repito: todo.

—Coño, ya se lo he dicho todo.

Tomás dio un paso al frente para susurrarle al oído

—¿Qué ocurre, Pedro? ¿Quieres que te dé una hostia o qué? ¿Por qué no has quitado la mano de la riñonera en casi ningún momento desde que empezamos a hablar? Cuéntamelo todo y dame lo que cogiste del bolso y tienes ahí guardado en la mierda esa que tienes colgada. ¿Qué pasa, que la mataste tú para robarle algo o qué, retrasado de mierda?

«Si algún testigo trata de engañarles u ocultarles algo de forma evidente, una amenaza por lo bajini con cargarlo con lo que sea con bastante mala hostia suele hacer que cambien de opinión.»

Antes estaba nervioso, ahora estaba acojonado. Empezó a llorar.

—A ver, a ver, que yo no he hecho nada ¿eh? Vale, vale, cogí el dinero, la hierba y ya está. Total, a ella ya no le iba a hacer falta. Pero ahí está, toda para ustedes.

Tomás le dio una colleja suave.

—Eres muy tonto, Pedro. Canta anda, canta.

—Inspector, lo que le he dicho. Llegué a la iglesia sobre las nueve menos cuarto. Mientras iba a colocarlo todo me dio la impresión de que había alguien sentado en un banco. Me acerqué, le dije que ahí no podía estar. Vi que no se movía. Le grité al lado de la oreja y nada. Después me di cuenta del bolso gigante ese, abrí la cartera y cogí los dos billetes de diez que había y del bolsillo cogí la bolsita de hierba. Nada más, dejé el bolso bien colocadito y les llamé. Les juro por La Virgen de la Macarena que eso es todo. Yo no he matado a nadie ni *ná* hombre. Coño, que yo no soy capaz de hacer eso ni de broma.

—¿Te das cuenta que ahora tus huellas van a estar por todos lados? Estás bien jodido ¿Por dónde entraste? —intervino Joaquín.

—Por la puerta, sólo se puede entrar por ahí. Pero yo no he hecho nada, hombre. Joder que sólo cogí esto. Ella estaba así. De verdad que no he hecho nada, por favor, tienen que creerme.

Tomás bajó un poco el tono de cabreo que estaba utilizando para intentar que Pedro se relajara algo.

—¿Tienes llave?

—Claro, hombre —se las sacó del bolsillo y las enseñó—. Ya le he dicho que ayudo a mi tío. Pero bueno hoy no me hicieron falta. Cuando llegué la puerta estaba sólo encajada.

—¿Y eso? ¿No te pareció raro?

—No sé, anoche cerró el tito. Antes la cerradura estaba jodida, pero la cambiaron hace poco y ahora va perfecta. El tito está mayor. Yo que sé. A lo mejor no apretó bien o no pasó la llave, ya sabe, los viejos chochean y se les va un poco la pelota.

—A ti sí que se te va la pelota. A ver si le dices eso a tu tío que está llegando por ahí.

De un taxi bajaba un sacerdote. El chico dio un par de zancadas hacia la frontera de la plaza como un niño pequeño en busca de la protección de su padre.

—¡Tito, tito! Venga rápido.

—¿Qué ocurre, Pedro? ¿Qué ha pasado?

—¡Una muerta tito! ¡Ahí adentro, una muerta!

—¿De qué estás hablando, hijo? ¿Cómo que una muerta? ¿Quién es? ¿Dónde está?

A partir de ese momento el cura dejó de prestar atención a su sobrino y a los otros dos que completaban el grupo, centrándose por completo en la idea de entrar en aquella que consideraba su casa y que alguien había osado profanar. Justo antes de quitar el precinto de la puerta, Tomás le detuvo agarrándole amable del brazo.

No era un hombre muy mayor, rondaría los sesenta años. Lo acababa de imaginar de otra manera al escuchar los comentarios que había hecho Pedro de su tío. Estaba en buena forma y por su forma de hablar se notaba que era inteligente y que tenía la mente extremadamente despierta. Era obvio que Pedro había salido a la otra rama de la familia.

—Señor, disculpe, no puede pasar.

—Claro, claro, discúlpenme ustedes. Ha sido un acto reflejo. La Basílica es como mi casa, no obstante comprendo perfectamente que ahora no es el momento de hacer nada dentro de ella. Entiendo que ustedes son Policías. ¿Puedo saber algo de lo que ha ocurrido? No les quiero poner en ningún compromiso. Es que al ser en la parroquia, es posible que pueda ayudarles de alguna manera.

—¿Le parece si empezamos porque nos confirme quién es este chaval?

—Este es Pedro, mi sobrino. Hace labores de sacristán. Bueno, ni eso —negaba con la cabeza—. Desde hace un mes me ayuda algo con las cosas de la iglesia. Mi hermana me pidió que lo trajera del pueblo a ver si así mejoraba algo, aunque tengo la impresión que de donde no hay no se puede sacar. Es un poco cortito, diría yo. ¿Ha hecho algo?

—¿Qué no tito, yo no he hecho ná! —Contestó Pedro casi pisando la pregunta, antes que lo pudiera hacer cualquiera de los policías.

—Ha hecho un poco el tonto, pero nada grave. Después se lo cuenta, ¿verdad Pedro? —Rectificó Tomás.

Pedro miraba hacia abajo avergonzado.

—Siento mucho el comportamiento de mi sobrino, después hablaré con él seriamente —no aguantó y se dirigió a él al momento—. ¿Quieres volver al pueblo, Pedro? Después hablamos. Te dije que si te portabas mal, no te quedarías.

—No se preocupe, Padre. Aquí el hombrecito está aprendiendo la lección. Siéntate en el banco aquel que vamos a hablar los hombres. Espera allí quietito.

—Somos los inspectores De La Torre y Peñalver. Esta mañana su sobrino llamó a la policía para informar que había una mujer sentada en el banco y que no se movía, que pensaba que estaba



muerta. Los compañeros de la Policía Local han llegado y, efectivamente, han comprobado que hay una mujer muerta sentada en un banco de su iglesia.

El cura se persignó.

—¿Cómo la pobre chica de ayer en la Iglesia del Divino Salvador? Lo he leído en la prensa de esta mañana. Si los casos tienen esas coincidencias estaríamos hablando de que hay un asesino en serie en Sevilla, ¿no?

—Hay mucho loco suelto Padre, puede que alguien que se enterara de lo ocurrido ayer en el Divino Salvador haya querido copiar el crimen simplemente para tener su ratito de protagonismo en los medios. Pero si le parece bien, vamos a centrarnos en lo que ha pasado aquí. Lo que hay ahí adentro lo tenemos claro. Intentemos aclarar cosas que no hayamos visto dentro del edificio. Cuéntenos cuándo fue la última vez que estuvo en la iglesia.

El hombre adoptó una postura más erguida como dispuesto a superar un importante examen.

—Ayer por la tarde noche. Serían las ocho y cuarto más o menos cuando me fui a casa.

—¿Notó algo raro cuando salió?

—No. Todo normal.

—Su sobrino nos ha dicho que esta mañana al llegar se encontró la puerta abierta, simplemente encajada. Que al tratar de meter la llave para abrirla, con el gesto, se abrió.

—Eso es imposible. Yo mismo cerré la puerta con llave anoche. Además tengo la costumbre de comprobar que está bien cerrada una vez giro la llave. Vamos, jamás se me ha quedado abierta.

—¿Puede ser que alguien, con otro juego de llaves, estuviera aquí después de usted y no cerrara bien?

—No. El único que tiene un juego de llaves a parte de las mías es Pedro y anoche cuando llegué estaba en casa jugando a la videoconsola —se encogió de hombros y suspiró demostrando decepción—. Y les aseguro que no salió en toda la noche. A eso de las tres de la mañana me desperté para orinar y vi luz en su habitación. Me acerqué para decirle que se acostara y estaba dormido en la butaca con unos cascos en la cabeza y el mando en el suelo. Ya le digo que no da para mucho.

—¿Cómo es posible que sólo tengan llaves usted y Pedro? En estas iglesias suelen haber algunas llaves esparcidas por ahí. Qué sé yo, algún vecino, alguna mujer que viene a hacer algún recado o a traer algo de comer...

—Eso más bien pasaba antes. Se nos ha advertido desde el Arzobispado que no debemos dejar copias de llave a nadie, salvo la del párroco, el sacristán y la copia que tienen ellos para usarla en caso de emergencia. No le voy a negar que hasta hace bien poco sí había algunas copias danzando por ahí, pero desde la semana pasada, las únicas copias son las mías y las de Pedro. Ni siquiera me ha dado tiempo a llevar la copia del Arzobispado.

—¿Cambiaron la cerradura?

—Sí, hace poco la cerradura vieja empezó a trabarse. Llamé al Arzobispado para informar. Esta vez sí, fueron diligentes y nos atendieron enseguida.

—¿Por qué dice que esta vez sí?

—Ah, por nada. Es que hay que pedirles las cosas varias veces para que hagan caso con las labores de mantenimiento. En muchas ocasiones, al ver la indiferencia ante algún reclamo, pues se lo digo a algún feligrés y lo solucionamos nosotros mismos. Pero oiga, esta vez llamé y a la media hora estaba aquí el hombre con la cerradura nueva.

—¿Tiene algún documento del cerrajero?

—Pues la verdad es que no. Instaló la cerradura nueva, nos dio el manajo de llaves junto con

una tarjeta plástica que nos dijo que era para hacer las copias y nada más. Pensé que, como venía de parte del Arzobispado, era normal que ni le pagáramos ni le firmáramos nada. Aunque pensándolo ahora, puede ser que lo normal hubiese sido firmar un albarán o algo por el estilo.

La postura erguida y confiada del hombre presuponiendo que pasaría la prueba se había convertido en otra algo encorvada y avergonzada. Empezaba asimilar que había cometido un error. Cualquiera podía haber caído en él, pero a aquel hombre, sagaz e inteligente, le abochornaba que le hubieran tomado el pelo con tanta facilidad. Se sentía profundamente decepcionado consigo mismo.

—¿Llevaba algún tipo de uniforme?

—Creo que no.

—¿Podría hacer una descripción del hombre?

—Era un hombre de mediana edad. Llevaba gorra y gafas oscuras que, según él, era para proteger sus ojos. Vestía unos tejanos y una camiseta negra. Era moreno. Le empezaban a florecer las canas. Tenía las manos grandes, fuertes y callosas. Lo noté al saludarlo. Estatura normal, peso normal, era un hombre normal. No sé si sería capaz de reconocerlo si me lo cruzara por la calle. Lo siento mucho. He sido un imbécil.

—Padre, tranquilo. No saquemos ninguna conclusión todavía, puede que no sea nadie, pero si fuera ese hombre, le garantizo que usted no tiene ninguna culpa de nada. Vamos a hacer todo lo posible por averiguar quién es.

El ajeteo de la iglesia y el interrogatorio de Pedro y de su tío habían hecho que se olvidara durante unas horas del teléfono. No era de la clase de personas que se pasa el día mirándolo. Al mirarlo vio dos llamadas perdidas de Ana y siete mensajes de *Whatsapp*. El primero: “Hola cariño, qué tal estás? Te estoy llamando y ni caso, (emoticonos tristes)”. Los cinco siguientes: emoticono del corazón. El último en mayúsculas un TE AMO y unos veinte emoticonos de besos con corazones. Siempre ponía un emoticono en todos sus mensajes. Decidió que la llamaría más tarde.

Joaquín le dio los veinte euros.

## **7.- PALOTES VERDES, PALOTES NEGROS**

Martes, 21 de Mayo de 2019

*“Noticia de última hora desde Sevilla: Se ha encontrado el cuerpo sin vida de una mujer en La Basílica de La Macarena. Recordamos que ayer se encontró otra víctima en condiciones similares en la Iglesia del Divino Salvador. Es posible que estemos hablando de un asesino en serie” .*

Tomás apagó la radio del coche. De regreso a comisaría no hablaron nada. Tomás pensaba en cuál debía ser el siguiente paso, por donde tirar, cuál sería la pista buena. El caso se estaba haciendo grande muy deprisa. Si el ritmo que iba a marcar el asesino era con el que había comenzado, había poquísimo tiempo para analizar las pruebas encontradas o buscar en la base de datos las múltiples huellas halladas en los escenarios. No había tiempo para denuncias previas, para que nadie de las familias las echara de menos y denunciara su desaparición. No había tiempo para investigar bien su entorno, sus cuentas bancarias, sus redes sociales, sus llamadas de teléfono... no había tiempo para nada. Era como una partida de ajedrez rápido en la que los contrincantes tienen sesenta segundos para mover la pieza. Si piensas mucho se pasa el tiempo y el otro ataca. Si no piensas, mueves sin sentido exponiéndote a dar un paso en falso y que el contrario, con una sonrisa burlona, vaya comiéndote poco a poco hasta que te da un doloroso jaque mate. Este contrincante movía tan rápido y golpeaba el botón del reloj del tiempo con tanta fuerza que hacía muy difícil concentrarse en el próximo movimiento.

Joaquín miraba las notas de su pequeño block. Releía una y otra vez todo lo que había apuntado. Apuntaba todo lo que respondían los testigos, todo lo que veía, todo lo que pasaba mientras estaban investigando. Eso sí, para el resto de los mortales era indescifrable. En ocasiones ni siquiera escribía, hacía algún dibujo o garabato del que sólo él sabía de su significado. Además anotaba cualquier cosa que se le ocurriera con respecto al caso, como un escritor que apunta ideas inconexas y locas para ver luego si encajan o no. Aquella pequeña libreta siempre se convertía en un mapa guiador, un hilo conductor que iba tejiendo sin saber dónde estaría la X y donde siempre estaban las claves.

Después de informar al Capitán de los detalles de lo que habían encontrado, de que también estuviera seguro de que era el mismo asesino en los dos casos y que pusiera a su disposición todos los recursos que les hicieran falta, ampliaron el equipo.

El Capitán seleccionó a los inspectores Pedro Ramírez y Borja Hidalgo, dos sevillanos de pura cepa que vendrían muy bien para moverse rápido por las calles de Sevilla. Tomás pidió que también se incorpora Mila. Siempre que podían añadían al equipo a Mila. La inspectora Milagros del Carmen Suárez, una joven canaria dulce y guapa que probablemente era la más lista de la comisaría. Había tenido que pelear un poco más que cualquier hombre y parecido a cualquier mujer en medio de una sociedad machista en todos sus sectores, por supuesto también en la policía. A la percha de bibliotecaria sexy había que añadirle un acento suave y meloso del que algunos se burlaban. En ocasiones, defendía su hermoso seseo ante los ignorantes que piensan que un acento diferente es deficiente, o que lo relacionan con incultura, obviando seseantes gigantes como Benito Pérez Galdós, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa. Era suficiente mentar alguna cita intelectual que aquellos limitados seres simples nunca lograrían entender para acallarlos muy fácilmente. Usaba mucho una de Don Benito, después de que algún

neardental hiciera algún comentario estúpido solía citar al decir: “Yo no tengo la culpa de que la vida se nutra de la virtud y del pecado, de lo hermoso y de lo feo”. En algunos casos temió por la posibilidad de crear un ictus en quien recibía aquellas palabras.

Joaquín, Tomás y Mila ocuparon una sala mediana con una mesa central a la que rodeaban seis sillas. De la pared de enfrente colgaba una pizarra que en su día fue blanca y ahora era una mezcla de restos de tinta negra, azul y roja impregnadas en la base metálica. Les gustaba. La llamaban la pizarra de la victoria. La tinta casi a medio borrar les recordaban los casos cerrados, siempre satisfactoriamente. En la esquina superior izquierda hacían una marca que nunca borraban con un palote verde por cada caso resuelto. En contra, en la superior derecha hacían una marca con un palote negro con el caso que les ocupaba. El objetivo principal de aquella pizarra era borrar el palote negro y aumentar el grupo de los palotes verdes. La joven inspectora alzó el rotulador e hizo la marca a destruir. Era un reto emocional. Cada vez que miraban la pizarra y veían el palote negro era como el desafío silencioso de un enemigo oscuro, recto y provocador que les miraba de frente con la intención de intimidarlos. Aquel reto psicológico conseguía lo contrario, por mucho miedo que tuvieran y por muy fuerte que pareciera aquella pequeña línea negra, verla allí, intentando acobardarlos, les empujaba a golpearlo con todas sus fuerzas. Palotes verdes 9, palotes negros 1.

Mila empezó por pegar fotos de las víctimas y escribir datos debajo para trenzarlos y ver que salía. Empezó a anotar a modo de esquema todo lo relacionado con los dos casos que iba narrando Joaquín mientras pasaba páginas del mapa. Entraron en la sala Borja y Pedro con unos cafés recién sacados de la máquina.

—Como veis en la pizarra no tenemos ningún sospechoso —comenzó Tomás serio y malhumorado—. Esos dos signos de interrogación hay que cambiarlos por algo ya. En veinticuatro horas hay dos pobres mujeres muertas en nuestra zona y tiene la pinta de que va a ir a más. Este hijo de puta es muy rápido. Si sigue este ritmo tenemos menos de un puto día para intentar saber cuál va a ser su próximo movimiento e impedirselo. Necesito que miréis la pizarra y penséis en alto. Joaquín, ¿puedes explicar el esquema?

—Vale. Tenemos dos víctimas, Julia Rivero Betancor que apareció ayer en Iglesia del Divino Salvador y Sonia Alcántara Ruiz que ha aparecido hoy en La Basílica de La Macarena. Aparentemente no hay conexión entre ellas, aunque ahora tendremos que confirmarlo, pero, a bote pronto, parece que son de clases sociales diferentes. La primera, perdón, Julia era psiquiatra y Sonia parece que trabajaba en una tienda de muebles antiguos. Según la dirección que figura en el DNI de Sonia, vivían bastante lejos la una de la otra, así que probablemente se movieran por lugares diferentes. Julia era soltera, estaba prometida y su novio está en Sudamérica por algo de trabajo. Sonia estaba casada y tenía un niño pequeño. Ya digo que parece que no tienen nada que ver, pero por supuesto que habrá que comprobar si les unía algo. No sé, colegio, universidad, amigos en común, alguna terapia... Por otro lado tenemos las coincidencias exactas. Las dos aparecieron en una iglesia expuestas de forma similar, sentadas en un banco y con apariencia de estar dormidas. Las dos tenían un pañuelo con un fuerte olor a cloroformo alrededor del cuello, documentación y cosas valiosas en sus bolsos, donde también encontramos en ambos casos una jeringuilla y un bote de ketamina. Probablemente las durmieron, las trasladaron, y las mataron en la iglesia, aunque esto todavía hay que confirmarlo. También encontramos en los dos bolsos una bolsa con marihuana. Había otra bolsa de hierba en la consulta de Julia. Otro dato que puede que sea importante es que en las dos iglesias se cambió la cerradura hace poco. Por ahora no hay nada del cerrajero. Por la proximidad entre los dos crímenes y lo que deja con ellas parece claro que

es una especie de desafío. Estaréis conmigo en que nos deja trabajo hecho, como el arma, la droga o la documentación. Así que debemos centrarlos en lo demás a ver si sacamos algo. No podemos dejar que este mierda vuelva a matar a otra mujer.

—¿Qué hay de las huellas? —preguntó Borja mientras hojeaba los folios que tenía en frente en una carpeta abierta.

—En las pertenencias de Julia no había. Sí en la zona de los bancos y en el pomo de la puerta. Estamos esperando los resultados, pero me da que serán de algún feligrés o del propio párroco. Ayer también estuvimos en casa de Julia y por la tarde los compañeros de la científica fueron a peinar todo el piso. La zona de consulta estaba completamente limpia y por la casa sí es cierto que había muchas huellas que se están analizando. En el caso de Sonia, hemos dejado allí a los mascarillas en busca de algo, pero tengo la corazonada de que encontrarán más o menos lo mismo.

—¿Las cámaras de la zona? —continuó Pedro después de darle un sorbo poco gratificante al café.

—Hoy nos íbamos a poner con eso. Si os parece podéis pedir a Tráfico las grabaciones de esta mañana de la zona de la Macarena. Nosotros ayer ya pedimos la de la zona de la Iglesia del Divino Salvador. Ya habrán llegado. ¿Podéis revisarlas? Joder, también hay que informar a la familia de Sonia.

—¿Te parece que pongamos con lo de las cámaras a alguno de informática y nosotros vayamos a hablar con la familia y echar un ojo en la tienda de muebles? —Tomás recomendó a Desi.

—¿Por qué en iglesias? —preguntó Mila—. Podría dejarlas en un parque, o en una parada de guagua, perdón, de autobús. Puede que sea parte de las pistas que está dejando. El lugar donde las deja, puede que tenga algún significado para él o que siga algún tipo de patrón. También puede que sea algún loco antirreligioso.

—Bien pensado. Tira tú por ahí a ver que encuentras. No sé, redes sociales, noticias relacionadas con esas dos iglesias a ver si hay algo que las relacione. Si hay algo, seguro que lo encuentras. También podrías mirar algo de la ketamina, puede que nos lleve a algún sitio.

Joaquín se levantó impetuoso y sobresaltado, tirando la silla, mientras no dejaba de mirar el block. El impacto de la silla en el suelo sobresaltó al grupo.

—Perdón, perdón. Creo que sé quién nos puede ayudar con el cerrajero —la cara le cambió como el que descubre entre el montón la pieza del puzzle que va a continuación, como si hubiera encontrado en el mapa una vereda clara hacia la X—. Cualquier cosa nos vamos llamando. Tomás y yo vamos a hacer una comprobación. Chicos, sois los mejores. Le vamos a coger. Palote, joputa, prepárate.

Cuando hay tantos caminos, tantas pistas, cuando se postula delante muchas direcciones, hay que elegir una. Aquí es donde entra en juego el instinto del buen policía. Eso que le dice que hacer en momentos donde hay muchas posibilidades.

Tomás siguió a su compañero que abandonaba la sala corriendo, dejando al grupo en claro desconcierto y esperando que les contara por donde iba a tirar. El móvil le vibró en la mano justo al incorporarse. Ana se conformaba con poco, “no hace falta que me escribas nada, tú ponme un corazoncito y ya está, así sé que estás bien y que te acuerdas de mí. Un día te voy a llamar para algo importante y no me cogerás el teléfono. Y ya si activas el buzón sería la leche, podría dejarte algún mensajito guarrillo”. Había mandado sus emoticonos favoritos, el corazón que late y el tristán gracioso. Pensó que la llamaría en un rato.

—¿Dónde vamos, Joky? —cuestionó disgustado. El complejo laberinto por el que caminaba se cerraba con rapidez. Ni siquiera tenía la sensación de avanzar algo. Era como si al dar un paso se

encontrara con una pared y esa emoción poderosa de avance y parada creaba en él una ansiedad un poco desquiciante—. Podías haberlo dicho en la sala con el equipo delante, coño. Cuando te dan esos arranques dejas a todo el mundo descolocado. Pareces un loco que sale del trance por alguna palabra clave o algo que ves en esa libreta.

Joaquín estaba tan afectado como él. Entendió que la pequeña luz que había visto en la libreta le había dado el optimismo necesario para que el humor le mejorara, sin embargo Tomás todavía estaba en la fase de oscuridad total anterior. Disculpó el tono y trato de relajarse.

—El mapa ha hablado, hermano. Vamos a Los Remedios, a la calle Virgen de Luján.

El portero, ahora de uniforme, pasaba la fregona por la entrada del portal. Lo hacía varias veces al día. Le gustaba presumir ante los vecinos de que su edificio era el más cuidado de Sevilla. Estaban muy contentos con él, notaban como se preocupaba porque todo estuviera perfecto siempre, casi como si aquel montón de paredes fuera su castillo y los que allí vivían fueran su familia, olvidando a veces que eran sus jefes. El aguinaldo navideño era generoso.

Se le veía distraído, pensativo o melancólico mientras lo hacía. Pasaba y repasaba la fregona por las mismas baldosas una y otra vez, como si aquel ejercicio rítmico y lento le sacara de aquella portería y le llevara a un lugar o a un tiempo diferente.

—Hola, inspectores —su tono triste y su semblante mustio, casi lloroso, confirmaba que se había enterado de la noticia y lo que le había dolido—. ¿De nuevo por aquí? Ya estoy al tanto de lo de la doctora. ¡Qué pena más grande! Ayer ya estuvieron sus compañeros de la Policía Científica. Les habrán informado que yo no había tocado nada desde que nos despedimos, ¿no? No volví a entrar hasta que ellos llegaron, como usted me advirtió —dijo temeroso mirando a Joaquín.

—Sí, sí, Juan Luis, tranquilo —le puso la mano en el hombro—, todo va bien, no hemos venido por eso. Ayer, cuando estuvimos aquí noté que le costó abrir la puerta de la doctora. Me sorprendió, estando usted tan acostumbrado a abrirlas. De hecho, fui yo quien la abrió.

—Bueno, pudo ser porque estaba un poco nervioso. Ya vieron el manajo de llaves, es inmenso. Tengo que acostumbrarme a sacar el llavero que ocupa y no empeñarme en abrir una puerta sin hacerlo. La verdad es que no lo sé.

—Es posible que haya sido eso, pero dígame, ¿hace poco que le cambiaron la cerradura al despacho de Julia?

—Pues sí —respondió sorprendido—, creo que hace un par de semanas. Justo al hacerlo, la doctora bajó y me entregó una copia de la llave nueva, ya sabe, por si surge algún imprevisto o algún problema, a veces se les pierde o se rompe algo mientras no están. No es obligatorio, pero en las reuniones de la comunidad se aconseja que se haga. Los vecinos saben que pueden confiar en mí. Le puse el llaverito indicando la puerta y después la acoplé al manajo. ¿Pasa algo? Les aseguro que yo no he entrado nunca en casa de nadie.

—No, hombre, claro que no, tranquilo. A ver, ¿podemos ver el manajo?

—Claro, tenga.

Joaquín empezó a buscar el llavero con la marca del 3A. La encontró y la sacó del manajo. Siguió buscando, tratando de separar las revisadas que no coincidían. Sacó otro llavero del manajo. También ponía 3A.

—Aquí está la razón por la que no pudo abrir el otro día, Juan Luis. Cogió la llave que no era. Seguramente cuando puso en el manajo la llave nueva que le dio Julia, no quitó la vieja. Después,

al tratar de abrir la puerta y teniendo el 50% de probabilidades, erró el tiro y cogió la 3A que no era. Yo, que en ese momento tuve más suerte, acerté con la 3A correcta. Si quiere subimos y lo comprobamos. ¿Recuerda cómo era el cerrajero?

Juan Luis respondió acariciando varias veces el mentón desde arriba hacia abajo como si este gesto pusiera en marcha la parte del cerebro donde están los recuerdos.

—Pues no sé, normal, un hombre normal. Moreno, de unos cincuenta años, con acento de pueblo. No recuerdo mucho más —pausó un momento y cerró los ojos—. Ah sí, llevaba la caja de herramientas cargada en el hombro, me pareció curioso.

—Vale, bien. Ayer también me di cuenta que anotó algo cuando entramos. ¿Qué es? ¿Una especie de registro?

—Sí, sí, pero para nada malo ¿eh? —aquel hombre tendía a justificarse rápidamente y solía desconfiar del propósito de cualquier pregunta que le hicieran. Los años de servicio a tal cantidad de vecinos habían moldeado de esa manera su mecanismo de autoprotección. Muchas veces era defenderse de un ataque que creía que se iba a producir, antes de que pasara, aunque la intención del interrogador distara mucho de acusarlo de nada—. Tengo la costumbre de anotar las personas que entran ajenas al edificio. Les suelo preguntar a dónde van, les indico y lo apunto junto con el día y la hora. Una manía vieja.

—Juan Luis, bien que hace. Usted siga con esa costumbre. ¿Habrán anotado en el registro al cerrajero?

—Por supuesto —contestó orgulloso de haberlo hecho bien—, lo busco —revisó desde ese día hacia atrás—. Aquí está. El nueve de Mayo a las 11:15. Cerrajero 3A.

El portal del despacho de Julia estaba en un edificio donde encajaba en medio de dos sucursales bancarias. A la derecha lo custodiaba el BBVA y a la izquierda una sucursal de Cajamar. Aparte de cobrar comisiones diseñadas para quitar del bolsillo del cliente algún dinerito sin que se dé cuenta, vender productos de dudoso beneficio para el que lo compra y tener prisionero durante más o menos un cuarto de su vida a cualquiera que contrate una hipoteca, lo bueno de los bancos es que en todos hay cámaras. No sólo disponían de las cámaras de las entradas de dos sucursales y de sus respectivos cajeros, además, y gracias al trabajo meticuloso de Juan Luis, tenían el día y la hora exacta en la que buscar. Por si fuera poco, en su agenda estaban todos los números de teléfono personales y profesionales de los que vivían o trabajaban en el edificio. Cuando Joaquín le pidió que le facilitara los números de los directores de las sucursales que estaban al lado, se los dio sin dudarlos. Daba la impresión de que hasta había disfrutado de regalar aquel dato confidencial. Seguramente atendiendo a que los directores le miraban con cierto aire de superioridad, pensando que estaban en un escalón por encima de él. Los dos hombres accedieron a dar la orden a la empresa de seguridad de enviar las imágenes a una dirección de email de la comisaría. Después que Tomás les amenazara con que o lo hacían durante la tarde o al día siguiente se presentarían allí con la Unidad Informática y cerraban el banco durante toda la jornada, con los inconvenientes y las pérdidas por objetivos no alcanzados que eso les acarrearía.

«Si es muy urgente y alguien no se muestra colaborativo, o se las da de demasiado jurista, pasad a informarle que usaremos un procedimiento policial que les haga perder dinero. Cuando el

bolsillo va a resentirse, los ciudadanos se vuelven buenos samaritanos, de repente suelen ser más generosos y se olvidan de tanta orden o de alguna ley que haya por ahí suelta. »

Dos horas después ya estaban las imágenes en comisaría. Juan Luis había accedido a acompañarlos para intentar identificar al cerrajero.

—Ahí está. Ese, ese es —dijo Juan Luis señalando a la pantalla—. Mierda, no se le ve la cara, pero es ese seguro.

—¿Al cien por cien, Juan Luis? —preguntó ansioso Tomás.

—Cien por cien. La caja de herramientas, es esa y miren como la lleva encima del hombro. Pantalón vaquero, camisa negra y la caja así puesta. Estoy absolutamente seguro que ese es el hombre que vino a cambiar la cerradura de la puerta de Julia. ¡Lo bien que le ha venido llevar la caja así al cabrón, le tapa toda la cara!

—¿Qué es eso que está ahí? —intervino Mila señalando a la caja de herramientas—. Desi, ¿puedes ampliarlo?

—¡Claro! ¿La zona de la caja de herramientas?

—Sí, justo ahí.

—Oído cocina, marchando.

Desirée trabajaba con unos cascos con micrófono que nunca estaban conectados. Tomás solía gastar una broma que a ella le sacaba de quicio. Se acercaba sigilosamente por detrás mientras ella estaba profundamente concentrada en algo, cogía el extremo del cable donde estaba la clavija y se lo metía por la oreja. “Tomás, coño, ya está bien con eso, pareces un niño chico.” En realidad cuando no lo hacía lo echaba de menos. Increíblemente sacó la carrera de informática mientras trabajaba de teleoperadora. Después de tal proeza, decía que aquellos viejos cascos le ayudaban a concentrarse.

Dos click y había un primer plano con bastante buena resolución de la caja de herramientas.

—Ahí —Mila tocó la pantalla con el boli—, es una pegatina de una ferretería. Pone El Bombín. ¿Dónde está eso? —antes de terminar la pregunta Desi respondía.

—Calle Tesalónica. Ya está mandado al GPS de Tomás y Joaquín. También os he mandado el número de teléfono de la tienda y el del móvil del dueño. Cierran a las 19:00. Tendréis que daros prisa.

Tomás le dio un beso en la coronilla.

—Eres la mejor.

—Seeeeeeeeeeeeee —contestó mientras hacía que su cuerpo girara como una peonza junto con la silla.

Era una ferretería especializada en cerraduras. Tenían todo lo relacionado con ellas. Resultaba sorprendente para alguien ignorante en la materia la cantidad de modelos que existían. Habían puesto en marcha una ingeniosa oferta para sus clientes profesionales. Si ponían una pegatina en su caja de herramientas o en su furgoneta, les hacían un diez por ciento de descuento extra. Marketing del de toda la vida y de lo más efectivo.

Les esperaba el dueño en el mostrador con el que previamente habían hablado por teléfono. Al ver la fotografía que habían impreso de la cámara del banco no reconoció al protagonista.

—¿Está seguro? Es muy importante. Mire bien, por favor —Tomás volvió a acercarle la foto.

—Lo siento, es que no sé quién puede ser. Pero esperen un momentito. Juan puede ser que sepa, es quien atiende en el mostrador y está más familiarizado con los clientes. ¡Juan!, ven un momento,



por favor —llegó enseguida—. Estos señores son policías, están buscando a un hombre que lleva una caja de herramientas con una pegatina nuestra. Échale un ojo a ver si sabes quién es —accedió curioso.

—Es Emilio.

—¿Está seguro? —interrogó Joaquín.

—Segurísimo. Viene un par de veces por aquí al mes. Lleva siempre los vaqueros y la camiseta negra. Dice que así no tiene que comprar uniforme. Y sobre todo por las botas. Las tiene hechas polvo. Le he tratado de vender unas que tenemos aquí en oferta un par de veces y nada. Dice que con esa tira un par de años más. Es un poco bruto.

—¿Tiene los datos de Emilio?

—¡Claro! Si tiene la pegatina es que es profesional y le hacemos ficha. Ya sabe, para la factura y hacienda. ¿La busco, jefe? —El dueño asintió despacio para demostrar la cadena de mando. Unos segundos después, volvió con un papel recién impreso—. Pues aquí está, Emilio Moreno Delgado, dirección, teléfono y hasta el DNI.

La cara de Tomás cambió al oírlo

—¿Ha dicho Moreno Delgado?

—Correcto, en la ficha pone ese nombre y esos apellidos

—¿Qué pasa, Tomás? ¿Estás bien?

—Sí, sí. No es nada, es que me suenan esos apellidos, no sé de qué, pero juraría que esos apellidos así colocados los he oído varias veces.

—Moreno Delgado, no veas si son comunes, te sonarán de cualquier cosa —en ocasiones hay cosas que activan ciertos mecanismos de la memoria, un olor, un paisaje, un sonido, una palabra...

— ¡Coño! al repetirlo, a mí también me suena de algo así dicho, Moreno Delgado, Moreno Delgado... ¿Puede ser de algún caso antiguo?

—No, de un caso antiguo estoy casi seguro de que no... joder, no lo recuerdo. Ya pensaremos en eso. ¿Vamos a por ese hijo de puta?

El móvil volvió a vibrar. Otro corazón de Ana le recordó que tenía que llamarla, la impresión de haber pasado de ella durante todo el día le hizo sentir mal. Abrió la agenda del móvil, seleccionó el número asignado al nombre AAAna Amor con la intención de hacerlo, pero decidió que no, que más tarde. La pequeña luz que a Joaquín le había servido para cambiar de actitud no había tenido efecto todavía en él. Se notaba nervioso, iracundo y tenso. Temió que al hablar con ella lo notara. Que su tono fuera seco o brusco. Se percató que en algún microsegundo anterior le había molestado haber recibido el mensaje. Estaba tan concentrado en el caso, que cualquier cosa que le sacara de ahí le irritaba. Tenía la sensación de que le restaba capacidad de atención y no podía permitirse que nada lo distrajera. Cambió la búsqueda en la agenda por la D.

—Desi, busca todo lo que puedas de Emilio Moreno Delgado.

Pensó en llamar a Ana más tarde.

## 8.- EL CERRAJERO

Miércoles, 22 de Mayo de 2019

Lo bueno de tener a una de las mejores informáticas de Andalucía en el equipo era que a los cinco minutos de haber pedido la información, Desi ya había mandado todo lo que había de Emilio Moreno Delgado. No tenía antecedentes, sólo aparecía una multa de tráfico del 2000 que se la habían cobrado descontando de la devolución de la renta. No tenía mujer ni hijos, sus padres habían muerto y tenía un hermano que según su DNI vivía en Lanzarote. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico y había heredado una casita modesta en la Ribera del Huéznar en Cazalla de la Sierra, a una hora y cuarto de Sevilla, con un pequeño garaje que transformó en un diminuto taller de carpintería. Era la misma dirección que figuraba en el DNI y en la ficha de la ferretería. Pagaba religiosamente sus recibos de autónomo y estaba al corriente con Hacienda. En su cuenta bancaria había unos ochocientos euros. Parecía un trabajador por cuenta propia normal y corriente que vive al día y que lo que gana sólo le da para vivir sin mendigar, pagar impuestos excesivos y sin ninguna posibilidad de ahorro. Desi estaba un poco decepcionada, no había podido encontrar mucho más alegando que aquel hombre no había aterrizado en el siglo XXI, sin redes sociales de ningún tipo y nada que se pudiera encontrar de su vida en Internet. Decía que esa clase de gente o era muy lista o muy tonta.

Algunos cantantes o actores definen el nerviosismo que sienten justo antes de subirse al escenario como un hormigueo en el estómago dolorosamente agradable. Una especie de sensación de náusea provocada por la adrenalina de lo que se sabe que está a punto de pasar. Porque, en realidad, nunca se sabe exactamente lo que pasará, por mucho ensayo y concentración que haya, el factor del público, hace que cada función o cada concierto sea al principio aterradoramente único. El tiempo que pasa desde que se acota totalmente la sospecha de que alguien es un asesino y la llegada a donde se supone que puede estar, provoca una sensación parecida. Nunca se sabe exactamente lo que puede ocurrir, por muy preparado, reforzado y concentrado que se esté.

En la vivienda no se apreciaba ningún tipo de movimiento ni se escuchaba ningún ruido. Tocaron para anunciar su llegada sin que nadie respondiera. En la parte trasera de la casa había una puerta con seis cuarterones pequeños de cristal que daba hacia la cocina o hacia el campo, dependiendo desde donde se mirara, como si fuera una frontera que separaba la civilización de lo salvaje, siendo aquello en aquel momento algo relativo. Tomás golpeó con los nudillos tres veces en la puerta obteniendo el mismo premio que en la entrada principal. Usando la sudadera como protección y el codo como martillo rompió uno de los pequeños cuarterones de cristal, suficientemente espacioso para meter la mano y abrir desde dentro. Seis de los ocho agentes entraron para confirmar que, aparte de estar todo perfectamente ordenado, allí no había nadie, daba la impresión de que no había habido nadie en los últimos días. No encontraron nada relevante, ni que pudiera asociarse con el caso.

Un portón doble de madera con apariencia antigua cerraba la vieja cochera anexa al edificio principal convertida ahora en el pequeño taller. Sobre él, un pequeño y elegante cartel, hábilmente

tallado en un pedazo de tronco de pino, anunciaba el noble oficio que allí se practicaba. No había puerta trasera ni ventanas por las que entrara algo de luz o por las que poder observar el interior. Tomás golpeó la puerta del taller, esta vez con más fuerza. Nada. Dio un paso atrás, soltó la pierna y estampó su bota en la puerta para tratar de abrirla o derribarla. A diferencia de él, la puerta no pareció inmutarse.

—No le has hecho ni cosquillas... espera un segundito.

Joaquín volvió a entrar en la casa, para regresar con un pequeño llavero.

—En la entrada hay una cajita donde se suelen poner las llaves, vamos a probar a ver si hay suerte... —introdujo la llave en el cilindro y al ver que giraba dijo—: *Voilà*, magia. Recuerda, colega, la fuerza es la última opción, primero la inteligencia. Todo tuyo —se apartó orgulloso, haciendo un ademán solemne y cediendo la entrada en primer lugar a Tomás.

El interior del taller estaba extremadamente limpio y ordenado para ser una carpintería. Casi no había serrín ni polvo. No obstante, el olor cautivador que desprende la madera al manejarla y elaborarla se había impregnado en todos los elementos que allí estaban. Era prácticamente imposible refrenar la acción de inspirar profundo para disfrutar del aroma mezclado del nogal, el roble o cualquiera de otros árboles que por allí hubiesen pasado, lo que hacía estar en aquel pequeño espacio algo extrañamente agradable. Más bien parecía una especie de museo con encanto con maquinaria antigua pero útil que se podía enseñar a los niños para mostrarles lo bonito del oficio antes de la llegada de los robots.

Dos horas de registro de siete agentes debía ser más que suficiente para encontrar cualquier cosa en aquel local. No encontraron nada. Hacía un rato que la patrulla de apoyo se había marchado y sólo quedaban allí los inspectores de la capital. La emoción inicial de Joaquín ante la posibilidad de haber encontrado al culpable se había convertido en frustración y más tarde en pesimismo.

—Aquí no hay nada. ¡Esto es una puta mierda! —espetó Joaquín alzando la voz.

Tomás llevaba un rato sentado sobre unos tablones buscando alguna señal.

—¿Holaaaa? ¿Emiliooo? ¿Ya has vuelto?

Una mujer de mediana edad había visto la puerta abierta en el momento en que Borja custodiaba la entrada y se había ausentado un instante para orinar. Estaba a punto de pasar al interior del taller cuando la agarró desde atrás del brazo para impedirselo.

—Señora, no puede pasar

—¿Cómo que no puedo pasar? —preguntó enfadada y haciendo un gesto para zafarse del hombre—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está Emilio?

—Señora, tranquila —aconsejó Tomás al levantarse y mostrar su placa—, somos policías y esto es un asunto policial. ¿Quién es usted?

—Ah bueno, perdonen ustedes, como no llevan uniformes y con esas pintas... —miró disgustada el brazo tatuado de Borja y su abundante barba—. Es que al ver la cochera abierta pensé que era Emilio y sólo quería saludarle. Soy Antonia Expósito. Vivo en la siguiente casa, está a unos minutos de aquí.

—Pues ya ve, Emilio no está. Justo antes de entrar preguntó, cuando pensaba que él estaba aquí adentro, si ya había vuelto. ¿Sabe usted si está de viaje?

—Bueno, de viaje no. No es muy viajero, lo más lejos que va es a la capital y sólo para trabajar. El jueves pasado me dijo que iba a hacer unos trabajos en Sevilla y que no volvería hasta esta semana. Es muy buen carpintero, ¿saben? Tiene unas manos... A nosotros nos hizo un armario de cuatro hojas con su altillo y todo hace veinte años que es una maravilla, no como esos de ahora

que se rompen enseguida. En la alcoba lo tengo, nuevito, nuevito. Porque yo cuido mucho las cosas. En casa tengo muebles de cuando me casé, hace casi veinticinco años, y están como nuevos. ¡Qué digo muebles, el ajuar completo! Con su vajilla, su juego de café, sus sábanas empaquetaditas todavía... ¿Quieren que se los enseñe?

—No hace falta señora, ¿conoce...

—¿Y por qué están ustedes aquí? —interrumpió sorprendida Antonia, como si acabara de procesar que aquellos hombres eran policías y que estaban registrando el taller de Emilio.

—Ya le he dicho que es un asunto policial. ¿Conoce bien a Emilio?

—Todo lo bien que se conoce a un vecino que vive a quinientos metros. Es un hombre tranquilo, muy trabajador, muy ordenadito. Últimamente está un poco tristón, pero es un hombre agradable. Todas las semanas me deja un saco de serrín para mis animales. Es que está un poco solito el pobre. Lo bien que le hubiera venido casarse con Úrsula, la hija de Ferminita la de la tienda de la plaza, pero la dejó escapar el muy bobo. Con lo que le gustan los niños, podía haber tenido alguno, pero al final se casó con uno que trabaja en un banco en la capital. Puede que ustedes le conozcan si son de allí... A lo mejor Úrsula salió ganando. ¡Me alegro por ella, coño! Es que Emilio habla poco, seguro que Úrsula se aburría con él. De vez en cuando traigo un termo de café y nos lo tomamos aquí mientras hablamos de las cosas del pueblo y de nuestras cosas..., aunque pensándolo un poco, más bien la que habla soy yo, él escucha y asiente. Se parece un poco a mi marido, que Dios tenga en su gloria. Él también escuchaba más que hablaba. Es que desde que murió mi marido me viene bien charlar de vez en cuando con personas humanas del mundo, no sólo con mis libros, mis plantas, mis puerquitos o mis gallinas. Aunque a veces me da la impresión que son mejores que algunas personas humanas del mundo —juzgó mirando por encima del hombro a Borja.

Siguió mirando al hombre con muchísimas ganas de reprenderlo, casi como si fuera su hijo.

—Seguro que tú lees poco. Si leyeras, no llevabas esas pintas. Madre mía, esas barbas, esa ropa desaliñada, esa cosa en la oreja... ¿Sabes que te digo? Como sigas así, te vas a quedar soltero como Emilio —Borja la miraba atónito. Antonia había logrado sacar una sonrisa a los demás y desplazar durante un instante la atmósfera negativa que les perseguía. Era de esa clase de personas que hablan sin parar y a la que es muy difícil igualar en verborrea. Parecía una buena mujer, andaluza hasta la médula, con algún que otro prejuicio pero leída, más culta de lo que parecía y con una gran falta de compañeros de debate.

—Señora, deje de meterse con el inspector Hidalgo —ordenó Tomás tapándose la boca para disimular la sonrisa—. A ver, ¿ha notado algo raro por aquí últimamente? Cualquier cosa, coches que no solían venir, alguna discusión, comportamiento extraño de Emilio...

—Emilio como siempre, ya les digo, casi no habla. Y por aquí nunca pasa nada. Se ve que el pobre Emilio tiene poco trabajo, casi no tiene encargos con esto de que la gente lo compra todo en IKEA. Aunque ya les digo yo que no tienen nada que ver esos muebles Suecos con los hechos por un profesional de verdad. Últimamente hace de cerrajero, dice que así escapa. Pero no, ni coches, ni discusiones, ni nada. Todo igual que los últimos veinte años. Lo único es lo de Camilo, pero bueno, eso no tiene nada que ver con Emilio.

—¿A qué se refiere con lo de Camilo?

El rostro de Antonia se volvió triste y nostálgico.

—Camilo era uno de mis cerditos. Como ya le he dicho, hablo con mis plantas y animales a todas horas. Para hacerlo más fácil para mi mente, cuando murió mi marido decidí ponerles nombre. No lo hago porque esté loca, sé perfectamente que no me entienden, ha sido un

mecanismo de defensa contra la soledad. A estas alturas se habrán dado cuenta de que hablo mucho, quizá demasiado, sé que a veces me disperso y que a mucha gente le molesta. En el pueblo me llaman Antonia la cotorra. No lo hago aposta, simplemente soy así. Contar las anécdotas del día o lo interesante que me ha parecido un libro o intercambiar ideas o compartir algún chismecillo del pueblo —dijo algo pícaro—, en fin, conversar me hace sentir viva. Pues el pobre Camilo era uno de mis dos cerdos, pero el jueves pasado amaneció muerto. Llamé a la veterinaria a ver si podía hacer algo por él, aunque fue imposible. Parece que no sufrió el pobre mío. Lo extraño es lo que me dijo Rosa, que es la veterinaria, de la causa de la muerte.

Antonia se detuvo para darle más impacto a la noticia.

—Coño, Antonia, ¿qué le dijo Rosa? ¿Cuál fue la causa de la muerte? —preguntó Tomás abriendo las manos mostrando su impaciencia.

—Pues algo muy raro. Me dijo que había sido una sobredosis de ketamina —los cuatro agentes se miraron entre sí—, ya saben, la anestesia que se usa para dormir a los caballos. Llamé a la guardia civil para denunciarlo, me dijeron que se pasarían, pero por aquí todavía no han venido. Me da en la nariz que un cerdo muerto no es muy importante para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Precisamente pasaba por aquí para contárselo a Emilio. Es que, por casualidad, hace un par de semanas, le estuve contando como el cerdo, en muchos sentidos, es el animal que más se parece al ser humano y que se suele usar mucho para hacer prácticas de medicina... y al poco, ¡Camilo muerto! ¡Qué penita!

—Pues sí, Antonia, una pena —Tomás no quería que la conversación se alargara más—. ¿Sabe el nombre del Hotel o de la pensión donde se aloja Emilio en Sevilla? Tenemos que hablar con él urgentemente.

—No, no, él no se aloja en ninguna pensión, el duerme en casa de su hermano. Vamos creo yo, no sé, puede ser.

—¿Cómo que en casa de su hermano? ¿Su hermano no vive en Lanzarote?

—Vivía. Hace un año se vino de Canarias, cuando su mujer falleció de cáncer. El pobre, con lo bien que estaban y va y se le muere la mujer. Vaya mierda de vida. De joven era muy inteligente, el más listo del pueblo seguro, no como Emilio que es más brutote. Y es muy hablador, se puede conversar con él de lo que sea. También quería ser policía como ustedes, pero se ve que no pudo ser. Conoció a Carmen y se marchó por amor. Allí parece que estaban estupendamente, tenían un bar o algo así... pero el bicho se la comió. Después todo le recordaba a ella y hace más o menos un año se vinieron él y el hijo de ella. Desde entonces Emilio va más a menudo a Sevilla, puede que para acompañarlo o en busca de compañía, pero como hermano mayor me da la impresión que haría lo que fuera por ayudarle. Desde que vinieron las pocas cosas que dice las precede de: mi hermano dice esto o mi hermano dice aquello... Le quiere muchísimo. Madre mía, con razón me dicen la cotorra, siempre hablando de más.

—¿Y sabe dónde vive? —preguntó Joaquín.

—No, hace muchos años que no le veo —mintió—, y Emilio... ya sabe, habla poco.

—Muchas gracias, Antonia —le tendió la mano y le dio una tarjeta—, llámeme si recuerda cualquier otra cosa.

La mujer les despidió sin saber si había metido la pata.

Al subirse al coche, Tomás buscó en la agenda del teléfono a Mila. Había otros tres mensajes con corazones.

## 9.- DENTRO DEL CORAZÓN

Miércoles, 22 de Mayo de 2019

Pedro conducía de vuelta a Sevilla, Joaquín miraba su cuaderno, Borja pensaba en lo ocurrido y en el meneo que le había dado Antonia mientras Tomás hablaba con Mila de lo que había pasado en el pueblo y de lo que debían hacer a continuación.

—Se ve que probó la ketamina con el pobre bicho mientras dormía. No hay duda que es este tipo.

—¡Qué hijo de puta! ¡Mira que matar a un cochino! ¿Quién le hace eso a un animalito? —lamentó Mila con un perfecto acento canario, aflorando su reciente condición de vegana—. Ese está loco perdido. Hay que estarlo para esperar a encontrarse un puerquito durmiendo para clavarle una jeringuilla, pobrecito mío, cuando le tenga delante le inflo a hostias.

Tomás pensó en lo que le haría él si le tuviera delante. Deseaba con todas sus fuerzas cogerlo, pero, al contrario que en otros momentos, en ese, no le machacaría a golpes. Por lo hablado con Antonia, le daba algo de pena. Algo tenía que haber empujado a un hombre trabajador a cometer semejantes barbaridades. Es curioso como el conocer algunos aspectos familiares o acciones buenas de un psicópata hace que la percepción que se tiene de él, aunque sea por un momento, cambie. En algún instante pasa de ser un monstruo a un ser humano. Lo normal es que esa opinión dure poco.

—Tenemos que pillarlo ya. La vecina nos ha dicho que el hermano no vive en Lanzarote, que se mudó hace poco a Sevilla. Podemos tirar por ahí. Joder, no sé cómo se nos ha pasado que había vuelto. No podemos fallar en esos detalles. Dile a Desi que lo busque, si lo encontramos a él, encontramos a Emilio.

—Jefe, Desi trabajó anoche para algo de antidroga y ha estado todo el día con lo nuestro. Se ha ido hace un rato a ver a su hija y a dormir un poco, no podía más.

Tomás se alteró. Quería evitar a toda costa que el asesino matara a otra mujer. No entendía que en medio de aquello alguien se tomara un rato para descansar. Subió el tono sin llegar a gritar.

—¿En serio, Mila? No me jodas, este tipo está matando a una mujer por día. Parece que esta pista es buena y me sales con que Desi está cansada... ¡pues despiértala, coño, y que busque a ese hijo de puta ya!...

—Relájate un poco, Tomás —cortó sosegada para reprenderlo—, no somos máquinas, tenemos que dormir algo, más de 18 horas sin dormir merma la capacidad física de cualquiera, la mente se agota y se toman malas decisiones. También hace que uno esté de mala hostia y hable mal a sus compañeros —soltó directa la indirecta—. ¿Y qué pasa si no le cogemos hoy, o mañana, cuánto tiempo vamos a estar sin dormir?

«Si quieren funcionar bien, deben estar bien físicamente, tienen que comer bien, hacer deporte, dormir bien... somos como coches de carreras, si no tenemos un buen mantenimiento, nos romperemos y no acabaremos bien la prueba.»

—¿Anoche dormiste bien? —continuó Mila—. Porque parece que no. ¿Has comido algo hoy? Es que puede que te falte azúcar. Por cierto, ¿te acuerdas que tu mujer tiene casi ocho meses de embarazo? Llamó hace un rato para comprobar que estabas bien, que ha intentado localizarte y no has dado señales de vida. ¿Sabes lo jodido que es que tu pareja sea policía y que pases todo el día sin contactar con él, las películas que te puedes montar? Joder, Tomás, que está embarazada y con las hormonas en plena revolución. ¿Y si se hubiera puesto de parto? ¿Sabes cuántas veces nace tu primer hijo? Equilibrio, equilibrio y equilibrio. No te pierdas cosas que no volverán.

El sermón de Mila hacía su efecto, confirmando que tenerla en el equipo siempre era una acierto. Podía pararle los pies por eso de los galones y la jerarquía, aunque le hubiera dejado por un capullo aún mayor, y más sabiendo que la intención de ella nunca era mala y en ningún momento trataba de usurparle el puesto. Sintió vergüenza por haberle hablado así y reconoció que su mal humor no sólo era por el estrés del caso, sino también por la falta de descanso del día anterior. Se sintió terriblemente culpable por haber ignorado a Ana durante todo el día y recordó cuanto le molestó que le escribiera. Se imaginó a Ana sola en el paritorio, sudorosa y agotada, pasando los dolores más intensos y hermosos que pasa una mujer a lo largo de su vida, empujando con todas sus fuerzas sin una mano que apretar, sin una cara cómplice a la que mirar, sin nadie que le dijera lo mucho que la quería, que era una campeona y que ya quedaba poco. Se la imaginó sin él, llorando de alivio y alegría al coger a Cloe por primera vez, al olerla y sentirla calentita nada más salir de sus entrañas. Una terrible tristeza le anudó la garganta e hizo que se le erizara la piel. No podía decirle nada a Mila.

—Vamos a hacer una cosa —continuó al percibir el tremendo KO que habían causado sus palabras—. Voy a decirle a cualquier otro de informática que intente buscar al hermano de Emilio. ¿Te parece bien?

—Vale —todavía estaba levantándose del golpe.

—He estado tirando del hilo de lo de las iglesias —continuó Mila—. No he encontrado nada que relacione al Divino Salvador con la Macarena. Tampoco he encontrado nada de ningún grupo antirreligioso o algo por el estilo que nos lleve a algún sitio, y si Emilio no está en la red, pues menos que voy a encontrar. He pensado que si sigue el patrón de las iglesias, sería buena idea poner vigilancia en ellas. El problema es que, como sabes, hay muchísimas en Sevilla, no podemos vigilarlas todas. Sin embargo, aunque el patrón es muy corto, sólo de dos iglesias, puede que haya encontrado algo. Este tipo podía haber colocado a las chicas en cualquier iglesia, pero si te fijas, estas dos que ha elegido son de las más bonitas o más famosas. He seguido el consejo que me da mi hermano el mayor siempre que quiero encontrar algo en Google y no lo consigo: “Escribe como si lo fuera a buscar un tonto, no como el cerebritito que eres tú. El buscador está pensado para eso, para que los tontos encontremos las cosas fácilmente”.

Tomás la escuchaba atentamente y alucinaba.

—Así que he puesto en el buscador lo más simple que se me ocurrió, Iglesias Bonitas de Sevilla y ha salido algo. En la segunda reseña hay una web que el título pone: “ 10 iglesias de Sevilla que son obras de arte- [www.sevillaSecreta.co](http://www.sevillaSecreta.co) ” . Te leo el ranking: 1.-Divino Salvador, 2.-Basílica de La Macarena, coinciden incluso el orden, sigue: 3.-Iglesia de San Lorenzo, 4.-Iglesia de Santa Ana, 5.-Parroquia de Santa María La Blanca, 6.-Basílica del Patrocinio, 7.-Basílica de Jesús del Gran Poder, 8.-Iglesia de San Luis de los Franceses, 9.-Iglesia Santa María Magdalena y 10.-Iglesia Parroquial de Santa Cruz. Sé que podría no ser nada, pero se me ocurre que pongamos una patrulla en estas ocho iglesias a vigilar toda la noche. Puede que suene la flauta y podamos detenerlo antes del siguiente.

Cualquier cosa que pase te llamamos a la hora que sea. Tú vete a casa a descansar, nos vendrá bien a todos.

Dependía de la suerte, pero era algo que mínimamente se sostenía de lo que poder agarrarse.

—Muy bien canaria, gran idea, ponte con ello. Perdona por...

—Una cosa más —volvió a cortarlo para evitar la disculpa—, llama a Ana ipso facto. Es un orden, jefe —sonrió al decirlo.

Tomás asintió agradecido. Aquella pequeña mujer le demostraba cada vez que trabajan juntos, lo grande y extraordinaria que era. Mientras más la conocía más contemplaba que su inmenso potencial intelectual era muy pequeño si lo comparaba con su corazón.

—Canaria, eres la mejor, gracias.

Buscó en la agenda AAAna Amor. La llamada murió con el último tono. Volvió a intentarlo sin éxito. Abrió el *Whatsapp* y comprobó que Ana se había conectado por última vez media hora antes. Envío un corazón y las manos suplicando. Explicó al resto de ocupantes el plan de Mila y consensuaron que lo mejor era descansar un poco. Buscó la B en su agenda.

—Bar de Juanjo, le atiende Juanjo, ¿dígame?

El Juanjo estaba a un par de manzanas de la casa de Tomás, un poco escondido en una calle poco concurrida que era una especie de callejón. Hacía poco que lo habían descubierto. Seguramente llevaba poco abierto. Uno de esos días que no tenían ganas de cocinar y revisando algunos de los panfletos publicitarios de bares con comida a domicilio y con carta incorporada que dejaban en los buzones, encontraron el que se convertiría a las primeras de cambio en el favorito para llevar de Ana. Decía que los serranitos de allí eran los mejores de la zona. Ayudaba el poquito de chicharrones envueltos en papel de aluminio que regalaba con todos los pedidos y que se habían convertido en el antojo recurrente de ella, a pesar de la brasa que daba con lo de las cenas light.

—Hola, Juanjo, soy Tomás.

—Hola, Tomás, ¿qué tal estamos? —contestó familiar al reconocerle.

—Pues bien. ¿Tú qué tal vas?

—Bien también, recogiendo para cerrar pronto. Dígame, ¿qué se le ofrece?

—Ah no, si ya vas a cerrar, nada, hombre... —respondió decepcionado.

—¿Cómo que nada, Tomás? Faltaría más. ¿Dos serranitos de lomo?

—Bueno, uno de lomo y otro de pollo, pero de verdad Juanjo, no te preocupes, no quiero molestar.

—¡Por favor! Usted nunca molesta. ¿Se lo llevamos a casa o viene a recogerlo?

—Paso yo, voy de camino —miró el reloj—. Tardaré unos cuarenta y cinco minutos. ¡Madre mía, es mucho tiempo! —se percató al decirlo—. Déjalo, Juanjo, otro día mejor.

—Cuarenta y cinco minutos es lo que se tarda en hacer un buen serranito —mintió—. No hay ningún problema, le esperamos.

Pedro le dejó justo a la entrada de la calle donde estaba el bar. Había que maniobrar mucho para salir o dar marcha atrás. Se despidieron acordando dejar los móviles con sonido por si había alguna novedad.

La verja del bar estaba a medio bajar y sólo estaban encendidos tres o cuatro focos que alumbraban el interior de la barra. Tomás golpeó suavemente el metal de la puerta para indicar que ya había llegado. Desde dentro, un hombre de unos cuarenta años, alto, corpulento, con la cabeza rapada para disimular la calvicie y barba muy espesa le invitó a entrar.

—Juanjo, lo siento de verdad, tenías que haber cerrado ya.



—¡Qué no, hombre, qué no se preocupe! Aquí tiene los bocadillos y el regalito de siempre, que sé que le gusta a la señora. Son siete euritos si tiene, sino invita la casa —siempre decía esa muletilla.

Le dio un billete de diez y rechazó el cambio.

—¡Gracias, jefe! ¿La señora bien? —preguntó amable.

La pregunta lo descolocó un poco. Juanjo lo notó.

—Ya sabe, el embarazo. ¿Ya llegó la criatura?

—Ah, discúlpame, Juanjo, estoy cansado y voy de un lento que ni te imaginas. Todo muy bien, la niña todavía está en la barriguita. Gracias por preguntar.

—Mejor que ahí adentro, en ningún sitio. Me alegro de que estén bien. Si no nos vemos antes, les deseo que todo salga perfecto. ¡Disfruten de la comida!

La tele encendida iluminaba el salón. Ana estaba dormida en el sofá *chaise longue* en la parte que solía utilizar Tomás, acostada de lado, en posición fetal, con la barriga mirando hacia el apoyabrazos. Llevaba en el pelo una cinta elástica gruesa a modo de diadema, una camiseta vieja blanca que él guardaba para hacer los trabajitos de bricolaje en casa y unos *leggings* con un par de agujeros en la zona del muslo que se negaba a tirar. Decía que si él guardaba camisetas viejas, ella también guardaba ropa vieja para trabajar en casa. Tenía marcas de pintura rosa por todos lados. Una vez más se sintió afortunado de tenerla. Ella creía que sabía pintar bien, pero la verdad es que no, pintaba rematadamente mal. Uno de sus defectos encantadores era lo sumamente patosa que era. Prácticamente todos los días se daba un golpe con una puerta o le daba una patada a una silla o se pillaba el dedo con alguna cosa. La última vez que pintaron juntos le dio un golpe mientras caminaba al bote de pintura y volcó la mitad. Rieron un buen rato a costa de su torpeza.

Sin despertarla, Tomás enfiló el pasillo con el pensamiento de ir al baño a darse una ducha, idea que pospuso al ver el cubo de la fregona en frente de la que iba a ser la habitación de Cloe. Desde el pasillo, encendió la luz para echar un vistazo y ver que tal iba quedando. Había un manchón rosa en el suelo a medio limpiar que llamó su atención justo al iluminarse el cuarto. Tomás sonrió negando con la cabeza. Ana había pintado completamente tres de las cuatro paredes. La cuarta, que daba justo al frente de la puerta, estaba pintada más o menos a la mitad, probablemente al acabarse la pintura por culpa del accidente que delataba el manchón central. Ana, quizá con la pintura que le quedaba en la brocha y utilizando el resto de pared como si fuera un lienzo mágico, dibujó un corazón rosa todo lo grande que le permitía el espacio sin pintar. Dentro del corazón escribió: TOMÁS, ANA, CLOE, FAMILIA. Suspiró emocionado por estar dentro de aquel corazón. Desechó la idea de la ducha y volvió al salón. Se descalzó para sentarse al lado de Ana. Al notar su presencia, Ana se giró dormida.

—Hola, cariño. No te he oído entrar, estaba frita.

Tomás se tumbó haciendo la cucharita detrás de ella, acariciándole la barriga y oliéndole el pelo. Le susurró.

—Siento no haberte llamado hoy. He traído serranitos.

—Eres muy tonto. Te amo mucho. Déjame dormir un poco más.

Acababa de entrar en otro mundo, en uno donde no existía ni la maldad ni la crueldad ni la violencia, donde todo era quietud y paz, donde lo demás no importaba, de donde no quería salir. TOMÁS, ANA, CLOE, FAMILIA. Sintió que no necesitaba nada más para vivir. Pensó en lo que le había dicho Mila y se imaginó en el hospital dando la mano a Ana, diciéndole que empujara,

que ya quedaba poco, que era una campeona. Se imaginó llorando de alegría al coger a Cloe recién llegada, descubriendo a lo que huele la vida. Cerró los ojos y durmió profundamente. Volvió a salvarlo.

## 10.- ELEFANTES

Jueves, 23 de Mayo de 2019

- Aquí Central. Son las cinco, equipos, informen.
- Equipo uno. Por aquí todo tranquilo, ningún movimiento.
- Equipo dos. Por aquí también. Ninguna novedad.
- Equipo tres. Aquí un poco de jaleo con unos chavales que volvían de pegarse una buena borrachera. Nada importante.
- Equipo cuatro. Todo bien.
- Equipo cinco. Bien todo por aquí.
- Equipo seis. Sin ser el cuesco que se acaba de tirar el guarro éste, todo tranquilo.
- Equipo siete. Joder, Pepe, tú siempre igual. Por aquí todo tranquilo.
- Equipo ocho. Por eso no quiero ir con Pepe. Sin novedades por aquí.

El operativo de vigilancia se componía de ocho equipos dobles acampados discretamente en frente de cada una de las iglesias que la lista de Mila señalaba como posibles lugares donde sería el siguiente asesinato. Comenzaron a las doce de la noche, con la instrucción de informar cada hora en punto, entre otras cosas con la idea de que nadie se quedara dormido, y por supuesto, si veían algo sospechoso debían dar la voz de alarma y solicitar refuerzos inmediatamente. La vigilancia suele ser bastante aburrida, si a eso se le une el cansancio, poca luz, horas sin dormir o una comida prominente, no es descartable que se sucumba con cierta facilidad a los encantos de Morfeo y se dé alguna cabezadita.

«Si la vigilancia es larga y de noche, intentad conversar de alguna tontería con vuestro compañero, aunque os caiga como una patada en el estómago, os ayudará a no dormiros.»

—Aquí equipo uno: Movimiento en la iglesia de San Lorenzo.

Una furgoneta Renault Traffic blanca bastante nueva, sin ningún tipo de serigrafía publicitaria, probablemente de alquiler, se acababa de aparcar entre el kiosco que custodiaba la entrada de La Plaza de San Lorenzo y un estanco de Tabaco que hay justo enfrente. Los agentes vigilaban a unos treinta metros, a la altura del Bar que hay delante de la iglesia. El coche tenía los cristales traseros tintados, algo que aprovechaban para ocultarse cuando estaban haciendo alguna vigilancia. El conductor de la furgoneta apagó el motor y las luces. Dos minutos después la furgoneta seguía exactamente igual, sin ningún movimiento, parecía como si el conductor hubiera decidido parar y que aquel lugar se transformara en su lecho hasta el amanecer. Algunos obreros se levantan de madrugada cuando tienen que hacer un servicio en el centro de las ciudades a primera hora. Lo hacen para encontrar aparcamiento rápido y cerca de la dirección que tienen que atender. Luego esperan pacientes en las furgonetas mientras se echan una cabezadita o se fuman un cigarro o leen algo, hasta la hora del café o del comienzo de la jornada.

—Éste es un pobre ñapa. Seguro que ya está durmiendo —en ese momento se abrió la puerta del piloto—. ¡Coño, no, no, ya sale!

Un hombre que ocupaba el asiento del conductor bajó de la furgoneta y cerró la puerta muy despacio procurando hacer el menor ruido posible. Con cuidado abrió la puerta corredera lateral y entró en la zona de carga. Cerró despacio. Cinco minutos después seguía dentro.

—¿Tendrá un saco de dormir ahí atrás?

—No sé, pero si fuera yo, lo tendría. Me cago en la leche, ahora tenemos que fijarnos en esa furgoneta y en la puerta de la iglesia.

Negó con la cabeza decepcionado.

—Joder, macho, con razón dice mi mujer que los hombres no podemos hacer dos cosas a la vez. Yo *pacá* y tu *pallá* —propuso dándole un golpe cariñoso en la espalda—. ¿Me acerco y le toco a ver si pasa algo?

—No, no, vamos a esperar un poco, puede que sea lo que dices y el tipo esté como un tronco ahí adentro. Deja que descanse él, que puede....

—Pues va a ser que no —cortó al ver como se abría la puerta.

El hombre bajó de la furgoneta una carretilla de transporte y la dejó en el suelo a la espera de recibir alguna carga. Volvió a entrar y enfiló hacia la puerta una especie de caja de madera alargada similar a los embalajes que se utilizan para transportar alguna pieza de arte. Por el esfuerzo que hacía, se notaba que era medianamente pesada. Bajó y la colocó erguida en posición vertical. Nuevamente cerró la puerta corredera de la zona de carga de la furgoneta con mucho cuidado de no hacer demasiado ruido. Se colocó una mochila. Inclino un poco la caja hacia delante e introdujo la base de la carretilla en la parte baja. Acomodó bien la caja y tiró de ella con la ayuda de la carretilla hacia atrás para desplazarla con facilidad ayudándose de las ruedas. Despacio se dirigió hacia la puerta de la Basílica.

—Central, el tipo ha bajado una caja de madera y está llegando a la entrada de la iglesia. Vamos a intervenir. Solicitamos refuerzos.

El sonido de las puertas del coche al abrirse bruscamente y los posteriores portazos, sobresaltaron al hombre e hicieron que se le cayeran las llaves.

—¡Policía Nacional, quieto ahí, levante las manos! —gritaron y corrieron hacia él.

El hombre metió su mano en el bolsillo, sacó el teléfono y empezó a maniobrar.

—¡Qué levante las manos, coño, suelta el móvil!

Automáticamente el hombre dejó caer el teléfono, hincó las rodillas y puso las manos detrás de la nuca mostrándose sumiso. Uno de los agentes le agarró de una de las muñecas, se la llevó a la zona lumbar y después de hacer lo mismo con la otra lo esposó.

El otro agente manipulaba la caja

—¿Qué coño hay aquí adentro, hijo de puta? ¿Qué hay aquí, cabrón? —intentaba meter los dedos entre las juntas de la caja para abrirla lo antes posible con tal ímpetu que se levantó una uña que le provocó un dolor agrio— ¡Joder! ¡Me cago en tu puta madre! —le miró con odio—. Mira a ver si tiene algo ahí para abrir esto.

El primer agente le empujó y dócil se puso boca abajo. Le puso la bota sobre la nuca y abrió la mochila. Había una palanca pequeña.

—Prueba con esto.

Introdujo la pieza de hierro y dio un golpe seco, primero abajo, luego al centro y finalmente arriba.

Una joven guapa y con ropa sexy, seguramente camarera de un bar de copas, cayó hacia adelante al tercer golpe, sorprendiendo al policía que se esforzaba por quitar la tapa de la caja. El agente trató de sostenerla sin éxito. Se desplomó boca abajo justo al lado del hombre que estaba

en el suelo quedando tendida frente a él como si estuvieran a punto de besarse. Emilio la miró impassible e indiferente.

—¡Me cago en tu puta madre, cabrón, ¿está muerta, la has matado?! —trataba de darle la vuelta. El hombre no decía nada—. ¡Qué si está muerta, joder! —le tomaba el pulso.

—Está viva —susurró—. Soy Emilio Moreno Delgado. No hablaré nada más con vosotros, sólo lo haré con los agentes Tomás de la Torre y Joaquín Peñalver. Llamadlos.

Veinte minutos después, una ambulancia se había llevado a la chica al hospital y una patrulla a Emilio a comisaría. Unos agentes se quedaron custodiando la furgoneta.

Le despertó en el sofá la llamada de Mila para informarle que habían cogido al sospechoso. El sueño de aquella noche había sido incomprensiblemente placentero y reparador. Su mundo, su familia, le había sacado de lo que le atormentaba y le había acunado sin parar durante toda la noche como un bebé inquieto que recibe los cuidados de mamá y sólo con ellos logra dormir. No dejó de abrazar a Ana y de sentir a Cloe en ningún momento. Acompañó a Ana a la cama para que pudiera dormir un poco más algo más cómoda, se dio una buena ducha y se dirigió a la comisaría. Al llamar, Mila se limitó a informar que habían cogido al sospechoso y que la chica estaba bien, pero omitió el detalle de que Emilio le había nombrado a él y a Joaquín.

A las siete en punto entró Tomás en la comisaría con una pequeña sonrisa en la cara. Cinco minutos después que Joaquín. Estaba de mejor humor que el día anterior, había dormido y le habían cogido. Era uno de esos días que le daba por saludar abrazando a todo el mundo. Esos días que respondía al “¿Cómo estás?” con un “Mejor que ayer pero peor que mañana”. Al acercarse a Joaquín para regalarle su abrazo, se dio cuenta que la cara de su amigo no era de estar de buen humor, delataba intriga y preocupación. Lo sujetó por los dos brazos y lo zarandó un poco empujado por la adrenalina y las endorfinas combinadas con otras hormonas de la felicidad.

—¿Qué pasa, Joky? ¿Y esa cara? ¡Qué lo hemos cogido, colega, qué la hemos salvado, qué somos la hostia de buenos, que somos un equipazo!

—Nos conoce —informó serio.

Joaquín frunció un poco el ceño.

—¿Cómo que nos conoce? ¿Quién? ¿Emilio? ¿Qué a dicho?

—No ha dicho nada, sólo ha dicho que no hablaría con nadie que no fuera Tomás de La Torre y Joaquín Peñalver. Le han estado apretando algo pero no dice nada de nada. No quiere que llamemos a un abogado, ni quiere llamar a nadie. Sólo quiere hablar con nosotros. Es imposible que se haya enterado por la prensa de nuestros nombres, no se ha revelado quien lleva la investigación. Nos conoce de algo.

—Pues le damos un poco de tiempo para que piense y vamos a hablar con él a ver que dice. ¿Alguien tiene cincuenta céntimos para la máquina de café? —preguntó al aire esperando respuesta. Joaquín siempre llevaba calderilla.

Emilio esperaba sentado y esposado con las manos hacia delante y encadenado a una pieza metálica que sobresalía de la mesa, que a su vez estaba sujeta a la pared y al suelo. Frente a él había dos sillas y a su izquierda un espejo opaco desde dentro y transparente desde el otro lado.

Joaquín entró primero con una carpeta de cartulina marrón con la ficha de Emilio y toda la documentación del caso. Tomás entró con el café a continuación y se lo puso justo delante. El hombre asintió para agradecerlo, lo alzó incómodo con las dos manos y le dio un sorbo ruidoso desagradable.

—Hola, Emilio —comenzó serio Joaquín—, somos los inspectores Peñalver y De La Torre. Parece ser que sólo quería hablar con nosotros. ¿Por qué?

—Sois vosotros los que lleváis la investigación, ¿no? ¿Por qué gastar energías con algún que otro peoncillo si vosotros sois los jefes?

—Nosotros no somos los jefes de nada y lo menos importante es quien lleve la investigación —Emilio sonrió—. De todas formas me parece bien que quieras hablar con nosotros, como bien dices puede que incluso ahorremos algo de tiempo. Pórtate bien y terminaremos rapidito —el móvil de Tomás empezó a vibrar. Era Ana. Colgó enviando el mensaje predeterminado “Ahora no puedo hablar, te llamo luego”—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Emilio miró a Tomás antes de dirigirse a Joaquín.

—He matado a dos mujeres y secuestrado a una tercera que iba a matar.

Joaquín puso sobre la mesa las fotografías de Julia y de Sonia.

—¿Entonces reconoces haber matado a estas dos mujeres?

—Sí.

El móvil de Tomás volvió a vibrar. Colgó sin mandar ningún mensaje.

—¿Cómo las mataste?

Ana volvió a llamar. Tomás colgó un poco molesto y apagó el teléfono. Emilio le miró.

—Ya sabéis como las maté. Pero si de lo que se trata es de confirmar que fui yo, os lo resumo: A la primera le cambié hace poco la cerradura de su despacho o de su casa, no sé muy bien si era las dos cosas. El sábado por la tarde fui a su casa. Ví que a media tarde salió. Esperé un rato a que alguien entrara y me colé en su edificio. Una chavalina muy maja que volvía de sacar al perro me dejó entrar. Le dije que iba a entregar un paquete grande, le hice una carantoña al perrillo y me permitió la entrada sin problemas... es increíble lo que se consigue del dueño de un chuchito cuando mimas un poco a la mascota. Se ve que el portero estaba descansando porque allí no estaba. Entré en la casa de la doctora y esperé hasta que llegó de madrugada. Cuando entró le tapé la boca y la nariz con el pañuelo de seda y se desplomó. La metí en la caja, la cerré y la bajé por el ascensor. La cargué en la furgoneta y la llevé a la iglesia, ¿voy bien? —cogió el vaso de plástico con el café algo frío y le dio un sorbo aún más ruidoso que el anterior—. También tengo llave de la iglesia. No sé si os habéis dado cuenta de lo invisibles que somos los obreros para la mayoría de la gente. Somos poco importantes, hacemos lo que parece que es fácil. Estamos en un escalón inferior a vosotros o a cualquier persona con carrera. Para algunas cosas es una ventaja. Abrí la puerta de la iglesia y coloqué a la doctora en el banco. Le inyecté la ketamina. No sufrió nada.

—¿Por qué la mataste? —interrogó Joaquín

—Por una tenía que empezar. No la maté por nada en particular. Me cabía en la caja y tenía llave de su casa, nada más. La segunda chica la encontré caminando, probablemente iba a su trabajo. Era muy temprano. Seguro que su jefe le apretaba tanto que la pobre tenía que empezar antes. Me acerqué con la furgoneta, me bajé, le puse el pañuelo, la metí en la caja, la llevé a la iglesia, le inyecté la ketamina y ya está. Por nada en especial, necesitaba otra. Una curiosidad, ¿cómo sabíais que iba a ir a la iglesia de San Lorenzo hoy?

Tomás sonrió y contestó.

—¿Sabes cómo, puto psicópata? Porque somos más listos que tú —Emilio le devolvió la sonrisa.

—Inspector De La Torre, o mejor Tomás, no otorgues a la inteligencia algo que ha estado relacionado con la suerte. Pero os felicito, felicito al Cuerpo Nacional de Policía por seleccionar a lo mejor de la sociedad, a la gente que no comete errores, adiestrarlos y convertirlos en grandes agentes de policía que velan por el bien común.

—¿Suerte? A parte de psicópata eres tonto. Hemos tardado tres días en cogerte, tres días Einstein, te creías muy listo pero ya ves, no lo eres, eres un pobre miserable que quiere salir en la tele, nada más. Lo nuestro no tiene nada que ver con la suerte. Y sí, nos esforzamos para que no haya gente como tú en la calle.

—Puede que tenga algo de psicópata y también de tonto, pero si piensas que esto tiene algo que ver con la prensa o ser famoso o algo parecido, te equivocas del todo. Aunque ¿sabes lo que te digo? Pensándolo bien, ya no importa. Es verdad que tenía que haber sido un poco más largo, más elefantes, pero da igual, no tengo nada que perder y te aseguro que ya he ganado.

Tomás volvió a sonreír.

—Elefantes dice —dijo mirando a Joaquín—. Estás como una cabra, Emilio. Al final nos vas a dar pena. ¿No entiendes que has perdido? Te vas a morir en la cárcel, Emilio. Ya está, se acabó. ¿Qué vas a ganar?

—Voy a morir pronto, Tomás, tengo cáncer de páncreas. No creo que llegue al mes, es posible que pase más tiempo en el hospital que en prisión. Te voy a hacer una pregunta ¿cómo escondes a un elefante en una plaza de toros?

—Dímelo tú, Emilio —respondió intuyendo la solución.

—Lo sabes, Tomás, lo sabes. Pero te lo voy a decir: lo escondes llenando la plaza de elefantes. Te voy a decir cuatro cosas más. La primera es que lo que gano es venganza. Llega un punto en la vida que eso es lo máximo que se puede tener, te gratifica mucho más que el dinero o el amor. Me siento completamente lleno y realizado, me voy a morir sabiendo que he jodido al que nos jodió y eso es la hostia. La segunda es que a diferencia de lo que piensas, no has ganado, muy al contrario, si hay alguien que ha perdido en todo esto, eres tú, Tomás de La Torre. La tercera es que quiero un abogado, no voy a hablar más. La cuarta, y es lo último que diré, es que llames a Ana, te ha estado llamando y créeme, te necesita —sujetó el vaso de plástico y lo acerco para darle otro sorbo.

Un acto reflejo activado por el miedo, la rabia y el odio hizo que Tomás soltara el puño en la cara de Emilio justo al terminar la frase. Los nudillos impactaron primero en el vaso que tenía frente a sus labios provocando el baño de café en su cara y después golpearon con una tremenda violencia en el mentón del hombre, partiéndole el labio superior y el inferior. Las esposas sujetas a la mesa impidieron que cayera hacia atrás. Tomás entró en pánico.

—¿Qué estás diciendo, hijo de puta? ¿Cómo sabes quién es Ana?!

Saltó encima de la mesa y con la mano izquierda le agarró de la pechera. Volvió a soltar el puño que esta vez impactó en el ojo derecho causándole un corte en el párpado y un hinchazón instantáneo. Joaquín se abalanzó sobre él para tratar de pararlo. Se lo quitó de encima y volvió a golpear el ojo derecho y otras tres veces en la frente, el pómulo y la nariz.

—¿De qué me conoces, cabrón?!

Borja entró en la sala para ayudar a Joaquín a reducirlo.

—¡Joder, Tomás, suéltalo!

Emilio yacía inconsciente con la cabeza colgando hacia atrás y la cara destrozada. Tomás salió corriendo de la sala. Encendió el móvil. Le temblaban las manos. Estuvo a punto de tirarlo al

suelo con rabia al ver que le pedía la contraseña pin. Podía sentir los latidos de su corazón. Un grito profundo salió de su estómago. —¡Vengaaaa...! —marcó el número de Ana. Daba apagado. Miró el *Whatsapp* , y comprobó que el último entre ellos era de ayer en el que le pedía que la llamara. Mientras bajaba la escalera lo más rápido que podía volvió a llamar. Apagado. Tropezó y cayó en el rellano. Se incorporó y salió de comisaría hacia su coche. Condujo a toda velocidad hasta su casa. Seguía llamando a Ana. Nada.

La puerta del piso estaba abierta. Sacó el arma y entró. No había nadie. Una bolsa de marihuana, el teléfono de Ana con la pantalla rota y un pañuelo de seda con olor a cloroformo y manchado de sangre estaba en la habitación de Cloe. También apreció unas marcas de unos manchones rojizos en parte de la palabra “FAMILIA” de dentro del corazón. Un dolor desgarrador en el pecho hizo que soltara el arma y casi lograra tumbarlo. Tambaleándose apoyó su mano izquierda dentro del corazón de la pared y la derecha la apoyó en el suyo mientras inspiraba y expiraba profundamente. Sintió como ya no era dueño de su cuerpo y que no podía mantenerlo. Se desplomó. Joaquín evitó que cayera al suelo.



## 11.- LABOLSADE MARÍA

Jueves, 23 de Mayo de 2019

El sonido de las puertas del coche al abrirse bruscamente y los posteriores portazos sobresaltaron a Emilio e hicieron que se le cayeron las llaves.

—¡Policía Nacional, quieto ahí, levante las manos! —gritaron y corrieron hacia él.

Metió su mano en el bolsillo, sacó el teléfono y empezó a maniobrar. Le dio a enviar al mensaje que tenía prescrito: *«Me han cogido. Lo siento. Termina tú. Te quiero. Hasta siempre»* . Luego buscó rápidamente la opción de restablecer datos de fábrica y le dio al ok.

—¡Qué levantes las manos, coño, suelta el móvil! —gritó uno de los agentes justo antes de alcanzarle.

Dejó caer el teléfono, hincó las rodillas y puso las manos detrás de la nuca mostrándose sumiso. Uno de los agentes le agarró de una de las muñecas, se la llevó a la zona lumbar y después de hacer lo mismo con la otra le esposó.

-----0-----

Sabía que aquello podía pasar y tenía pensado cuál sería el siguiente paso si llegaba el momento, sin embargo, el recibir el mensaje y el no volverlo a ver, le hizo sentir un dolor profundo. Imaginarle esposado o herido o siendo devorado rápidamente por dentro por la metástasis estando solo en una camilla aislado y custodiado, sin que nadie le acompañara y le dijera que lo quería en los últimos momentos, le afligía y emocionaba hasta hacerle llorar. Le hubiera gustado despedirse de otra forma, abrazarle con fuerza para que sintiera el cariño, para que supiera lo mucho que agradecía todo lo que había hecho por él. Todos los días de su vida renunciando a cosas para que fuera feliz. Le hubiera gustado que nada de aquello hubiese pasado. Pensó si en realidad valía la pena, si estaba justificado, si no hubiera sido mejor dejarlo pasar y seguir con su vida, aceptando lo que le había tocado y aprovechando los últimos días para estar juntos. Intentó eliminar la rabia y pensó en la posibilidad de escapar y tratar de empezar de cero, en otro sitio, con otra gente... ya lo había hecho y durante un tiempo había funcionado, pero esta vez no podía. La envidia y la sed de venganza habían podrido tanto su alma que cualquier posibilidad de recuperar la cordura era rápidamente derrotada por el deseo de saldar cuentas con quien había hecho posible que sus sueños no se cumplieran y había logrado que su vida fuera, durante muchos días, un infierno mental creado por el odio y la frustración.

Después de recibir el mensaje fue a casa de Tomás. Esperó paciente cerca del portal hasta que él saliera. Era evidente que tardaría poco en llegarle la noticia de la detención de Emilio y saldría lo antes posible hacia comisaría. En la oscuridad de la furgoneta y con alguna canción melancólica sonando en la radio, pensaba en lo que había sucedido.

« Año 2.000, Academia de Policía Nacional, Ávila.

El tipo de personas que llega a la Academia de Policía es muy variado. Llega de todo de lo que hay en la sociedad. Algunos llegan con vocación de serlo, otros llegan buscando la seguridad de una nómina de funcionario, otros llegan para no ser delincuentes, otros lo son, otros llegan con muy poco dinero, otros muy inseguros, otros muy sobrados, otros son muy torpes.... exactamente lo mismo que hay fuera.

JJ era de los que tenían vocación, un tanto engreído y coqueto y con poco dinero. Había ingresado en la Academia un poco tarde. Destacaba, no sólo por ser algo mayor que el resto o por ser un tipo guapo que le gustaba ir bien vestido, o por su barba sexy de tres días o por su abundante tupé siempre perfectamente despeinado o por la combinación de sus apellidos que le describían perfectamente, Moreno Delgado, sobre todo destacaba por su inteligencia y habilidad en todos los campos del entrenamiento. Solía estar entre los primeros de la promoción en casi todas las materias que se impartían. Su único problema era su falta de dinero y su necesidad de tenerlo. A pesar de saber que si le pillaban le iba a costar la expulsión inmediata, se había montado su pequeño negocio de contrabando. Había conocido a un pequeño camello en un bar de la zona y cada vez que necesitaba le traía algunas bolsas de marihuana y algunas anfetaminas que más tarde él vendía a los compañeros que lo demandaban. No era mucho lo que sacaba, lo suficiente para mantener su estatus de galán e invitar siempre que podía para no aparentar ninguna estrechez.

—Joky, ¿te hace un dominó? —preguntó Tomás al cerrar el libro y dar por terminada la jornada de estudio—. Necesito despejarme un poco, y una buena paliza me vendrá bien.

Joaquín seguía estudiando la última parte del tema.

—¿Te refieres a las palizas que te doy? —respondió sin levantar los ojos del libro—. Es increíble que después de tres meses no me hayas ganado ni una vez, tío. Espera que me quedan dos minutos.

—Cuando contaste que te gustaba el dominó, se te olvidó mencionar que eras campeón de la provincia, cabroncete. Se ve que soy un poco masoquista, porque disfruto de tus palizas. ¿Será igual en el sexo?

Captó inmediatamente su atención.

—¿Qué dices de sexo?

—¿Qué si molará eso del sado?, me da que sin pasarse tiene que estar guay.

—¡Qué idiota eres! A las mujeres normales no les gusta eso, eso es para depravados.

Tomás esperaba acostado en la cama, mirando hacia el techo.

—No veo por qué no, un poquito de dolor consentido tiene que ser placentero, o por lo menos probar a ver que tal. Y eso de que no les guste a las mujeres es lo que tú crees, aunque te digo una cosa, no te veo yo con mucha experiencia con mujeres como para generalizar tanto. A mí me da que sí les gusta, como a todos. Las mujeres son como los hombres, les gusta el sexo tanto o más que a nosotros, lo que pasa es que puede que lo disimulen más. Seguro que en unos años alguna mujer escribe una novela erótica con el sado de fondo para enseñarnos a todos y lo peta. Pero será una mujer, los hombres son como tú, cuadrículados sexuales. Por cierto, ¿dónde está el dominó? —se estiró hasta la mesa de noche de su compañero.

Joaquín saltó de la silla para impedirle que lo hiciera. No pudo. Tomás ya había abierto el cajón y había visto la bolsa de hierba.

—¿Qué coño es esto, Joky? —preguntó decepcionado y asustado sosteniendo la bolsa de marihuana—. Joder, tío. Si te pillan te echan. Te dije la última vez que no iba a dejar que lo hicieras más.

—¡Mierda, esconde eso! Tomás, me hace falta para relajarme, me pongo muy nervioso cada vez que hay un examen y lo sabes. No significa nada, coño. Es un canuto de vez en cuando y ya está. Sin eso no...

—Sí puedes sin esto —cortó Tomás—. Si cuando te gradúes quieres fumarte un porro de vez en cuando, por mí, vale. Pero aquí no. Es que nos pueden echar a los dos, tío. Te imaginas que

encuentran esto en nuestra habitación... a mí también se me cae el pelo. Tengo que informar.

Se levantó con la bolsa en la mano dispuesto a salir. Joaquín se interpuso.

—¿Pero qué dices? ¿Vas a chivarte? No puedes hacerme eso, nos caerá un marrón de campeonato. Déjalo estar por favor.

—No voy a decir que es tuya. Total, esto que hay aquí ni siquiera es delito para consumo personal. El tema es quien la vende, joder, que esto es la Academia de Policía. La vez anterior hablé con JJ para que dejara de vender esta porquería aquí adentro. Se cree que porque es mayor puede hacer lo que quiera. Me mandó a la mierda. Le dije que si me enteraba de que lo seguía haciendo se lo comunicaría a los instructores, así que voy a decírselo.

—Tío, tírala, pero pasa de eso. Si lo dices le vas a joder muchísimo. Te juro que no le compraré más. Pasa de eso por favor.

—No, Joaquín, voy a decirlo porque somos policías tío, o por lo menos es lo que queremos ser y para lo que nos están preparando. No quiero empezar en esto con la conciencia sucia. Daré un chivatazo anónimo para que miren entre sus cosas y ya está. Si no tiene nada, pues mejor. A ti no te pasara nada. Sabes que no tengo familia, que no me acuerdo de nada de antes de tener quince años. Tú eres mi hermano y no puedo dejar que te jodan, porque si te joden a ti, me joden a mí —apretaba la bolsa con fuerza—. Y te juro por Dios que lo siento por JJ, pero ya se lo dije. Espero que no lo echen, que le confisquen la droga y le den un escarmiento o hagan lo que crean conveniente, pero tenemos que impedir que siga haciendo esto. Piénsalo, Joky, él también es policía, o va a serlo, no está bien que venda esa mierda, coño.

Joaquín entendía las razones de Tomás para plantearse contar lo de la droga, aunque temía las consecuencias que aquella acción iba a tener.

—Tienes razón. Está mal que lo haga y también estuvo mal que yo le comprara la puta bolsa esa, pero piensa bien en lo que puede pasar. Como echen a JJ, la vida se le va a joder por completo, tío. No es mal tipo, saca buenas notas y se ve que le encanta ser policía. Esto puede que le cierre muchísimas puertas. Puede que su vida no sea la misma, y será porque lo vas a contar. Va a saber que has sido tú y se va a mosquear muchísimo.

—No te equivoques, será porque está vendiendo droga. La culpa no es mía, es suya. Y si se mosquea, que se mosquee, ¿qué me va a hacer? Ya te digo, yo quiero tener la conciencia tranquila y tengo que proteger a mi familia. Además, seguro que no le echan, le abrirán un parte o algo así, los instructores saben que es muy bueno.

Tomás hizo llegar una nota anónima junto con la bolsa de marihuana a los instructores. A los dos días, después de confiscar de la habitación de JJ más de doscientos cincuenta gramos de hierba, una pequeña báscula y unas veinte pastillas, todo el mundo pensó que lo habían expulsado de la Academia y que procedían a denunciarlo por tráfico de drogas. Esperaría a juicio. No se despidió de nadie. »

Seguía esperando en el coche a que bajara de casa y volvió a pensar que la vida de Tomás era parecida a la que podía haber tenido: un trabajo que le gustaba, amigos con los que tomarse una cerveza de vez en cuando, un piso bonito en el centro, una mujer hermosa con la que compartirlo, un hijo con el que jugar... pero no. Tomás le había negado la posibilidad de que todo aquello se hiciera realidad. No obstante, pudo encontrar a alguien que le había convencido sin decirle nada de que no tenía que vengarse, de que el rencor podría, que se podía seguir adelante a pesar de las piedras del camino. Alguien que le había devuelto la alegría y que el cáncer se la había quitado.

Veinte años después, por una casualidad del destino, al comprobar que su verdugo tenía todo con lo que él había soñado, no podía más que pensar en que se merecía que se lo quitaran todo.

Al salir del portal, Tomás lanzó las llaves al aire y las recibió sonriente demostrando el buen humor que le acompañaba. Dejó que la puerta se encajara sola aprovechando el brazo hidráulico que la empujaba. En el interior del portal, a la derecha de la puerta, el presidente y el secretario de la comunidad habían instalado un tablón de anuncios para informar de todo lo relacionado con el edificio. Aparte del listado por apartamento de estar al corriente o no con la cuota de mantenimiento y algunos panfletos de fontaneros, cerrajeros y vendedores de seguros, habían colgado un folio impreso en el que se pedía por favor a todo el que entrase o saliese que comprobaran si la puerta estaba bien cerrada. El motivo era porque el mecanismo que la empujaba no la presionaba del todo al final y solamente la encajaba. También se pedía que pasada las once de la noche se pasara la llave. En todas las reuniones comunitarias se recordaba, porque prácticamente nadie lo hacía, salvo el presidente y el secretario.

JJ sabía que aquella puerta casi siempre estaba abierta, así que cinco minutos después de que Tomás girara la esquina con el coche, entró al portal. Sabía exactamente en el piso y la puerta donde vivían. Con un juego de ganzúas tardó exactamente lo mismo que con un juego de llaves en abrir la puerta del piso. Cruzar aquella puerta le terminó de transformar. Ya no era el cerebro de un plan de venganza absurda que había arrastrado a su hermano manipulándolo al aprovechar que estaba a punto de morir. Había pasado a la siguiente fase, al siguiente nivel, cuando cruzó la puerta pasó de ser un psicópata narcisista a un monstruo vengativo al que le daba igual cualquier atrocidad, por muy repugnante o terrible que pareciera.

Ana dormía profundamente en su cama. Se detuvo unos minutos a observarla. Le impresionó lo bella que puede llegar a ser una mujer desnuda con ocho meses de embarazo. Al llegar del sofá se había quitado la camiseta y los *leggings* viejos, no le gustaba meterse en la cama con la ropa del día. El sueño que tenía al desvestirse impidió que se enfundara el pijama de verano con princesas disney que se solía poner para dormir y sin pensarlo mucho deshizo la cama y se metió bajo la sábana desnuda. Sólo llevaba puestas una braguitas brasileñas negras que había decidido seguir usando porque a Tomás le encantaban y que casi se había convertido en tanga porque la talla ya no correspondía al cuerpo que había transformado el embarazo. Las hormonas, la barriga, los kilos de más o el calor hicieron que se destapara y mostrará prácticamente todo su cuerpo. La miraba cada vez más excitado, como un animal en celo que no puede retener sus instintos. Notaba como aumentaba la saliva en su boca y como en un instante aparecía una dura e incómoda erección. Sin pensarlo mucho agarró su sexo desde fuera del pantalón y eyaculó al instante. El éxtasis borró la idea de acercarse a ella más. Entró silencioso en el baño para limpiarse, usó un par de toallitas húmedas que tiró al váter sin tirar de la cadena para no hacer ningún ruido que pudiera despertar a Ana. Inspeccionó prudente el resto del piso para acabar sentado en el sofá. Aparcó la pistola sobre el brazo del *chaise longue*. Confirmó que lo que había en la mesa de centro que estaba enfrente era una bolsa con dos serranitos de la noche anterior y se acomodó mientras se comía uno y esperaba a que Ana despertara.

Al cabo de cinco minutos la vejiga de Ana sirvió de despertador. Una de las raras costumbres que tenía era mirar dentro de la taza del váter antes de usarlo. Había reglas al respecto, siempre tirar de la cadena, aunque fuera pipí y nunca tirar toallitas húmedas dentro del váter, decía que dañan el medio ambiente y que podían ocasionar un atasco. Cada vez que Tomás infringía alguna de esas normas se llevaba una buena reprimenda que él se tomaba medio a guasa. Después de comprobar que dos toallitas estaban flotando donde no debían y de orinar con los ojos cerrados

todavía presa del sueño, volvió al cuarto para llamar a Tomás y recordarle las normas del baño. Al segundo tono, empezó a comunicar.

—¡La madre que lo parió, ya empezamos como ayer! —susurró adormilada.

Aprovechó para ponerse el pijama de princesas y las zapatillas a juego. Volvió a llamar a Tomás. Al primer tono empezó a comunicar.

—Va el capullo y me cuelga. Cuando le vea se va a enterar. ¿A que sí Cloe, a que papá nos tiene que coger el teléfono? —acariciaba su barriguita segura de que su hija le oía—. ¿Me enfado con él? ¿Me enfado?... Valeeee, pero la próxima no le defiendas, ya sabes, chicas al poder. Madre mía que hambre tenemos ¿no?... ¡el serranito! ¿Papá trajo ayer un serranito? —creyó recordar que Tomás había traído cena, aunque podría ser que lo hubiese soñado. Deseaba que no, porque Cloe quería desayunar serranito de la noche anterior.

Abrió la ventana para que se aireara el cuarto y salió hacia el salón en busca de su antojo. Al acercarse, todavía sin despertarse del todo, vio la figura de un hombre comiéndose algo sentado cómodamente en el puesto que ocupaba normalmente Tomás.

—¿Pero no te has ido? Yo llamándote como una tonta y tú aquí —dos pasos más adelante vio claramente que no era él. Cloe notó el escalofrío que recorrió todo su cuerpo y también se puso a temblar. La sorpresa y el miedo la dejó paralizada.

—Hola, Ana, ya ves que no soy Tomás, él sí se ha ido hace un rato... ¡Qué bueno está esto, ¿no?! —se deslizó un poco hacia adelante para sentarse y puso el resto del bocadillo en la mesa. Ceremonioso, sacó una servilleta de la bolsa y se limpió la boca. Seguidamente cogió la pistola y la apuntó—. Verás, te voy a decir lo que va a pasar si haces algo que no quiero. Si gritas, te disparo en la barriga mato a tu hija y después te pego un tiro en la cabeza. Si corres, te disparo en la barriga mato a tu hija y después te pego un tiro en la cabeza. Si intentas cualquier cosa para escapar, procura por todos los medios que te salga bien, porque si no te sale, te juro por Dios que te disparo en la barriga mato a tu hija y después te pego un tiro en la cabeza. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

A medida que recibía las instrucciones, Ana había puesto sus manos delante de su vientre a modo de escudo. Las lágrimas brotaban muy intensamente y a pesar de que quería pararlas, no podía. Asintió para responder a la pregunta.

—Sabía que eres una chica inteligente, si te portas bien, esto va a acabar rápido, te lo prometo. Siento que te haya tocado, no tienes culpa de nada, pero ya ves, la vida es así. A veces tocan cosas buenas y bonitas —señaló con el arma a la tripita—, y otras no tanto —se puso en pie y dio un paso al frente para tenerla más cerca—.

El cerebro de Ana se desbloqueó para intentar ofrecer lo que ella creía que venía buscando.

—En el cuarto hay algo de dinero y tengo algunas joyas, llévatelo todo. También tengo una tarjeta con un saldo de tres mil euros, te doy el pin y los sacas sin problema. No tenemos nada más, te lo juro. Por favor, llévatelo todo, no voy a denunciarte, no le diré nada a nadie.

La palma izquierda del hombre impactó en la cabeza de Ana desde la oreja hasta la nariz con la fuerza suficiente para aturdirla pero no dejarla inconsciente. Apretó los dientes y los ojos para encarcelar el grito que trepaba por el intensísimo dolor. Notó como le empezó a sangrar la nariz. Las lágrimas salían con más intensidad. Sus manos seguían protegiendo a Cloe.

—No me insultes, Ana. Esto no tiene nada que ver con el dinero —volvió a usar su mano izquierda, esta vez para limpiarle las lágrimas—. No llores, por favor. Perdona, no tenía que haberte pegado.

—¿Con qué tiene que ver entonces? —desesperada buscaba algo con lo que negociar.

Pensó bien la respuesta.

—Tu marido me ha quitado muchas cosas que no se pueden pagar con nada. Tiene que ver con eso, con todo lo que me ha quitado tu marido.

—Estoy segura de que podremos solucionarlo, pero no nos hagas daño, por favor. Estoy segura de que eres un buen hombre. No te hagas esto, piénsalo bien, sea lo que sea podemos arreglarlo.

La cara de terror y súplica de Ana hicieron que una parte de su alma se planteara hacerle caso. Aquella pobre chica no tenía culpa ninguna de lo que había hecho Tomás. Sus lágrimas, sus manitas protegiendo a su bebé, su aguante para no gritar... podían enternecer a cualquiera, incluso a él. Cambió de tema al temer que lo convenciera.

—He visto que casi habéis terminado la habitación de la niña, ¿me la enseñas?

—¡Claro! Todavía le queda un poquito, pero ven, ya verás que color más chulo que le estamos poniendo.

Los pies de Ana temblaban de tal forma que le costaba mantener el equilibrio, era como si caminara sobre una superficie gelatinosa e inestable, donde cada paso costaba más que el anterior. Notaba en su vientre que a sus manos le pasaba lo mismo, no se habían despegado de Cloe en ningún momento. Deseaba con todas sus fuerzas sacarla de sus entrañas en ese instante y ponerla a salvo aunque eso significara su muerte. Sólo quería salvar a su bebé, lo demás le daba igual. Pensó en si sería lo bastante rápida para darle con algo en la cabeza, o entrar a la cocina a por un cuchillo, o en tirarse a su cuello y arrancarle la tráquea con los dientes pero, por más que le daba vueltas, no había nada que pudiera hacer para que aquella situación cambiara. Así que había decidido mostrarse dócil y vulnerable para tratar de convencerle de alguna manera.

—Pues ésta es. Ayer empecé a pintarla y no la acabé porque le di un golpe a la lata y tiré toda la pintura. Soy muy patosa. La idea de hoy es acabar esa pared —hablaba con una preciosa sonrisa bañada en lágrimas mocos y sangre—. ¿Qué te parece el color?

—Me encanta. El rosa es el que más le va a una niña. Al fin y al cabo, por mucho que digan, son unas princesitas, ¿no? ¿Y eso? —señaló con la pistola al corazón de la pared.

—Ah bueno, una tontería, con la pintura que quedó en la brocha hice ese dibujo. Es que me he vuelto un poco ñoña con esto del embarazo. Hoy lo borro.

—Si me permites un consejo, déjala así, es lo más bonito de la casa —la mirada de Ana era de súplica extrema. Seguía con sus manitas encima de Cloe. Él la miraba a ella y al corazón—. Vamos a hacer una cosa, llama a Tomás, si te lo coge, le dices que le espero en Cazalla de la Sierra, en casa de mis padres. Él conoce el lugar. Si te lo coge, te dejo tranquila y me voy.

Ana, sin parar de llorar, acató la orden al instante. Separó una de las manos de Cloe, sacó del bolsillo del pijama el teléfono y marcó el último número al que había llamado. Al primer tono de llamada, empezó a comunicar. Los ojos se le inundaron aún más mientras le miraba pidiendo otra oportunidad.

—Vuelve a llamar —concedió generoso.

Ana le dio la espalda y se acercó al corazón para intentarlo de nuevo. Lo miraba con la esperanza de que aquella pintura le ayudara, que TOMÁS, ANA, CLOE, FAMILIA, lo arreglara todo. El miedo se multiplicó al darle al botón de llamar.

*“ El teléfono móvil al que llama está apagado, inténtelo de nuevo más tarde.”*

Agotada, apoyó la mano izquierda dentro del corazón, agachó la cabeza asumiendo la derrota y explotó en un llanto profundamente desconsolado. Un segundo después notó como un pañuelo con cloroformo impedía que se oyera su angustia, hacía que su visión se volviera borrosa y al poco perdiera la conciencia.

El hombre la sostuvo para que no se desplomase y la colocó con cuidado en el suelo. Miró el corazón y al volver a leer la palabra FAMILIA deseó que desapareciera de allí. A pesar de frotar con fuerza, sólo logró mancharlo con el pañuelo, no borró absolutamente nada. Frustrado, recogió el teléfono del suelo y lo lanzó con fuerza hacia el corazón. Luego bajó a la furgoneta, subió con la carretilla la caja de madera y se llevó a Ana.

## 12.- SEGUNDA OPORTUNIDAD

Jueves, 26 de Mayo de 2019

Joaquín le zarandeaba y le golpeaba suave y rítmicamente en la cara para que recuperara lo más rápido posible la conciencia. Estaba impaciente al entender que hacía poco que se habían llevado a Ana y que tenían que empezar a buscarla lo antes posible. Sabía que su trabajo era peligroso y que se exponía a que algún loco la tomara con él o con su familia, pero saberlo no reduce ni una pizca el miedo. Cuando pasa de verdad, el terror que se siente al temer que a alguien de los tuyos le puede haber pasado algo, algo que siempre se asocia a lo peor, supera con mucho a lo que se supone que se debe sentir. Aunque había llegado a querer a Ana como a una hermana, entendió que aquella emoción era mucho más profunda en Tomás. Tenerlo semi inconsciente en los brazos añadía a su miedo un dolor impotente. Después de un manotazo un poco más fuerte que los anteriores, recuperó la conciencia desorientado y a la defensiva. En un acto involuntario le agarró de la pechera y armó su puño con la intención de golpearle.

—Tomás, soy yo, tranquilo...

Le miró aturdido como cuando se despierta a alguien repentinamente de un sueño profundo y oscuro. Al verlo, recuperó la noción completa de lo que estaba pasando. Le soltó con cuidado para sentarse en cuclillas con la espalda apoyada en la pared, la cabeza hundida entre las rodillas, los ojos cerrados con fuerza y las manos abrazando la nuca. Hiperventilaba rápida y profundamente, nervioso, preguntándose por qué Ana.

—Se la ha llevado. Ese hijo de puta se la ha llevado —no dejaba de repetirlo.

Joaquín miraba triste a su amigo sin saber qué decir ni qué hacer. No se le ocurría ninguna manera de consolarle o aliviar su dolor. Estuvo a punto de soltar alguna frase hecha para esos momentos difíciles que todos pasamos alguna vez: “Tranquilo, seguro que estará bien” o “No te preocupes” o “Ya verás como se arregla enseguida”, pero pensó lo inoportunas que serían y que en realidad no lo pensaba. No se le ocurría nada que lo activara y que pudiera sacarle de allí, pero estaba obligado a levantarlo como fuera. Le tendió la mano y habló sereno.

—Tomy, levanta, vamos a buscarla, tiene que ser ya, no podemos perder tiempo.

Tomás le miró, respiró profundo, agarró la mano de su amigo y se incorporó.

—Ha dejado eso ahí —dijo señalando a la bolsa de marihuana y al pañuelo—. El pañuelo está manchado de sangre y huele a cloroformo. La ha dormido para llevársela. Me llamó, Joky. Me llamó tres veces y le colgué el teléfono. Me llamó.

—La bolsa de droga es lo más importante —cambió de tema para que no se hiciera más daño—, en todos los escenarios está la puta bolsita esa. Por lo que hablamos con Emilio, no creo que sea él el que ha pensado todo esto. Me da que simplemente le han usado sabiendo que va a morir. Tenías razón cuando intuías que esto era una especie de juego y que nos retaba, que quería demostrar que es más listo que nosotros, y cuando digo nosotros, no me refiero a la policía, me refiero a tí y a mí. ¿Sabes qué pienso? Que quiere que le cojamos. Esa puta bolsa es la clave para saber quién es y que coño tiene que ver con nosotros.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros la bolsa de droga, Joky? ¿Algún yonki o algún camello que hemos cogido? ¡Joder!, ¿este destrozo por eso? No sé, pero me parece mucho. Puede que sólo la deje como una puta firma para que sepamos que es él y ya está.



La cara de Joaquín cambió por completo al poner la pieza que faltaba. Tomás la había puesto encima de la mesa sin darse cuenta.

—¡Eso es! ¡Me cago en la puta madre que le parió! ¡Eso es Tomás, un camello! ¡Hostia puta, Moreno Delgado, Tomás! Lo acabo de recordar, ¡JJ Moreno Delgado! —Tomás recordó al instante — Ese era el nombre del tipo que vendía marihuana en la Academia. ¿Te acuerdas? Antonia nos dijo que el hermano de Emilio quiso ser policía. Emilio es el hermano de JJ y la puta bolsa esa la pone ahí para decirnos que es él. Es un puto reto personal, él contra nosotros.

Tomás acababa de entender que no era un reto y Joaquín también lo sabía. Era una venganza. En un reto se trata de ver quien es mejor, de desafiar a otro a medir fuerzas o capacidades, incitar a que se haga algo aludiendo su falta de valor o poca capacidad, demostrar que uno es superior al otro. Pero una venganza va mucho más allá, se trata de hacer daño, de dar en donde al rival más le duele. Entendió que el elefante que había que esconder en la plaza de toros era Ana, que las demás chicas habían muerto simplemente para hacer ver que un tipo se había vuelto loco, se había convertido en un asesino en serie que seleccionaba a las víctimas de manera aleatoria y entre ellas iba a estar Ana. Pero no, comprendió que en realidad todo aquel teatro macabro lo había creado para esconder la verdadera motivación, vengarse de él, matar a su mujer.

*«Piensa bien en lo que puede pasar. Como echen a JJ, la vida se le va a joder por completo, tío. No es mal tipo, saca buenas notas y se ve que le encanta ser policía. Esto puede que le cierre muchísimas puertas. Puede que su vida no sea la misma y será porque lo vas a contar. Va a saber que has sido tú y se va a mosquear muchísimo».*

—Se quiere vengar por lo que le hice hace veinte años. Me lo dijiste: “le vas a joder la vida, pasa de eso, déjalo estar...” pero no, me empuñé y me empuñé y me empuñé, joder. Todo esto es culpa mía. Si la mata, será culpa mía.

—No la va a matar, ¿me oyes?, ¡no la va a matar! —esta vez no le dio tiempo a pensar en una frase más oportuna—. Vamos a cogerle antes de que pase nada. Ahora no es momento de culparse. Deja de lamentarte y ponte en marcha ya. Hay que estar al cien por cien. Venga, ¿dónde puede haberla llevado?

Seguía en estado de shock pensando que su mujer podía morir por su culpa.

—¡Tomás! —gritó desesperado. La tensión le marcaba las venas en el cuello—. ¡Que dónde puede haberla llevado, coño!

No terminaba de reaccionar. Seguía aturdido y puede que aún más desorientado que antes. Cerraba los ojos con fuerza y apretaba los dientes para intentar volver del todo sin lograr conseguirlo. Pensaba en Ana sentada en un banco de una iglesia de Sevilla, apoyada de tal forma que pareciera dormida aunque en realidad estaba muerta. Se preguntaba si Cloe podría sobrevivir si a Ana le ocurriera algo. Al abrir los ojos las lágrimas aparecieron. Se apoyó en

Joaquín y los volvió a cerrar.

—No sé dónde puede haberla llevado —respondió agotado—. Podríamos hablar con Emilio a ver que nos dice, podemos intentar averiguar dónde viven, podemos intentar buscar en las cámaras de la zona a ver si se ve algo... no lo sé amigo, no sé que hacer.

—Vale. Vamos a comisaría a ver que dice Emilio —empezó a tomar decisiones—. Voy a llamar a Desi para que busque más sobre JJ. Tiene que encontrar algo.

Al llegar, prácticamente toda la comisaría sabía que habían secuestrado a Ana. Todos animaban, daban esperanzas y se ofrecían a ayudar. El Capitán les confirmó que Emilio había

recuperado la conciencia y que, como había anunciado, se negaba a hablar. Esperaba en un cuarto que usaban como celda a la espera de que llegara el abogado. El trayecto desde su casa hasta allí había permitido a Tomás esconder algo al marido y al padre, y sacar al policía. Pidió permiso al jefe para poder entrar donde estaba Emilio para interrogarlo.

—Joder, Tomás. Lo has inflado a hostias, pensé que le habías matado. Seguramente yo habría hecho lo mismo —dijo sincero—, pero nos va a costar un puro de cojones. A ver como lo arreglamos. Entra pero no le toques. Que te acompañen Joaquín y Borja. Sabes que haremos lo que sea por encontrarla, pero no puedo permitir que mates a un hombre a golpes en la comisaría.

Emilio esperaba con calma sentado en la cama a que llegara el abogado o le trasladaran a algún otro sitio previamente. Estaba completamente desfigurado. Los labios, la nariz y el párpado derecho estaban muy hinchados transformando su cara en otra totalmente diferente. No demostraba dolor. Al ver a Tomás sonrió levemente. No fue una sonrisa burlona o regodeándose de lo que sabía que había pasado, más bien fue una sonrisa lastimosa, casi como diciéndole que se lo merecía pero que lo sentía. Como cuando se reprende a un niño por algo que ha hecho y éste, con sus pucheritos, causa al que lo mira una tierna pena. Tomás se sentó justo al lado de él.

—Siento haberte hecho eso, perdí el control, no tenía que haber pasado, lo siento de veras. ¿Cómo estás?

Le miraba serio sin contestar.

-Muy bien —continuó Tomás—, has dicho que no vas a hablar. Sabemos quien eres, Emilio, sabemos quienes sois, lo sabemos todo. Eres hermano de JJ, Juan Jose Moreno Delgado y que todo esto es por algo que pasó hace veinte años. Joder, Emilio, hace veinte años, es mucho tiempo. Sé que eres un buen hombre y que quieres mucho a tu hermano, pero ¿como para matar a dos mujeres? Ayúdame por favor, Ana no tiene culpa de nada de lo gilipollas que fui. Dime dónde está, iré solo y me cambiaré por ella, te lo juro por Dios. Todo esto es por mi culpa, no es justo que pague otra persona por lo que hice yo. Por favor, no te mueras sin saber que al final hiciste lo correcto.

Emilio escuchaba y sopesaba bien aquellas palabras. Ponía en una balanza por un lado el peso lógico justo y razonable de lo que decía Tomás, y en el otro plato pesador hacía descansar la necesidad de venganza de su hermano y por extensión la suya propia. Dudaba si mantener su voto de silencio o no, y si decidía no hacerlo, no quería decir más de lo que considerara necesario. Una parte de él votaba por callar, por torturar con su falta de palabras, por derrotarlo con la indiferencia. Otra parte pensó que sería más doloroso para el contrario hurgar en la herida, meter el dedo dentro hasta casi tocar el hueso para que un dolor intenso le recorriera todo su ser, que trescientos ochenta voltios de culpa le estremecieran de arriba a abajo. Pensó que si justificaba aunque fuera un poco el porqué de sus acciones, el dar a entender que había sido un acto de amor familiar, algo que casi hubiera hecho cualquiera en su situación, lo haría más comprensible e incluso loable. Quería que Tomás entendiera aunque fuera un poco, que aquello, que todo, que absolutamente todo era culpa de él. Decidió hablar.

—Siento lo de las chicas. Acabáis de descubrir que soy hermano de Juan José, así que no lo sabes todo, por lo menos todavía. Estoy de acuerdo contigo, no es justo que por algo que has hecho tú paguen otras personas, pero la vida es así, tienes que sufrir lo mismo que él. Es lo que le hace falta para mejorar, para pasar página, para poder curarse. Por eso le he ayudado. Ha sufrido mucho, hemos sufrido mucho. Ahora te toca a ti pasar por todo lo que hemos pasado nosotros, sobre todo él. No para de culparse.

—¿Pero de qué coño estás hablando, Emilio? Yo sólo era un chaval que hizo lo que creía

correcto en aquel momento, joder, nada más. Sabes tan bien como yo que aquello no estaba bien. Sinceramente no pensé que lo echaran. Eso no lo decidí yo. Han pasado veinte años, tu hermano podría haber hecho mil cosas después de aquello, incluso podría haberse presentado de nuevo a las oposiciones de la policía. Entiendo que todos estábais muy ilusionados con que fuera policía. Siento mucho haberle jodido su ilusión. Os pido perdón, te pido perdón, no tenía que haberlo hecho y no lo puedo cambiar, pero si alguien tiene que pagar por haber sido un puto chivato soy yo, Emilio. No podemos hacer nada con las otras chicas, pero con Ana sí. Dime dónde están por favor. Me cambio por ella y ya está, así podrá vengarse y podrá pasar página, así podremos arreglarlo.

—¿De verdad crees que todo esto es simplemente porque no pudo ser policía por tu culpa? Como te he dicho, aún no lo sabes todo.

Tomás desesperado e impaciente se levantó, se puso delante de él para gritarle justo enfrente de su cara.

—¡Pues cuéntamelo, coño! ¡Cuéntame que más hice, cuéntame qué justifica esto, cojones!

Emilio decidió guardar silencio.

—¡Joder, joder, joder! —Tomás se movía por la habitación inquieto y a punto de estallar—. ¿Y por qué ahora? Ha pasado muchísimo tiempo, podía haber venido a por mí hace mucho. ¿Qué coño ha pasado?

—Eso te lo dirá él cuando llegue el momento.

—¿Sabes que Ana está embarazada? ¿Sabes que si la mata a ella también matará a un niño? ¡Joder, Emilio, ayúdame por favor!

Mila entró en el cuarto con una carpeta de cartón para compartir lo que Desi había encontrado. Pidió a sus compañeros que salieran para revelar la información. Emilio se quedó pensando.

«Año 2.000, Academia de Policía Nacional, Ávila.

La miraba como si fuera una imagen religiosa de un santo a la que pudiera rezar en busca de ayuda. La foto del Rey de España colgaba de la pared justo enfrente de él. Vestido de militar y con semblante serio, Don Juan Carlos I, el Capitán General del ejército español, parecía mirarle decepcionado desde aquella solemne instantánea un tanto afeada por un ridículo marco negro y extremadamente fino. El instructor jefe repasaba algunas notas que miraba en la pantalla de un viejo ordenador que, por el ruido que hacía, parecía no quedarle mucho. Estaba sentado detrás de la mesa del despacho donde aparte de un teclado amarillento y una pequeña agenda que el jefe llevaba a todas partes, destacaba la bolsa grande de marihuana y la pastillas que guardaba en un sobre blanco junto a unas veinte mil pesetas que había ganado con la venta de la droga. JJ esperaba firme y asustado en frente de la mesa la alegación del instructor mirando erguido hacia la foto del Rey, casi pidiéndole ayuda con la mirada, suplicando con el pensamiento, imaginando que si él lo ordenaba, aquello no pasaría de una reprimenda. Se encomendaba a aquella imagen y habla con ella en silencio: *Excelentísimo señor Rey Don Juan Carlos, librame del mal, si lo haces te prometo que voy a ser mejor y que no volveré a meter la pata nunca* .

Justo a la derecha de la fotografía del Rey había otro cuadro colgado que casi parecía el bocadillo que se pone al lado de un personaje de cómic para indicar lo que está diciendo. Rezaba solemne el lema de la Academia y parecía darle la respuesta a la súplica que hacía en su mente: *“EN ESTE LUGAR SE ALUMBRA LA LUZ QUE HA DE SER MAÑANA EL ESTILO POLICIAL: SERVICIO, DIGNIDAD, ENTREGA, LEALTAD”* .

—Don Juan José Moreno Delgado —comenzó solemne el instructor dejando las gafas sobre la mesa y mirándole fijamente—, como bien sabe, usted ya no es un opositor, es un miembro de la Policía Nacional, por lo que debe actuar como tal, manteniendo una actitud ejemplar en todos los aspectos de su vida ya que será constantemente observado por los ciudadanos, siendo incluso ejemplo o referencia para muchos de ellos. ¿Entiende lo que eso significa? Responda.

JJ le miraba como un animalito que estuviera a punto de entrar en el matadero.

—Sí, señor, lo entiendo.

—Bien. ¿Cree que esto que tenemos en la mesa cuadra con lo que se espera de un policía o con el lema que está detrás de mí? Responda.

—No, señor.

—No, claro que no. ¿Puede darme alguna explicación?

Tardó unos segundos en responder, esperando la orden.

—He cometido un grave error señor. No quiero justificarlo de ninguna manera. Vengo de una familia muy humilde y honrada, mi padre trabaja la tierra y tiene algunos animales y mi madre cuida la casa. Los pobres casi no llegan a fin de mes. Mi hermano mayor es carpintero y les ayuda algo, pero en el pueblo hay poco trabajo. Trabajábamos juntos, ¿sabe? Él fue el que me animó a hacer las oposiciones. Decía que estaba hecho para ser policía y que así viviría mejor y podría ayudar más en casa. Mientras estudiaba, Emilio, que es mi hermano, me ayudó a mantenerme sin cargar a mis padres. Cuando entré en la Academia quedó en mandarme algo de dinero todos los meses, pero he rechazado las dos últimas pagas. Al pobre le gusta una chica y está pensando comprarle algo. Una cosa llevó a la otra y sin darme cuenta me vi vendiendo esa basura. Lo siento mucho.

El instructor le miraba y escuchaba atentamente.

—¿Se droga?

—No, señor. Bueno fumo algo de marihuana para relajarme un poco y ya está, en realidad ni siquiera puedo permitírmelo.

—¿De dónde saca la droga?

—Me la fía un camello de la ciudad que conocí en un bar. Una vez vendida le doy su parte y ya está.

—Hay que denunciarlo, ¿está de acuerdo?

—Sí, señor. Yo mismo lo detendré si hace falta.

—Será mejor que nos diga quién es y nosotros procederemos con algo más de cautela.

—Lo que usted ordene, señor.

El instructor suspiró y se recostó en la silla.

—JJ, ¿es así como le llaman sus compañeros, verdad? —asintió—. Pues JJ, me has puesto en un compromiso —empezó a tutearlo para que se relajara un poco—, esto es una cagada de campeonato. No se puede hacer, hijo, es más, nos debería dar asco este tipo de cosas, hombre. Como policías nosotros somos los que impedimos que la gente haga esto. Noto que entiendes que ha sido una metedura de pata en toda regla, que entiendes que es algo grave... ¡qué difícil es todo coño! Inglés, físicas, psicológicas, armas, tienes unas notas de puta madre —se puso las gafas para volver a leer de la pantalla—. En fin, entre los tres mejores en todas las pruebas. Seguramente serás un policía de cojones.

Sonrió al escuchar los halagos del jefe.

—Gracias, señor.

—El problema es que esto es un delito y no puedo pasarlo por alto. Este año por lo menos, no.

Tus compañeros saben lo que ha pasado y estaríamos mandando un mensaje equivocado a todo el mundo, que aquí se puede hacer lo que sea y que no pasa nada. Eso no puede ser. Mira, porque entiendo que todos podemos equivocarnos alguna vez, porque no has tratado de esquivar el bulto y me has contado la verdad, y por las notas y capacidades que tienes, vamos a hacer una cosa: este año se acabó para ti. Vas a llamar a tus padres, les cuentas lo que quieras y te vuelves a casa. Dejamos que pase esta promoción, que tus compañeros vean que aquí no se puede hacer este tipo de cosas y listo. El año que viene vuelves con la siguiente camada y ya está. Ya veré yo como lo arreglo. ¿Cómo lo ves?

Era más de lo que esperaba y menos de lo que quería. Pensó en darle alguna otra opción pero entendió que lo que el jefe le estaba dando era un regalo, que no debía pasarse de listo y que debía recibirlo agradecido.

—Me parece bien, señor, gracias. Le juro por Dios que no volverá a pasar y que no se arrepentirá de la oportunidad que me está dando.

—Bien. No le cuentes a nadie el resultado de esta reunión ni te despidas de nadie. El año que viene quiero verte aquí y que seas el mejor policía de la historia de España. No vuelvas a cagarla, JJ. Puedes marcharte.

Salió de aquel despacho con la impresión de haber escapado de la muerte, de haber ganado, de haber vuelto a nacer. En ese momento se determinó a cambiar, tratar de ser más humilde, no volver a caer en aquella mierda y cumplir con lo que le había pedido el instructor. Ser el mejor. Para empezar bien, decidió que lo correcto era contarles la verdad a sus padres y a su hermano. No le apetecía mentirles, sabía que era mucho mejor una verdad dolorosa que una mentira que más tarde pudiera descubrirse. Necesitaba ser transparente y franco para aprender a pedir las cosas a la familia cuando lo necesitaba. Además, conocía a sus padres. Sabía que le ayudarían de corazón y no le tirarían nada en cara, sabía que podía contar con ellos para lo que fuera.

—Que no, mamá, que no hace falta que vengáis. El coche está muy viejo para un viaje tan largo, ya cojo yo el autobús, no os preocupéis. De verdad que lo siento mamá, he sido un idiota.

—Tranquilo, hijo, no te disculpes más. Tu padre ya está preparando el coche y poniéndolo a punto, como él dice. Nos apetece mucho ir a por ti y darte un abrazo. Además así de vuelta nos podemos parar en uno de esos restaurantes de Ávila y nos comemos un buen chuletón, que hace un montón de tiempo que no comemos fuera. Y por el dinero, ni te preocupes, he abierto la lucha para las cosas importantes. ¿Crees que podré agradecerle en persona al Jefe lo que ha hecho por nosotros? ¿Le molestará si le llevo un queso y una botella de vino?

—Seguro que no le molesta, mamá —guardó silencio emocionado.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, mamá, sí. Muchas gracias por ser como sois. Os quiero mucho.

—Nosotros a ti. Nos vemos en un ratito. ¡Ay, qué ganas de ver a mi niño! »

Emilio hizo llamar a Tomás.

—¿Es verdad que tu mujer está embarazada?

—Está casi de ocho meses, vamos a tener una niña —sacó una foto de la cartera de la última ecografía que Ana se había hecho y se la ofreció—. Se llama Cloe.

Emilio sostenía la foto de la eco y la miraba triste.

—No me había dicho nada. ¿Sabes que me encantan los niños? Me hubiera gustado haber tenido uno pero no pudo ser. No quiero que le pase nada a Cloe. ¿Ya te han contado lo que pasó en

Ávila?

—Sí, lo siento muchísimo, no obstante eso no fue culpa de nadie, Emilio, ni de tu hermano ni mía. Los dos sabemos que esas desgracias pasan.

—Nuestra vida cambió por completo —empezó a llorar—. Tenías que haberte callado. El plan es que si me detenían Juan José se llevaba a Ana a la casa del pueblo. Allí va a matarla, descuartizarla y mandártela a trocitos. Date prisa.

Tomás salió corriendo y Emilio se quedó con la foto de Cloe.

### 13.- DESPIERTA

Viernes, 24 de Mayo de 2019

Pensó que podría ocultar durante más tiempo al marido y al padre poniéndolos detrás del policia. No funcionaba. Era como esconder a un niño nervioso incapaz de quedarse quieto detrás de una cortina de gasa fina y blanca que ni siquiera llega al suelo y se distinguen a simple vista sus pantaloncitos cortos y sus zapatillas deportivas. El niño puede que se sienta invisible, que crea que no le van a encontrar, pero la realidad es que todo el mundo le ve. El trayecto hasta Cazalla de la Sierra se le había hecho eterno, como el tiempo que el familiar espera a que le den la noticia de si la operación ha salido bien o no. Los segundos son minutos, los minutos horas y las horas días. Para el resto de los mortales las cosas van a la misma velocidad, aunque sólo es para ellos. Si el reloj colgado en la pared de cualquier sala de espera del mundo fuera pudoroso, no pararía de sonrojarse por la cantidad de veces que lo miran fijamente. Las sirenas, los mensajes por la emisora y la conducción temeraria de Joaquín no le sacaban de aquel estado mental cruel en el que, impotente, esperaba a que alguien saliera y le dijera que todo había salido bien, que se iba a recuperar.

Miraba por la ventanilla al infinito con la mirada perdida recordando algunas veces de las que Ana le había salvado, no podía recordarlas todas, nadie hubiese sido capaz de recordarlas.

«—No creo que debas seguir pidiendo todos los días el Mocca Blanco, hoy puedes cambiar. ¿Sabes qué pasa?, es que soy muy inteligente y he descubierto que no te gusta. Puede ser porque siempre me lo llevo de vuelta con bastante más de la mitad... ¿qué te parece si hoy te traigo algo más de tu estilo? ¿Me dejas intentarlo? Por cierto, hoy salgo a las 10:00.»

«—Tomás, cariño, ¿cuánto llevamos juntos? A ver —empezó a golpear el labio con el dedo índice para hacerse la interesante—, dos meses saliendo en broma, aquí no cuento el mes y medio que venias a verme al *Coffee* —rio—, seis meses saliendo en serio, otros siete meses viviendo juntos. Esto suma... a ver, que las sumas no son lo mío que sabes que soy de letras, casi dos años —exageró a posta para demostrar lo buena andaluza que era—. Te conozco bien, hemos venido tres semanas seguidas a nuestro restaurante favorito para lo mismo, ¿no? ¡Qué te he dicho muchas veces que soy mejor detective que tú, que soy *muuu* lista! ¿Y no te atreves todavía? Venga, hombre, que te voy a decir que sí, cariño, que SÍ QUIERO.»

«—Mira que *post* más interesante —le hacía rabiar llamando a cosas en inglés—, dice que si no llega a ser por los emigrantes, España estaría vaciándose, y que hay muchos pueblos en los que ya no vive nadie. Jolín, que pena. ¿Sabes que te digo? Que nosotros dos vamos a ayudar a que eso no pase. Sí, sí, tú y yo vamos a salvar España, que te digo España, vamos a salvar el mundo, porque ¿sabes qué, amorcito mío de mis amores que eres lo más guapo del mundo? ¡Nosotros vamos a traer más gente a este mundo —levantó el brazo apretando con fuerza el *predictor* positivo como si acabara de marcar el gol de la final del mundial—, vamos a traer al bebito más bonito del universoooo!»

El pueblo le pareció completamente diferente que la vez anterior. La lluvia que estaba cayendo y el sentirse protagonista de la visita seguramente tenía algo que ver. Ahora, la belleza impactante que la vez anterior le había impresionado y le había hecho pensar que estaba en uno de los sitios más bonitos de Andalucía, se había convertido en una localización perfectamente encontrada para una película de terror, en la que el paisaje pasa a ser una parte de la trama donde a priori un paseo por el paraíso se convierte en un infierno.

La lluvia le empapaba y disimulaba sus lágrimas fuera de la casa de Emilio. Habían mirado por todas partes. También en la cochera, estando todo exactamente igual que cuando ellos se fueron. Salió solo sin informar a nadie al notar que no podía contener el llanto, que no era dueño de las emociones que habían rebotado su alma y tenían que salir de algún modo. Salió al darse cuenta que ya el niño se había zafado de la cortina que creía que lo volvía invisible mostrando a todos quien era, un pequeño hombrecito sin ningún superpoder. Se sintió estúpido al creer que Emilio le había dicho la verdad, que lo había convencido al presentarle a Cloe. Aquel rayo pequeño de esperanza ahora era decepción, agotamiento y debilidad. Empezó a andar sin rumbo definido, como si caminar le ayudara a escapar o a encontrarla, como si caminar le activara alguna parte escondida de su cerebro que lo hiciera ser más listo o más capaz para resolverlo todo. La carretera, normalmente muy poco transitada y sin capacidad para absorber más, se había convertido en un pequeño río donde el agua había inundado el antiguo asfalto y dificultaba caminar de manera normal. Miraba al suelo al andar y veía como la corriente iba en contra de sus pasos, como el agua chocaba contra sus piernas y las bordeaban imparables siguiendo su camino. El olor a lluvia, hierba y tierra mojada invitaba a respirar profundo. Se paró sin dejar de mirar a sus pies y lo hizo. Después de llenar sus pulmones la rabia tumbó a la melancolía. Levantó el rostro y al final de la recta observó una casa. Dedujo que era la casa de Antonia. El agua le pasaba los tobillos haciendo cada paso un pequeño reto y que llegar a la entrada no fuera nada fácil.

Una elegante y anormalmente ancha puerta de madera bastante moldurada recibía a cualquiera que se acercara. Encima había una especie de pérgola a modo de visera de madera cubierta por teja, que seguramente había fabricado Emilio, pensada para protegerla del agua o el sol. Aprovechó el amparo que le proporcionaba para sacudirse el agua de los pies, el pelo y la cara. A la derecha de la puerta colgaba de un soporte de pared una pequeña campana, dispuesta a la suficiente altura para impedir que algún niño la tocara para jugar o molestar y perfecta para anunciar la llegada de cualquier visitante. La miró y decidió no usarla. Al golpear con los nudillos esperando que Antonia abriera y le dijera si había visto a JJ en las últimas horas, la puerta se movió despacio hacia adentro demostrando que no estaba bien encajada. Sacó su arma y entró.

Era una casa de dos plantas pequeña y un poco recargada. Cubrían todas las ventanas unas cortinas muy tupidas y pesadas acompañadas por un visillo central y coronadas por una cornisa tapizada en una tela estampada de hojas oscuras. Las estanterías estaban repletas de libros y figuras de porcelana de animales, todas con una base de un pequeño mantel de crochet para proteger la madera. En el salón no había televisión, pero sí un tocadiscos antiguo con un mueble al lado con un montón de *LPS* de vinilo. Los sofás en conjunto de tres más dos parecían de piel marrón, aunque seguramente eran de imitación y sus brazos también estaban cubiertos por mantelitos similares a los de las figuras. En uno de los lados estaba el rincón preparado para el comedor, con una mesa maciza y seis sillas con los asientos tapizados con la misma tela de las cortinas, rodeándola simétricamente colocadas. Era como una representación, como para exponer. Parecía el salón de una réplica de alguna casa de alguien famoso de los años ochenta en la que el



tiempo no había pasado. Destacaba por romper el equilibrio, justo al lado de la ventana, un viejo sillón individual bastante desgastado por el uso, que aparentaba muy cómodo y con una mesita a su izquierda donde había un libro abierto y una taza donde parecía que había un café con leche que estaba frío. Entró en la cocina. Los muebles eran de madera noble y oscura, probablemente Roble Americano, también muy moldurados y elegantes, siguiendo con el tono de la casa. No eran nada actuales pero parecían de buena calidad y estaban en perfecto estado. Destacaba en la estancia una isla central con la zona del fregadero y un espacio de encimera lo suficientemente grande como para usarla de barra de desayuno dos o tres personas. Detrás de la isla, a un metro de distancia aproximadamente, estaban los fogones de gas sobre un horno. Sobre la placa apagada había una cafetera y a la izquierda una taza preparada para recibir el café. Desde la puerta podía verse los pies de una mujer que sobresalían de la isla y estaba tendida en aquel pequeño pasillo. Tomás se acercó rápido para auxiliarla pero no había nada que hacer. Un pañuelo al lado de la cara de Antonia y una jeringuilla clavada en el cuello no dejaban duda de que estaba muerta. Sintió muchísima pena al imaginarla dicharachera y contenta preparando un café a su amigo y compañero de tertulia que a su vez se había convertido en su verdugo. La recordó hablando del hermano de Emilio, con admiración y pena cuando relataba lo inteligente que era y lo mal que le había tratado la vida. Sus ojos hicieron amago de volver a llorar, no sabía muy bien si esta vez era por Antonia o por Ana. Le dio un beso en la frente a modo de despedida y se levantó apuntando a donde miraba. Un aseo bajo la escalera concluía las estancias de la planta baja. Subió despacio para hacer el menor ruido posible pese a que estaba seguro que JJ sabía que estaba allí.

La primera habitación que aparecía justo al llegar al pasillo distribuidor de la planta alta era un cuartito individual con una cama, un pequeño armario y un escritorio. Sobre la mesa había una máquina de coser, unas tijeras de costura completamente metálicas, un dedal, una cajita con alfileres y una revista de patrones. Encima había una estantería con decenas de dedales que parecía que coleccionaba. A continuación estaba el baño principal. Por último, se encontraba lo que dedujo que era la habitación de Antonia. Avanzó hasta asomarse fugazmente para echar un primer vistazo. Desde dentro habían cerrado completamente las cortinas y la habitación estaba bastante oscura. Pudo distinguir lo que parecían dos personas. Una mujer con las manos atadas y un hombre detrás de ella tapándole la boca con la mano izquierda y apuntando a la cabeza con la pistola que llevaba en la derecha. Calculaba si sería capaz de volver a asomarse y disparar en la cabeza a aquel hijo de puta sin herir a Ana.

—Hola, Tomás —interrumpió sus pensamientos—, no te la juegues. ¿Cuántas posibilidades tienes, cinco entre cien, dos entre cien? Son muy pocas amigo, como falles ella muere. Piénsalo bien. Venga, que te estaba esperando... pasa y ponte cómodo —el viento sacudía con intensidad las persianas y hacía que las gotas de lluvia golpearan con fuerza en el cristal de la ventana. Pese al ruido exterior, un escalofrío recorrió su cuerpo al reconocer cercana aquella voz. No era como si la hubiese escuchado hace veinte años y ahora su cerebro fuese capaz de recordarla, era como si la hubiera escuchado ayer—. La cama será un buen lugar, siéntate dándome la espalda y tira la pistola fuera de la habitación.

El cuarto se distribuía de tal forma que al entrar aparecía el lado derecho de la cama con el armario en el lado izquierdo de la misma. Desde la puerta se veía de frente el armario y la orden que le había dado JJ le dejaba sentado en la cama, mirando hacia la puerta y dándole la espalda al armario. Entró despacio para intentar estudiarlo todo con algo más de detenimiento y calibrar alguna otra opción para pararlo. No la veía claramente, sin embargo, con la mirada le dijo a Ana que tranquila, que ya estaba allí, que todo iba a salir bien. Ella, vestida con su pijama de

princesas, al verle, hizo el amago de soltarse e ir hacia él, pero JJ la agarró con más fuerza. Tomás obedeció, se sentó en la cama y arrojó el arma hacia el pasillo.

—¿Sorprendido? Sí, seguro que sí. ¡Claro que estás sorprendido! ¿Cómo es posible que no me reconocieras Tomás? No creo que haya pasado ni un solo día desde que me fui de Ávila que no pensara en ti, pero veo que no ha pasado lo mismo contigo. No tenías ni puta idea que era yo. ¿Ni siquiera un poquito? ¿No te sonaba ni siquiera un poquito, coño? Joder, que hemos hablado y nos hemos mirado a los ojos, Tomás. He envejecido algo peor que tú, un poco menos de pelo, gafas de pasta, barba y algo de barriga, pero soy yo, al que jodiste la vida, JJ o Juanjo el de los serranitos, como tú prefieras. Ahora seguro que no tienes ninguna duda.

—Juanjo...

—¡¡JJ, hijo de puta, soy JJ!! —cortó enfurecido

—Perdona, perdona, JJ. Ana no tiene culpa de nada, deja que se vaya, por favor. Cógeme a mí, así podrás vengarte sin que tengas que hacer daño a nadie más.

—¡Qué fácil es decir eso ahora! Ana y tu hijita se quedan aquí conmigo. ¿Ya has averiguado lo que pasó por tu culpa?

—Sí y lo siento muchísimo —se giró para mirarlo a los ojos—, de verdad que lo siento. Fue un accidente, JJ.

—¡Encima tienes los santos cojones de decir eso! No fue un accidente, si tú hubieras tenido la boca cerrada no hubiera pasado nada, pero no. Ahí estabas tú, el moralista, el correcto, el que no podía dejar pasar una chorrada como aquella. ¡Todo fue por tu culpa, todo esto es por tu culpa, eres tú quien ha matado a esas chicas y el que ha matado a Antonia! —lo dijo con tristeza—. Tú me has convertido en esto, me has empujado a hacerlo.

—Sólo era un crío que hizo lo que creía que estaba bien —empezó a suplicar sinceramente—. Te juro por Dios que no quería joderte y por supuesto no esperaba que pasase nada. Si pudiera darle atrás al tiempo lo haría, JJ, pero no puedo. ¿Cómo te lo compenso? ¿Qué quieres que haga? Haré lo que sea, pero deja que Ana se vaya. Haz conmigo lo que quieras, pero no le hagas daño, por favor.

—¿Qué propones? ¿Cómo crees que me lo puedes compensar? ¿Te mato y ya está? No, amigo mío. Con eso no basta, no puedo ser tan bondadoso, con lo que he sufrido, no.

—¿Y por qué ahora, después de veinte años? —miró a Ana y a Cloe—. ¿No podías haber venido al poco y pegarme un tiro en la cabeza? ¿Por qué has tenido que esperar tanto, joder? ¿Por qué montar este puto circo, matando a mujeres inocentes como Antonia? Esa mujer te apreciaba de verdad, te quería, JJ, y la has matado en su propia casa. Confiaba en ti y la has matado. ¿También tenía que morir ella para vengarte de mí?

Empezó a sentir remordimientos.

—Eres un hijo de puta. Todo ha sido por tu culpa. Intenté superar lo de Ávila, pero la vida me ha tratado mal. ¿Sabes? Encontré al amor de mi vida y casi logro olvidarme de ti. Ella te ha salvado la vida durante estos veinte años, cada vez que me sentía mal por lo que habías hecho o cada vez que me venías a la mente, Carmen lograba sacarte de ahí y me llevaba con ella. Te juro por mi vida que lo conseguí, que por un tiempo fui feliz, pero murió. Murió en mis brazos sin que yo pudiera hacer nada. Para olvidarla, vine aquí con su hijo e intenté empezar de cero. Montamos un puto bar y el destino os puso delante para joder. La vida perfecta: policía de éxito, amigos, una mujer guapa a punto de dar a luz... todo lo que había soñado lo tenías tú. Al verte te reconocí al instante. Pensé que tú lo harías conmigo, pero no. Para ti solo era el puto camarero del nuevo bar donde se hace unos buenos bocadillos. Cada vez que iba a tu casa a llevarte un pedido y veía tu

vida sentía que tenía que hacértelo pagar, y sólo lo puedo hacer quitándotelo todo, como tú hiciste conmigo.

—Yo no te quité nada. No fue mi intención que pasara nada.

—Me da igual si querías que pasase o no —JJ empezó a llorar—, pero pasó, me lo quitaste todo. Nada hubiera pasado si no hubieses aparecido...

«Año 2.000, Academia de Policía Nacional, Ávila.

—Seguro que no le molesta, mamá —guardó silencio emocionado.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, mamá, sí. Muchas gracias por ser como sois. Os quiero mucho.

—Nosotros a ti. Nos vemos en un ratito. ¡Ay qué ganas de ver a mi niño! —se despidió contenta obviando por completo que le habían echado de la Academia al pensar que estaba a punto de verle.

Al colgar respiró agradecido y feliz. Pensó que aquello sólo había sido un error, que no tenía que cambiar nada relacionado con lo de ser policía, total, el jefe le había dado otra oportunidad. Se reafirmó en que era mejor hacer las cosas bien y que tenía la suerte de tener gente a su lado que lo iba a apoyar y proteger siempre pasara lo que pasara. Pensó en que quería ser la clase de persona que cuando alguien oyera su nombre lo asociaran a una persona buena, con principios, trabajador, dado y generoso. Se propuso ser alguien con el que los demás pudieran contar. La madre de JJ era todo aquello, un espejo perfecto en el que mirarse. Se había dado cuenta al colgar de lo mucho que la quería y lo poco que se lo demostraba. Se resolvió a que eso iba a cambiar. A partir de ahora la iba a tratar como la reina que era. Miró que el reloj marcaba las nueve de la mañana y calculó que llegarían sobre las tres de la tarde, así que tendría tiempo más que suficiente para organizar la maleta y preparar algunas cosas.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? —preguntó amable la dependienta.

—¡Hola! —respondió contento—. Me gustaría que me prepararan un ramo de flores.

—Pues has venido al sitio ideal —comenzó a tutearle inconscientemente—, la mejor floristería de la ciudad, que si no lo digo yo no lo dice nadie. ¿Novia?

—No, no, mejor, madre.

—Pues sí que es mejor —dijo haciéndose la interesante.

—¿Cuánto valen esos? —señaló a unos ya preparados de rosas de diferentes colores.

—Esos están sobre las tres mil.

—Bueno —continuó algo triste—, ¿y esos?

—Esos valen dos mil quinientas —notó que estaba justo de dinero—. Pero no tienen que ser estos que ya están preparados. Dime cuánto te quieres gastar y te haré algo chuli.

—Puedo gastarme mil quinientas, ¿podrás hacer algo bonito con eso?

—¡Claro que sí! Y para una mamá, más. En la esquinita del mostrador hay unas tarjetas a la venta, te regalo una. Coge la que quieras y escríbele algo bonito a tu madre. Yo siempre digo que las flores duran unos días, pero la tarjetita la tendrá para siempre.

—¿De verdad? ¡Muchas gracias!

Escogió una en la que se leía la frase: “Mamá soy feliz porque tú estás a mi lado” y estaba acompañada de varios dibujos de globos en forma de corazón. Dentro escribió: “*Si alguien pudiera*

*fabricar a la madre perfecta, se fijaría en ti. Gracias mamá por ser como eres. Te quiero muchísimo. Prometo demostrártelo siempre. JJ.”*

La florista estaba en la trastienda preparando el ramo lo más bonito posible sin que le hiciera perder dinero.

—¿Perdona? —preguntó JJ desde fuera para llamarla.

—Sí, dime, ¿va todo bien?

—Sí, sí, ya he terminado la tarjeta, te la dejo por aquí. Voy un momento al súper y vuelvo enseguida, ¿puede ser?

—¡Claro! Yo estoy aquí hasta la una. Termino el ramo y le pongo la tarjeta. Ve tranquilo.

La mayoría de los vinos que había en la estantería se pasaban de las quinientas pesetas que tenía de presupuesto. Diez minutos después y unas quince botellas manoseadas, todavía no sabía por cuál decidirse. Uno de los empleados del supermercado, al darse cuenta de que estaba algo perdido, se dirigió a él como si fuera un sumiller experto.

—¿Le ayudo, señor?

—Ah, bueno, sí, es que no sé cuál escoger. No entiendo mucho de vinos.

—No se preocupe, para eso estamos nosotros. ¿Qué busca, un vino para carne o pescado? Si es para carne le recomiendo este vino tinto —alzó una botella de unas tres mil pesetas—. Es del 98, una cosecha muy buena y tiene cierto toque a roble que le da un cuerpo muy elegante. Si es pescado le recomiendo este otro. Como verá es un blanco —lo señaló sin soltar la otra botella—, es del 99 y tiene unos toques afrutados que le da un frescor espectacular. Es un poco más caro, pero está buenísimo.

—En realidad estaba buscando algo un poquito más barato. Busco algo bueno que no pase de quinientas pesetas —informó un poco avergonzado.

El dependiente le miró con cierta lástima y colocó la botella en su sitio. Sin hacerlo sentir mal continuó poniendo en práctica su papel de buen vendedor.

—Pues es su día de suerte. Tenemos como oferta de la semana un excelente Bodega Don Juan del Águila, un vino de aquí de la zona que es exquisito. Lo tiene usted por cuatrocientas noventa y cinco.

En el mostrador de la floristería le esperaba la florista y el ramo preparado listo para recogerlo. Había hecho una mezcla muy bonita de diferentes flores y plantas que destacaban por su colorido y elegancia. Pensó que era perfecto para su madre y que valía más de lo que le iban a cobrar.

—¡Wau! Es precioso —alabó sincero—, le va a encantar. Pero te dije que sólo podía gastar mil quinientas.

—Para tí este vale mil quinientas.

Puso la bolsa con la botella en el mostrador y sacó su cartera.

—¿También es para regalar? —preguntó curiosa observando la bolsa.

—Sí, esto es para mi padre, le gusta tomar una copita para comer. Así que un ramo de flores para mamá y una botella de vino para papá. ¿Cómo lo ves?

—¡Chuli! ¿Pero le vas a dar la botella a tu padre así, en una bolsa del súper?

—¿Cutre? —preguntó contrariado.

—Supermegacutre. ¿Quieres que te la ponga chuli?

—¿De verdad? Es que no tengo más dinero.

—¡Qué dinero ni qué dinera...! Mira, tengo una cajita pequeña por ahí, metemos la botella y la acolchamos con algo de papel, luego envolvemos la caja con papel de regalo y listo. ¿Qué te parece?

—¿Cómo dices tú? ¿Chuli?

—Pues eso, chuli —rio y se llevó la botella a la trastienda.

De vuelta a la Academia pasó por un asador cercano y reservó mesa para las 15:30.

Tardó unos quince minutos en recoger todas sus cosas y preparar la maleta. Tuvo la tentación de ir a despedirse de sus compañeros, pero decidió no hacerlo para no tener que mentirles y para seguir la orden del jefe de no hablar con nadie al marcharse. Además, ese día había muy pocos alumnos, por algo de un seminario externo. Ante la imposibilidad semi impuesta de salir, pensó que sería un buen momento para echarse una buena siesta y se prolongó más de lo que esperaba.

El sonido de una sirena que no distinguió si era de una ambulancia o de los bomberos le despertó bruscamente. Al mirar por la ventana observó que había mucho movimiento justo en la salida de la autovía que daba hacia la carretera que llevaba a la Academia. Miro el reloj y vio que eran las 15:20. Un malísimo presentimiento recorrió todo tu cuerpo. Salió corriendo del edificio en dirección al accidente. De lejos, vio volcado un coche blanco con la Guardia Civil, los bomberos y los sanitarios a su alrededor. Su corazón empezó a latir más deprisa y sus piernas a correr más rápido. A medida que se acercaba, confirmó que el coche era un viejo Seat Panda como el de sus padres. Vio un cuerpo completamente cubierto al lado del coche. Al correr, creía que flotaba. Diez metros más adelante vio como un bombero sacaba del coche del lado del copiloto a su madre. Se había puesto guapa para recoger a su hijo pequeño. Se había pintado un poco los labios, hecho la raya en el ojo y vestido con la ropa que se ponía para ir a misa o alguna celebración.

—¡MAMÁ! ¡NOOOOOOOO! —gritó desesperado al estar a pocos metros.

Un guardia civil logró pararlo.

—¡Son mis padres! ¡Dios mío, noooo! ¡Suélteme, es mi madre! —hizo un giro sobre sí mismo para quitarse de encima al policía—. ¡Mamá! ¡Por favor nooo!

Llegó justo al lado de su madre. Estaba tendida en el suelo y los sanitarios estaban a punto de cubrirla. Si no llega a ser por algunos trocitos de vidrios clavados en su frente y un poquito de sangre que le salía de la nariz, parecía que estaba dormida.

—No no no no no no no no no no... ¡Mamá! ¡Despierta, Mamá! ¡Dios, no! ¡Despierta, por favor! ¡Despierta! —la abrazó fuerte contra su pecho.

Uno de los guardias se le acercó, le puso la mano en le hombro y le pidió que la soltara.

—Lo siento mucho, chico, pero está muerta, tienes que dejarla. Los dos han fallecido.

Ese día murieron en aquel accidente los padres de JJ y cualquier posibilidad de que él fuera una persona normal. Ese día también nació un odio irracional hacia Tomás.

Después de reunirse de urgencia los instructores de la Academia decidieron pasar por alto la venta de drogas y permitir que JJ se quedara. Rechazó la oferta pidiendo por favor que no se informara a nadie de que las personas que habían fallecido en aquel accidente eran sus padres y prometiendo que el año que siguiente volvería. Esperó un día más a que Emilio fuera a recogerlo y se fue. >>

—...mis padres murieron por tu culpa, tú les mataste. No me hables de lo que puedes hacer porque no puedes hacer nada. No tenías que haber aparecido nunca en nuestras vidas.

#### 14.- SI NO HUBIERAS APARECIDO

Viernes, 24 de Mayo de 2019

Tomás había logrado ponerse de pié y girarse hacia Ana y JJ sin que éste le pusiera ninguna traba. Seguramente ni se había dado cuenta a causa de la tensión que estaba soportando. Puede que incluso le pareciera mejor mirarle a la cara para increparle o escucharle, o que le pareciera mejor que mirara a Ana para que no estuviera completamente pendiente a él, ya desarmado, la amenaza era muchísimo menor.

Levantó sus manos hasta la altura del pecho y con un gesto suave le invitaba a tranquilizarse.

—Cálmate, por favor. Tiene que haber otra manera de hacer esto. Piénsalo bien, está embarazada JJ, está a punto de dar a luz, joder, suéltala y que se vaya. Piensa en tu madre, amigo, ¿qué crees que diría si te viera así? —dedujo que la única manera de que la soltara era apelar a sus sentimientos hacia las mujeres de su vida, a quienes amaba y no quería decepcionar. Logró tocar algo la tecla.

—No nombres a mi madre, hijo de puta, no eres digno de mentarla. Está muerta por tu culpa...

Pensó en su madre y en la nota que le escribió para el ramo que le iba a regalar. La florista le había predicho que la tarjeta era para siempre y tenía razón. Todos los días desde que murió, antes de acostarse leía lo que él mismo había escrito para recordarla exactamente con los sentimientos que tenía en ese momento, el instante de su vida en el que se dio cuenta de lo sumamente importante que era para él y lo muchísimo que la quería. *“Si alguien pudiera fabricar a la madre perfecta, se fijaría en ti. Gracias mamá por ser como eres. Te quiero muchísimo. Prometo demostrártelo siempre. JJ.”*

De repente la vio en la habitación. Estaba vestida exactamente igual que el último día que la vio, guapa para ver a su hijo. No estaba ni decepcionada ni enfadada con él, más bien le miraba con lástima y ternura, como se mira a un niño que acaba de meter la pata y que no sabe cómo salir del embrollo en el que se ha metido. Al verla, en un acto reflejo, dejó de apuntar a Tomás y la apuntó a ella. Desvió el arma avergonzado, volvió a apuntar a Ana y cerró los ojos con fuerza durante un instante. Al abrirlos seguía allí. La veía de pie a unos metros de Tomás haciéndole sentir incómodo como el mismo niño que piensa en hacer una travesura y ahora delante de mamá sabe que no debe hacerla.

—Vale, vale, tranquilo, perdona, no la nombro. ¿Y qué me dices de Carmen? Piensa ella, estoy seguro que ella no hubiera querido que pasara esto, por mucha ganas de vengarte de mí que tengas.

—A ella tampoco la nombres, cabrón. Tú no la conocías, no tienes ni puta idea de como era —dejó de apuntar directamente a la sien de Ana y apuntó a Tomás al dirigirse a él. Lloraba con intensidad al recordarla.

—No la conocía, pero sé como era, era como Ana. Lo has dicho tú, me salvó la vida durante veinte años, te hizo feliz, hizo que te olvidaras de toda la mierda que habías pasado y que disfrutaras de estar con ella, de las pequeñas cosas, de su risa, de sus charlas, de su mirada, de sus consejos, ¿a que sí? Así que también te salvó, te salvó porque era una mujer cojonuda, como Ana. Son iguales JJ, son la misma persona. A mí también me salva todos los días ¿sabes? Cuando me caigo ella es la que me levanta, ella me equilibra y hace que no me vuelva loco. Ana es Carmen, JJ, Carmen es Ana.

Entonces recordó la multitud de veces que por la noche, después de un día duro de trabajo en el restaurante que tenían en Playa Blanca, le mimaba, le acariciaba y le decía la suerte que había tenido de haberlo encontrado, que le había completado su paraíso. La miraba a los ojos y le decía que la suerte la había tenido él, que si no llega a ser por ella, hubiese sido un pobre infeliz o una mala persona. Ella le decía que no, que no tenía nada que ver con ella, que en realidad él siempre había sido bueno. Le recordaba lo bien que trataba a su hijo aunque no fuera de él y aunque había sido difícil porque el chaval le rechazó durante mucho tiempo, siempre le había tratado con muchísimo cariño. Le decía que si había hecho eso por ellos, si había aguantado, tenía que tener un corazón grandísimo. Recordó lo que le dijo la noche antes de morir y que, desde que había vuelto a ver Tomás, había olvidado. Mientras la tenía en sus brazos, ella le puso la mano en el pecho y le susurro al oído: *“Cariño, gracias por hacer que todos estos años hayan sido maravillosos. Ya me voy, no puedo quedarme más, tendrás que hacerte viejito sin mí. Te voy a pedir un favor, ama mucho y sé feliz. Esto que tienes aquí es inmenso, no lo olvides. No sé a dónde voy a ir, pero si voy a algún sitio, voy a estar mirando a ver si lo haces, ¿vale?”*. Él prometió sinceramente que lo haría.

Carmen se había colocado junto a su madre y le miraba con miedo. No era la clase de hombre que ella había dejado ni la clase de hombre que él le había prometido que sería. Al verla se avergonzó de que le mirara y deseó desaparecer.

La fuerza con la que agarraba a Ana empezó a ser algo menor. Cerró de nuevo los ojos y empezó a rezar en alto:

—Carmen es Ana y Ana es Carmen, Carmen es Ana y Ana es Carmen, Carmen es Ana y Ana es Carmen, Carmen es Ana y Ana es Carmen...

Ana, al notar que estaba cambiando algo su actitud, empezó a cantar para calmarlo y para mandar un mensaje a Tomás. Cantó Valentine Song de Lotte Mullan (Vuelve a buscarla y escúchala mientras lees):

*You light up the room — Llenas de luz la habitación*

*And you don't even know — Y ni siquiera lo sabes.*

*It's all I can do — Es todo lo que puedo hacer*

*To leave you alone — Dejarte solo*

*Don't bring me flowers — Pero no me traigas flores*

*You worry too much — Te preocupas demasiado*

*Oh my darlin' to know you love me, it's enough — ¡Oh, cariño! Saber que me amas, es suficiente.*

—Eso es, JJ, Carmen es Ana, Carmen es Ana, fíjate como te canta... —empezó a andar despacio hacia ellos.

*We can dance round the kitchen — Podemos bailar por toda la cocina*

*Candles cost nothing — Las velas no cuestan nada.*

—Siéntela, JJ, abrázala, Carmen está contigo... —continuó hablando como si pudiera hipnotizarlo.

*You could make me a ring from a milk bottle top — Hazme un anillo con el tapón de una botella de leche*

*When the money runs out in the meter maybe we'll stop — Cuando el dinero se acabe quizá paremos*

Colocado justo detrás, la abrazaba y se movía con ella bailando al ritmo que marcaba la canción. Había dejado de apuntarla y colocó su cara al lado de la de Ana, como bailan dos enamorados que observan juntos un paisaje bonito.

—Eso es, baila con Carmen —seguía acercándose aprovechando el trance de JJ. Ana le miraba asustada, esperanzada y enamorada. No dejaba de cantar. Joaquín entró sigiloso en la habitación, sin que nadie se diera cuenta y sin poder hacer nada porque Tomás le tapaba el ángulo de tiro.

*You light up the room — Llenas de luz la habitación*

*And you don't even know — y ni siquiera lo sabes.*



*It's all I can do — Es todo lo que puedo hacer*  
*To leave you alone — Dejarte solo*

Tomás estaba a dos pasos de JJ decidido a saltar sobre él y calculando como hacerlo sin hacerle daño a Ana y a Cloe. JJ tenía el arma en su mano derecha delante del vientre de Ana sin apuntarla de ningún modo y completamente entregado al baile con Carmen. Decidió que Carmen tenía razón, que Ana no tenía culpa de nada y que debía ser un buen hombre. Pensó que sólo podía arreglarlo de una manera. Abrió los ojos y miró directamente a Tomás que ya estaba prácticamente encima.

—Si no hubieras aparecido, no habría pasado nada.

Sacó su mano de delante de Cloe, se apuntó con fuerza en la cabeza, cerró los ojos y se vio con Carmen paseando y viendo el atardecer en Playa Blanca. Sonrió y en ese instante se sintió en paz y feliz. Apretó el gatillo. La bala entró justo encima de su oreja derecha, recorrió el cerebro apagando su imagen final y matándolo al instante. La bala salió por encima de su oreja izquierda con la suficiente fuerza, velocidad y mala suerte para entrar en la cabeza de Ana. Antes de morir, le dio tiempo de cantar el último verso de la canción a Tomás mirándole a los ojos.

*Oh my darlin' to know you love me, it's eno... — ¡Oh, cariño! Saber que me amas, es sufici...*

La cabeza de JJ estaba a punto de dar contra el suelo, cuando Ana empezó a desplomarse. Sin saber que había muerto, Tomás la abrazó al instante impidiendo que cayera. Sintió un inmenso alivio al creer que todo había acabado con aquel disparo. Aquel sonido era el bocinazo final que indicaba el fin de la pesadilla o en pistoletazo de salida hacia una vida maravillosa con Ana y con Cloe.

—Ya está, ya está, reina, ya está, ya se acabó —la notó inerte—. ¿Cariño? Ya está —la apoyó en la cama—. ¿Cariño? No, no, no, no puede ser —empezó a llorar con muchísima rabia. Joaquín confirmaba que JJ estaba muerto—. Estoy aquí, cariño... ¡Anaaaa! ¡Nooo! ¡Vuelve conmigo! ¡Joky, no reacciona! ¿Qué le pasa? ¡Joky ayúdame! ¡Dios por favor, Dios!

Al intentar tomarle el pulso en el cuello, notó que su mano izquierda se había manchado de la sangre que salía de la cabeza de Ana y empapaba su cabello. Joaquín había soltado su arma encima de la cama y también comprobaba el pulso en la muñeca.

—¡No tiene pulso Joky! ¡Dios mío, no tiene pulso! ¡Anaaa! —gritó exasperado.

Empezó a hacerle el boca a boca y masajear el pecho sin saber si eso serviría de algo. La mancha de sangre se extendía por la colcha blanca de la cama como una metástasis imposible de parar, algo que hacía poco no estaba y ahora avanzaba inexorable hasta ocuparlo todo. Al pasarse la mano por la cara para limpiarse las lágrimas, los mocos y el sudor, la sangre de su mujer pintó su rostro. Joaquín daba vueltas por la habitación hablando por teléfono para pedir una ambulancia.

—¡¿Cómo que quince minutos?! ¡Le digo que tenemos una mujer herida que está embarazada! ¡Tienen que llegar ya! Por favor, dense toda la prisa que puedan.

Desde la puerta miraba desesperado y triste como su mejor amigo empleaba todas sus energías en devolver a la vida a su mujer. Dudaba si acercarse, cómo ayudarle, qué decirle, qué hacer... Tras tres o cuatro minutos eternos donde pudo recordar un sinfín de anécdotas con Ana, se acercó.

—Tomás —le puso la mano en el hombro—, para.

Le ignoró completamente.

—Para, por favor. Está muerta —dijo llorando.

Al decirlo, Tomás se volvió hacia él con el terror más absoluto reflejado en su semblante y le empujó con fuerza.

—¡No está muerta, no digas eso, no puede estar muerta! —mintió como el que miente esperando que lo que dice cambie la realidad. Joaquín se acercó a él y le abrazó.

—Lo siento muchísimo. Joder, lo siento muchísimo, amigo.

Tomás había acurrucado su cabeza en el hombro de Joaquín mientras le abrazaba y vio por primera vez el cuerpo de JJ tirado en el suelo. Se separó, cogió la pistola que todavía descansaba en la cama y vació el cargador en la cara de aquel cuerpo ya sin vida. Soltó el arma y cayó de rodillas. Se derrumbó hacia delante y descansó su cabeza sobre la cadera de Ana, encima del pantaloncito del pijama de princesas y al lado del vientre donde estaba Cloe. Puso la mano sobre la barriguita, notó como se movía muy fuerte, como nunca la había notado, como cuando alguien trata de librarse de una bolsa que le impide respirar y empezó a hablar con su hija.

—Tranquila, cariño. Soy papi, no pasa nada, tranquila. Mamá se ha dormido pero tú tienes que aguantar, queda poquito para sacarte de ahí. Mami te pintó la habitación de rosa, ya verás lo bonita que ha quedado —notó que dejó de moverse—. Princesita, no te pares, sigue moviéndote, por favor, no te duermas tú también. Estoy aquí contigo, cerquita, mi amor, no me dejes solo, aguanta, princesita, aguanta, pequeñita.

Cloe no volvió a moverse. Al sentirla muerta, él también murió. Su corazón seguía latiendo, su sangre recorría su cuerpo a toda velocidad, sin embargo, estaba muerto. Al pensar en las palabras que le había dicho JJ —*“si no hubieras aparecido, nada de esto habría pasado”*—, su corazón casi explota literalmente. Un tremendo dolor físico le recorrió el brazo y llegó al pecho. Puso la mano sobre él, miró a Joaquín y cayó inconsciente al lado de JJ. Cinco minutos después llegó la ambulancia, confirmaron la muerte de Ana, Cloe, Antonia y JJ y continuaron el masaje cardíaco con el que Joaquín le había salvado la vida. Su cuerpo estaba vivo, su alma muerta y él seguía inconsciente. Le entubaron y le llevaron al hospital.

## 15.- RECUERDOS

Viernes 24 de Mayo de 2019

La puerta que separaba la sala de espera de la zona de UCI no se abría desde hacía más de una hora. Ni el Capitán ni ninguno de los compañeros se atrevían a preguntar por el estado de Tomás, puede que fuera por el temor a recibir malas noticias o por la reprimenda que el celador le había dado a un hombre que no paraba de preguntar por el estado de su madre. Al poco, una doctora aparentemente muy joven abrió la puerta y entró en la habitación con la intención de llamar a alguien. Miró la carpeta que llevaba para recordar el nombre que debía anunciar y se dirigió al expectante público.

—¿Familiar de Tomás de la Torre? —preguntó alzando la voz. Nadie respondió, seguramente porque en realidad ninguno de los que estaban allí eran familiares. Los que no sabían quién era miraban a los demás lamentando que no fueran a ellos a los que habían llamado y tratando de averiguar quién había sido el afortunado. Volvió a preguntar aún más alto: ¿Familiar de Tomás de la Torre? —ahora el Capitán, Pedro, Borja, Mila, Desi y Joaquín se levantaron al unísono para recibir las nuevas que correspondieran.

—Todos no pueden entrar, sólo uno.

Joaquín dio un paso adelante.

—Si no os importa, voy yo —asintieron completamente comprensivos y volvieron a sentarse.

Unos quince metros después de cruzar la puerta que hacía de frontera entre la espera angustiada y el trabajo salvavidas, descansaba Tomás inconsciente y enchufado a un respirador artificial y a un monitor multiparamétrico encargado de recoger y mostrar todas sus constantes vitales. Aunque estaba inconsciente, sus párpados parecían moverse de un lado a otro y su rostro reflejaba algo de angustia. Parecía como si estuviese teniendo una pesadilla.

—¿Está bien? —preguntó Joaquín preocupado.

—Bueno, acaba de sufrir un infarto provocado por una situación de tensión extrema. Estuvo a punto de partírsele el corazón de forma literal, pero vivirá. Probablemente no pueda hacer esfuerzos físicos durante bastante tiempo, pero para lo que podía haber pasado, está bien.

—¿Por qué se le mueven así los ojos?

—No se sabe. Puede estar soñando o puede que esté recordando. Hay casos en que un shock del tipo que ha sufrido Tomás hace que pierdan parte de su memoria, o que recuperen recuerdos que tenían escondidos y a los que no podían acceder. Hay que tener paciencia, pero no debe tardar en despertar...

« UN MAL PRESENTIMIENTO.

17 de Junio de 1779.

Deseaba disfrutar de la suave brisa en la cara y de los tonos anaranjados que regalaba el atardecer. Apoyado en la vieja barandilla de la proa del barco y sólo con el agua del mar delante

de sí, intentaba lograr dejar la mente en blanco y gozar durante un rato de quietud y paz. No podía. El presentimiento de que algo malo iba a pasar le llevaba atormentando algunos días. Notó nerviosismo en su padre al hablar de ello, aunque trató de quitarle hierro al asunto — *“todo va bien, no te preocupes”* —.

—¡Bribón! ¿Qué haces aquí con todo lo que hay que hacer? Venga, que no te embobe la marea. A trabajar...

Varias semanas estuvo vomitando por cubierta hasta que su cuerpo se fue acostumbrando al sube y baja de las olas.

Con el tiempo fue aprendiendo el oficio y notando que aquello le salía de manera natural. Era trabajador e inteligente, prestaba atención a los detalles, tratando de absorber lo más rápido posible todo lo que los marineros le iban enseñando.

Desde que subió por primera vez al barco y siempre que el tiempo le dejara, todas las tardes paraba un segundo a admirar el atardecer. Se acercaba a la proa, miraba el horizonte y por lo menos una parte de su ser, se sentía contento y afortunado por su vida. La costumbre no había cambiado, pero el motivo y la sensación sí. Esperaba ansioso ese momento para pensar, buscar explicación a lo que pasaba y tratar de resolverlo. Lo que era un placer, su recreo, su momento, ahora torturaba un poco al joven Tomás.

Era el primero de abordó, el viejo Augusto el que le acababa de reprender. Llevaba tanto tiempo en la mar, que parecía que tenía escamas. Se encontraba entre los mejores amigos de Juan de la Torre, el padre de Tomás, así que conocía al joven marinero desde el mismo día que nació. Se podría decir que Tomás pasaba más tiempo con el viejo Augusto que con su propio padre, muy liado este con las cosas de la capitania. Hombre alto y fondón, con unas manos como alicates y una cara con la piel quemada por el salitre. Le había tomado como su protegido, no por sus habilidades como marinero, sino por lo que recibía de él. El viejo se sentía querido y admirado. Sentía que aquel chaval le apreciaba de verdad sin esperar nada a cambio. Jamás había sentido ese afecto por nadie y de nadie.

Notaba y sabía de la inquietud del chico, aunque hacía todo lo posible por no demostrar que él también estaba preocupado.

—Dame un respiro, viejo —replicó Tomás con una sonrisa y rascándose la cabeza—. Sabes que no paro. Ya he fregado la cubierta, que por cierto friego siempre yo, he ordenado los aparejos, que por cierto, ordeno siempre yo, he revisado las redes, que por cierto, reviso siempre yo...

Abrió los ojos todo lo que pudo para mostrar su sorpresa y jugar algo con él.

—¿Tú haces todo eso? Si la mayoría del tiempo estás pensando en las musarañas... ¡claro! como eres el hijo del Capitán estás muy consentido. Eres el señorito del barco.

Sabía que estaba bromeando, sin embargo se sintió algo ofendido al escucharlo y respondió triste.

—No estás hablando en serio, sabes que no paro nada, viejo. Estoy seguro que los nuevos ni se imaginan que mi padre es el Capitán.

—Lo sé, hijo, lo sé. Sólo te picaba un poquito. La verdad es que me tienes mal acostumbrado cabroncete, ya no se que decirte para meterme contigo. Casi no metes la pata.

—Bah, no será para tanto. Sólo hago lo que me enseñas, aunque podrías descargar me un poco, ¿no crees?

—Es verdad que tienes un buen maestro, el mejor, diría yo —a lo que siguió una carcajada burlona.

Tomás le pasó el brazo por encima de los hombros y le apretó con fuerza.

—Viejo, tú lo has dicho, el mejor. ¿Y sabes? No sólo me refiero a la pesca, me enseñas a ser un buen hombre, lo que está bien y lo que está mal y a pelear por lo que uno cree... ¡me has enseñado hasta a cocinar! Me gusta que seas mi amigo.

El viejo no tenía hijos, aunque en este momento se sentía como si Tomas lo fuera. Se hacía el duro, pero los ojos le brillaban más de lo normal. Le miraba orgulloso del hombre en el que se estaba convirtiendo y con algo de tristeza al comprobar como la vida le había robado la niñez y estaba haciendo lo mismo con la juventud.

—Anda granuja, déjate de bobadas, ve a trabajar ya.

—Está bien pesado, ya voy...

Augusto ocupó el puesto de Tomás en la proa del barco. Hacía tiempo que no dejaba caer su peso en aquella barandilla. Disfrutando del instante, miró hacia el horizonte, llenó sus pulmones de aire salado y dejó que su mente le llevase a donde ella quisiera.

—*¡Está embarazada, Augusto, está embarazada!*

—*¿Quién está embarazada?*

Recordó cuando Juan le dio la noticia. El futuro padre saltaba y gritaba de alegría. Le cogió de las dos manos y empezaron a bailar para celebrarlo. Se sintió un poco celoso a la vez que inmensamente feliz por la buena noticia que le daba su amigo.

Recordó cuando Tomas nació. —*¡Un niño, un niño, un niño, hermano!* Juan lo sacó envuelto en una sábana limpia para enseñarlo en forma de trofeo. La sonrisa que se dibujaba en el padre mezclada con unas lágrimas incontenibles que bajaban rápidas por las mejillas y una risa tonta nerviosa delataban que en ese momento Juan era el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Recordó que le pareció muy feo cuando lo vio por primera vez, a los quince minutos de nacer. Era de la opinión de que todos los niños recién nacidos son feos. Recordó también la emoción que tuvo al verlo y acariciar muy suavemente su mofletillo izquierdo con su dedo meñique y con temor de hacerle daño sólo por rozarlo. En ese momento supo que haría lo que fuera por aquel muchacho.

—*Está muerta.* —Recordó el momento en que Juan llegó al barco con Tomás de la mano. Sólo tenía siete años. La maldita neumonía se había llevado a Julia mientras faenaban. Unos días después de morir, Juan llegó a casa con unas ganas inmensas de abrazar a su mujer y a su hijo, pero no estaban. Tomás estaba sentado mirando hacia la pared en una silla en casa de la vecina. Desde entonces Juan no era el mismo. No había alegría en su alma.

Augusto estaba preocupado por lo mismo que Tomás. Hacía tiempo que no se cruzaban con ningún otro barco pesquero y durante las últimas semanas no habían pescado prácticamente nada. Llevaba más de cuarenta años faenando por aquellas aguas y jamás le había pasado algo así. Por si fuera poco, justo antes de embarcar, se unió a la tripulación un nuevo marinero, que sustituía al viejo Antúnez. No terminaba de gustarle, pero era un buen trabajador. Era un hombre que no daba problemas, muy introvertido, apenas hablaba con nadie. Sería por eso que le llamaban Soso. Su instinto le decía que no era trigo limpio. De hecho iba a proponer al Capitán que en el próximo desembarque le sustituyera por cualquier otro.

Había rumores de que los piratas metían, a modo de espía o de topo, a alguno de sus hombres en los barcos de pesca y que éste a su vez, seguía instrucciones específicas para facilitar el ataque al barco en cuestión. No sabía muy bien por qué, puede ser que por pasar mucho tiempo solo, por notarse sobresaltado en algún momento que se encontraban sin esperarlo o simplemente porque desde que llegó parecía que había algo de mala suerte... lo cierto es que Augusto temía que Soso tuviera algo que ver con aquello y estuviera haciendo algo para facilitar un posible atraco al Marea Tranquila, que era el nombre de aquel barco pesquero.

Estaba de moda lo de atracar pesqueros. La cosa estaba tan mala, que los piratas abordaban este tipo de barcos al ver que cada vez había menos botines a repartir entre cada vez más piratas. Aunque sólo consiguieran víveres y algunas cosas de poco valor, los atracaban para quitarles aquellas miserias.

Pero se escuchaba acerca de cierto pirata sanguinario, Godoy. El Capitán Godoy, que no sólo robaba este tipo de cosas, sino que se apoderaba de aquellos barcos pesqueros, para luego desarmarlos quedarse con lo que le interesara y después venderlos, aunque para eso tuviera que matar a la tripulación. Le llamaban cuervo, no se sabía muy bien si el mismo se había puesto aquel mote, pero le venía que ni pintado por su faceta de ladrón carroñero. Decían que había hecho tallar un cuervo en la proa de su barco y que más tarde había matado al carpintero para que no contara nada acerca de él. Algunos pensaban que sólo era una historia para asustar.

Augusto y el Capitán De la Torre estaban al tanto aunque no comentaban nada para no inquietar al personal.

A medida que el barco avanzaba y el día moría con él, la noche y la niebla hicieron acto de presencia.

—Dormid un poco —ordenó Augusto a la tripulación—, mañana será un día largo. Os quiero a todos en pie a las cinco en punto, tenemos que tirar las redes y arrastrar. La temporada no está siendo buena.

Cerró la puerta tras de sí y se fue a rebajar un poco el nivel de ron con su amigo Juan.

El Capitán De la Torre estaba encerrado en su camarote. Hacía horas que no salía ni siquiera para tomar el aire. Augusto tocó en la puerta para pedir permiso para entrar.

—Juan, ¿se puede?

—Claro, amigo, pasa —respondió el Capitán desde dentro.

Juan estaba más preocupado que él. Su cara le delataba. Su rostro estaba serio y sus ojos enrojecidos de mirar horas y horas hacia el mismo sitio. Revisaba las cartas de navegación, mirándolas con la lupa y el compás a la luz de una vela que estaba dentro de un candil.

—No lo entiendo, Augusto, no lo entiendo —dijo sin levantar la mirada de los mapas.

—¿Qué te ocurre, camarada? —Augusto sabía exactamente lo que le pasaba.

—Llevamos días recogiendo poquísimo. Hace semanas que no nos cruzamos con ningún barco y sabes que normalmente vemos alguno cada dos o tres días. No sé si nos hemos desviado, si los peces se han marchado... no sé. Estoy preocupado. Esto no es normal.

—Todos los días revisamos la brújula —razonó para calmarlo—, vamos por la ruta trazada, vamos bien, será solo una mala racha. Será casualidad que no veamos otros barcos, a veces pasa y lo sabes. Y los peces, es cierto, no hay muchos, pero ya aparecerán. No te mortifiques por eso. Pero sí, también lo he notado. No sé, puede que sea mala suerte. Tomás también está preocupado.

Juan se levantó y se dirigió a un armario que estaba cerrado con llave y estratégicamente colocado de tal manera que si no se sabía que estaba, no se veía. La llave la llevaba colgada en su cuello. La cogió, se acercó y abrió la puerta. Era el armario del ron, ron del bueno. Sacó una botella y dos vasos y volvió a la mesa con Augusto. Descorchó la botella con la boca, escupió el corcho sobre la mesa y llenó los vasos.

—Lo sé, es muy listo. Está claro que algo raro pasa. Tengo un mal presentimiento. No es normal. ¿Cuándo hemos tenido una racha como ésta? ¿Cuándo hemos estado tanto tiempo sin ver a nadie? Entre eso y lo que oímos en el puerto... Si mañana no cogemos nada, volveremos a tierra, no quiero arriesgarme.

—Bueno, mañana nos preocupamos de mañana, ¿de acuerdo? Ahora ese vaso está pidiendo a

gritos que lo vacíen y lo vuelvan a llenar. Y no sólo una vez. Esa botella pesa mucho. Vamos a relajarnos un poco, compañero.

Todas las noches uno de los marineros se quedaba de guardia para vigilar, por si pasaba algo, dar la voz de alarma.

Esa noche le tocaba la guardia a Soso. A él le tocaba todos los viernes, eran siete marineros y una guardia por noche. De esa manera era muy sencillo calcular cuando la tenían, una por semana.

A eso de las tres de la mañana, con todos profundamente dormidos, cuando sólo se oían los tablones de cubierta rechinar por el vaivén tranquilo del mar además de los ronquidos de los marineros, y con una niebla tan espesa que sólo se veía a un hombre si estaban a menos de dos metros el uno del otro, Soso oyó y luego vio, una imponente calavera, con una enorme bandera pirata en su mástil.

Estaba al lado.

Soso estaba nervioso, pero inmóvil. Sabía que estaba a punto de suceder algo. Tenía la mano puesta en la campana de alarma. No la tocó, estaba completamente paralizado. De repente, se escuchó como cortaba el viento una cuerda que volaba hacia el barco y al instante como se clavó en la vieja madera un gancho de arrastre. El abordaje estaba a punto de consumarse. En seguida pusieron un tablón que unían los barcos y empezaron a pasar con absoluto sigilo un hombre tras otro.

Con maestría, los piratas abordaron el Marea Tranquila, con tal precisión y silencio que nadie escuchó nada. En menos de un minuto había quince hombres en cubierta, cada uno con una espada y como mínimo dos puñales, listos para la masacre.

Y ahí estaba Soso, enfrente de aquellos animales, sin decir nada, sin hacer nada, paralizado.

De entre la espesa niebla y de entre aquellos hombres, uno que estaba en segunda línea, se desplazó entre ellos, dando un paso adelante para ponerse justo delante de él. Se acercó tanto que podían olerse el aliento putrefacto que salía de sus bocas mal cuidadas. El pirata tenía la mano cerca del puñal que tenía en su cinturón y parecía que estaba a punto de sacarlo.

La sonrisa pícaro de Soso le delató y aún más cuando se acercó al hombre que tenía enfrente y le dio un abrazo fuerte, acompañado de cuatro o cinco golpes en la espalda, dando a entender una mezcla de cariño y de satisfacción por ir cumpliéndose los planes previstos.

—¡Hermano, ya pensé que no vendrías! —le recibe Soso a media voz

—Nos hemos retrasado un poco. El viento no ha ayudado nada, pero ya estamos aquí. Buen trabajo con la brújula. Habrán pensado que llevaban el rumbo correcto. ¿Dónde están todos?

—Están en el camarote descansando.

—Pues no perdamos tiempo, no quiero ningún error, tenemos que llevar esta chatarra a la isla antes del amanecer.

Cuervo levantó la mano derecha y la zarandó hacia adelante. Era momento de actuar.

El traidor les guió hacia el camarote de los marineros, mientras algunos de los piratas se posicionaban en partes del barco para que no escapara nadie.

Cuatro siguieron a Soso hasta la puerta. Muy despacio giraron el pomo hasta lograr abrirla. Sólo había cuatro camas y muy poca luz, apenas la penumbra de la noche que entraba por el portillo. Hacía frío, todos estaban tapados. Cada uno de los piratas se acercó a una cama y en un segundo con la mano izquierda taparon la boca de los pobres hombres y con la derecha, usando su puñal, les cortaron el cuello. Rápido, eficaz, silencioso y cobarde.

Tomás estaba debajo de una de las camas, dormía ahí. A pesar de lo que estaba pasando seguía durmiendo. La jornada había sido muy dura y estaba agotado. No se había dado cuenta de nada. Soso lo sabía, pero se olvidó de él, estaba nervioso y se le escapaban cosas.

—¿Estos son todos los hombres? —preguntó uno de los piratas mientras limpiaba la sangre del puñal con la muslera del pantalón.

—Queda el Capitán y Augusto. Seguramente estarán en el camarote principal —contestó Soso señalando con la mirada la dirección a seguir.

—Terminemos con esto —sentenció Cuervo.

De inmediato salieron del cuarto y se dirigieron a donde estaban el Capitán y su amigo.

Al salir dejaron la puerta abierta. Tomás seguía dormido debajo de una de las camas. Una gota de sangre caliente empezó a caerle en su rostro. La sangre del compañero se impregnaba en la manta que servía de colchón y caía entre las rendijas de los listones que formaban la cama. El chico se despertó, se tocó la mejilla, olió su mano y se dio cuenta de que algo malo pasaba.

Salió de debajo de la cama y vio horrorizado como sus amigos estaban muertos. Su corazón se aceleró. Empezó a respirar muy rápido. Estaba hiperventilando. Miró hacia los lados desesperado, sin saber qué hacer. Al mirar hacia afuera vio la campana, así que salió lo más rápido que pudo para dar la voz de alarma.

Mientras tanto los piratas estaban en la puerta del camarote principal. Estaban abriendo. Juan y Augusto estaban dormidos sobre la mesa, probablemente medio borrachos después de su charla de amigos y muchos tragos de ron. Justo antes de que los piratas se posicionaran para matarlos, Tomás llegó a la campana. Uno de los piratas que vigilaban trató de impedir que la tocara. Lo agarró de la chaqueta, pero el chico se zafó girándose y dejándolo con la prenda en las manos. Aprovechó para darle un puñetazo y tumbarlo. Puso la mano en la campana y la tocó tres veces con todas sus fuerzas.

El sonido de la campana alertó a todo el mundo. A los piratas, al Capitán, a Augusto, a Cuervo...

Juan y Augusto se despertaron al instante, sobresaltados pero listos para luchar. Los piratas estaban al lado de ellos. Augusto en un acto reflejo, agarró la botella de ron y la estampó en la cabeza del que iba a ser su asesino. Con una agilidad impropia de un hombre de su tamaño, le quitó el cuchillo y lo hundió en su corazón. Sacó el cuchillo del pecho y desde el suelo lo lanzó al cuello de otro pirata. Fueron dos segundos, aunque parecía que todo iba más lento que lo que el tiempo real marcaba.

Juan logró detener al que iba a por él, soltó el codo y le dio en las costillas. El pirata cayó sobre la mesa. El Capitán cogió la silla y la destrozó en su cabeza. Las astillas volaban por la habitación. Con una de las patas se lanzó sobre el otro pirata y a modo de martillo la aplastó en su mentón partiéndole la mandíbula.

Soso sacó una especie de trabuco y se disponía a disparar al Capitán. Augusto estaba en el suelo. Desde su posición veía como apuntaban a su amigo y también veía cómo al lado de la campana estaba Tomás sujeto por dos asesinos y otro delante de él a punto de clavarle una espada en el estómago. Si se abalanzaba sobre Soso, salvaría a Juan, pero Tomás moriría.

El viejo marinero miró un instante a su amigo, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas y salió con todas sus fuerzas a embestir al que amenazaba de muerte al hijo de su compañero, que también era su hijo. Mientras corría como un animal oyó un disparo. Sabía que su amigo acababa de morir. El hombre con el que había compartido penas y alegrías, el que le había acompañado siempre, el que más que amigo era un hermano, acababa de morir. Y sabía que pudo ayudarlo.



Pero no lo hizo. Estaba haciendo lo que tenía que hacer. La rabia hacía que se multiplicaran sus fuerzas. Llegó al pirata, le arrancó la espada de la mano cogiéndola de la hoja. No sintió las heridas en sus manos. Se la clavó en el costado con tanta fuerza que casi entró la empuñadura. Los dos que agarraban a Tomás se abalanzaron sobre él y empezaron a castigarlo sin piedad. Augusto, como un oso, se levantó y luchaba a muerte con ellos. La ira lo impulsaba, aunque sabía que no lo iba a conseguir. Se giró y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Corre, Tomás, corre hijo, salta del barco!

Tomás, que estaba a punto de lanzarse a ayudar a su amigo, vio en sus ojos que no, que no podía, que debía hacer caso, que si iba a ayudarlo, morirían los dos y mirándole con los ojos rasgados de impotencia, de pena y de despedida, corrió hacia proa para saltar. Corrió lo más rápido que pudo, sabiendo que lo perseguían y que si lo cogían también, moriría. Se impulsó buscando la salvación y noto como volaba. Mientras estaba en el aire se escuchó otro disparo. Al momento sintió como una bola ardiendo entró en su espalda, creándole un dolor insoportable. Cuervo le había disparado mientras gritaba:

—¡No puede escapar nadie!

Cayó al agua. Notó que no podía y casi no quería. No podía moverse, casi no podía respirar. Y si hubiera podido, la pena le estaba venciendo. Sabía que todos habían muerto. No quería luchar. Empezó a hundirse. Poco a poco fue perdiendo el conocimiento. Iba a morir.

Desde arriba, en el barco, Soso y los demás se asomaron para intentar ver algo. Era imposible, la niebla y la noche no dejaban que se viera el mar. Disparaban al agua.

— Dejadlo, ha muerto. »

Joaquín volvió a la sala de espera para informar de lo que le había dicho la doctora.

—Está estable. Dicen que vivirá y que se despertará pronto. También dicen que es mejor que nos marchemos a descansar, que como mínimo estará unos días aquí y que si se despierta o sucede cualquier imprevisto, nos llamaran para informar de cualquier cosa. He dado mi número de teléfono para que me llamen a mí.

Se abrazaron todo lo contento que podían estar después de lo que había pasado, se desearon buenas noches y se marcharon a casa.

## 16.- ANTICUARIO

Sábado 25 de Mayo de 2019

Lo que había experimentado Tomás después del infarto mientras estuvo inconsciente no había sido un sueño, o por lo menos eso era lo que él creía. Estaba absolutamente seguro de que eran los recuerdos de su niñez, los recuerdos que, sin saber por qué, permanecían escondidos hasta ese momento. Aquella certeza absoluta chocaba de frente con cualquier tipo de lógica o pensamiento racional. ¿Cómo era posible que estuviera seguro que había nacido en el siglo XVIII, que trabajaba en el barco pesquero de su padre, que le matara por la espalda un pirata y que estuviera viviendo en el siglo XXI? ¿Por qué había pasado? ¿Era una especie de mala jugada de su mente propiciada por algo parecido a un shock postraumático? No creía en nada místico o religioso pero, ¿podría ser que de algún modo aquel Tomás de mil setecientos y pico, al morir se reencarnara en el Tomás de ahora? ¿Cómo había llegado a esta época?

Las preguntas se amontonaban incómodas en su mente una encima de otra. Al escalarlas sin ser capaz de responderlas llegó a una última frase que no paraba de sonar en su cabeza: *“Si no hubieras aparecido, nada de esto habría pasado”*. Los supuestos recuerdos, las preguntas resultantes y la afirmación culpatoria de JJ, dieron a luz un pensamiento absurdo aunque poderoso: *¿Y si en realidad debiera estar muerto? ¿Y si esta época no es la que en realidad me corresponde? ¿Y si nunca hubiera llegado? ¿Y si soy una especie de pieza añadida que hace que el puzzle no se pueda terminar correctamente? Si pude venir, ¿se puede deshacer? Y la más importante, ¿puedo salvar a Ana?*

Como pudo se desenganchó de todos aquellos cables que lo unían a las máquinas médicas, recogió su ropa del armario que estaba en la habitación y salió del hospital sin informar a nadie.

Pensó en llamar a Joaquín para decirle que había salido del hospital y contarle lo que había recordado, aunque desechó la idea al reconocer que era prácticamente imposible que nadie le creyera o que pensaría que estaba loco sólo al barajar la posibilidad de que lo que había recordado fuera cierto. Reconoció que si había alguien que pudiera apoyarlo o no juzgarlo, ese era Joaquín, pero decidió que hasta que no diera respuesta a alguna de las preguntas que se había hecho no debía hablarlo con nadie conocido.

Pensó en ir a casa. Este pensamiento le causó un dolor físico en el pecho preocupante. Todo lo que había allí le haría pensar exclusivamente en Ana y en Cloe y no le dejaría resolver todo aquel rompecabezas. Incluso a él le parecía una locura, pero si había alguna posibilidad, por infinitamente pequeña que fuera de cambiar las cosas, necesitaba estar concentrado en encontrarla. Aun así, no pudo evitar ver claramente el corazón en la pared de la habitación de Cloe. La angustia hizo que se sentara en un banco de un parque cercano al hospital.

Abrió la opción del navegador en su móvil y pensó en lo que debía escribir para encontrar algo que le ayudara a encontrar alguna respuesta. Siempre había sido muy escéptico tocante a todo lo que no pudiera ver o comprobar, así que todo lo que se le venía a la mente le parecía ridículo: reencarnación, otra vida, cambiar el pasado, viajes en el tiempo... No se detuvo mucho a investigar en ninguna de las opciones, todos los resultados parecían llevar a páginas que informaban del asunto en cuestión de forma superficial o directamente de forma *freaky*. Recordó que era Ana la que se encargaba de buscar cualquier cosa en Internet. Seguía sentado en el banco del parque, moviendo rítmicamente la rodilla derecha y mirando hacia el árbol de enfrente en

busca de algún pensamiento que le diera alguna noción de por dónde buscar. Pensó: Hazlo a tu manera, olvídate de la tecnología, busca donde buscaría el Tomás antiguo. Recordó que durante alguna patrulla había visto un lugar donde había alguna remota posibilidad de que le dijeran algo, probablemente absurdo, pero algo. Se levantó del banco, apago el móvil, paro el primer taxi que pasaba por allí y le pidió que le llevara a la calle Feria, cerca de la iglesia de San Juan de la Palma.

Una campanilla antigua colocada en la parte superior del interior de la puerta servía de alarma y sonaba cada vez que alguien entraba o salía. Saludó nada más entrar sin recibir respuesta. El suelo de madera oscura y desgastada crujía cada vez que se daba un paso, lo que hacía que, sin saber por qué, tratara de dar pisadas amortiguadas de tal forma que sonara poco. Olía a antiguo, que no a viejo, un aroma añejo y agradable que apetecía inspirar porque el hacerlo transportaba a otra época. Tomás lo hizo varias veces. Aunque la tienda era estrecha y dificultaban el cómodo paseo por ella, en medio de la estancia habían colocado unas mesas que servían de atril a varias imágenes de Vírgenes, Cristos portando La Cruz, otros santos que no supo reconocer y libros religiosos. Acompañaban a las mesas algunas sillas curiosamente tapizadas con telas apagadas donde se apreciaban en lienzos antiguos los retratos de gente que en su momento pudo pagar a algún pintor sumamente hábil y poco reconocido para que los inmortalizaran en los respaldos de las sillas de su comedor. En las paredes colgaban cuadros religiosos, bodegones antiguos, carteles viejos de Feria de Toros, mapas, grabados y otras curiosidades más vistosas y entrañables que útiles. El resto de las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas con cientos de libros descatalogados y antiguos, probablemente resignados estos a no ser leídos nunca más y como mucho, ser adquirido por algún fulano para llenar una biblioteca particular de piezas antiguas y dar el pego de intelectual bohemio y barroco, aunque seguramente lo más que leían eran los periódicos deportivos y no sabían la diferencia entre una novela y un ensayo.

Tomás se había detenido en una de las estanterías y leía los títulos de los libros de la misma forma que alguien que no entiende absolutamente nada de mecánica y tiene una avería. Abre el capó del coche, se pone a toquetear tubos y mirar el panorama sin sentido alguno y sin ninguna posibilidad de hacer algo que solucione el problema. Mientras continuaba examinando el contenido de aquel mueble se le acercó repentino y sigiloso el dueño de la tienda. Le sobresaltó un poco.

El hombre pesaba unos ciento cincuenta kilos y rondaba el uno noventa. Vestía extremadamente elegante con pantalones de pinzas azul marino, camisa a medida con sus iniciales grabadas, con unas rayas muy finas y con gemelos en los puños, tirantes marrones y zapatos a juego. Estaba perfectamente peinado y perfumado. La percha impresionaba. Se preguntó como era posible que aquel hombre tan grande pudiera pasar entre las mesas de las imágenes o como era posible que estuviera al lado suyo sin que los tablones del suelo hubieran crujido nada en absoluto.

—Oh, por Dios, siento haberle asustado, señor —se disculpó amable al ver la reacción de Tomás. Su suave, fina y dulce voz no casaba mucho con su cuerpo. Notó que era muy amanerado.

—Tranquilo, es que no le oí llegar.

—Jajajaja —rió orgulloso—, suele pasar, me muevo por estas tablas como una mariposa. Soy Andrés Jurado —le dio la mano como lo haría una mujer—, le noto algo perdido, si me permite la indiscreción. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, bueno, sí... la verdad es que no lo sé. Seguramente ha sido un error entrar aquí. No creo que pueda ayudarme, lo siento.

Al disponerse a salir lo paró con cuidado.

—A ver, querido amigo, hay tres clases de personas que entran a un anticuario como este: Uno, las que entran a mirar sin tener ni idea de lo que miran. Me divierten pero me cansan, patatín patatán y luego nada de nada. Dos, las que saben lo que buscan y van directas al artículo. Esas son un poco aburridas, quiero esto, te pago y hasta luego, gordito. En tercer lugar, y creo que son las más inteligentes, son las que consultan con el gran conocedor de lo antiguo, con el maestro del buen gusto, con el gurú de las antigüedades sean cuales sean, es decir, *moi*. Usted tiene cara de inteligente, así que por favor, consulte y deje que toda mi sabiduría ilumine su camino, que lo mío no son kilos, lo mío son conocimientos.

Tomás lo miraba fascinado y convencido al dar cuenta de que lo que para muchos hubiera sido algo de lo que avergonzarse, Andrés lo utilizaba orgulloso para su propia ventaja y funcionaba perfectamente. Desprendía un caché intelectual por encima de la media. Nadie con dos dedos de frente se atrevería a ridiculizar a aquel hombre sin quedar como un auténtico estúpido, y si lo hacía, estaba seguro que Andrés le daría la vuelta a la ofensa con una clase digna de cualquiera de los toreros que anunciaban los carteles *vintage* que colgaban por las paredes de la tienda.

—Verá, Andrés. Es Andrés, ¿verdad? —el anticuario asintió con una sonrisa—. Es que no sé muy bien ni qué preguntarle.

—De acuerdo, ¿le parece si tratamos de encontrar la pregunta entre los dos? —Tomás levantó las cejas algo escéptico—. ¿Por qué ha entrado en la tienda?

—Necesito información y me pareció que éste era un buen lugar para encontrarla.

—¿Por qué piensa que la podría encontrar aquí y no en una Biblioteca o en Internet?

—La información que busco... esto es una tontería, lo siento pero no puedo.

—Siga, querido amigo, ¿la información que busca...?

—La información que busco está relacionada con algo que es imposible y que todo el mundo, incluido yo, sabe que no puede ser. Hasta ayer me hubiera parecido increíblemente absurdo que alguien pensara en serio en lo que yo estoy pensando.

—No se castigue, hombre. Puede que tenga razón o puede que no. Seguro que concuerda conmigo si le digo que siempre ha habido cosas que han sido imposibles y en algún momento han dejado de serlo. En algún momento de la historia era imposible que el hombre pudiera volar, también era imposible que el hombre llegara a la luna, imposible que pudiéramos hablar con alguien al otro lado del mundo con un aparato sin cables... lo imposible es relativo. No tiene nada que perder y puede que mucho que ganar.

—Puede que tenga razón.

El hombre miró hacia arriba, movió la cabeza negando y junto con ella descompasada también su gran papada dando a entender que era obvio.

—¡Claro que tengo razón! Venga, dígame que le ha traído hasta aquí.

—Venía buscando algo relacionado con la reencarnación o los viajes en el tiempo —el rostro de Andrés cambió sorprendido—. ¿Ve? Ya lo decía yo, es una tontería.

—No, no, disculpe si mi sorpresa ha parecido algo que ni mucho menos quiero transmitir. Simplemente me han sorprendido los temas en cuestión. Pero ¿por qué en un anticuario? Hay muchos libros, novelas contemporáneas que tratan esos asuntos, películas, artículos científicos o religiosos...

—No lo sé, pero creo que lo que busco no tiene nada que ver con lo contemporáneo, busco algo

antiguo, por eso he entrado aquí.

—¿Por qué ha dicho que hasta hoy usted tampoco creía en esos temas?

—Hasta ayer no recordaba nada de mi vida antes de haber cumplido quince años. Alguien me encontró inconsciente y completamente desnudo a la orilla del Guadalquivir cuando tenía esa edad. Pensaron que me había dado un golpe en la cabeza o algo por el estilo y por eso no recordaba nada. Teníamos la esperanza de que remitiese pronto, pero no fue así. Nadie se preocupó por buscarme, nadie me reclamó. La Junta se hizo cargo de mí, me llevó a un hogar de acogida y ahí arrancaron todos los recuerdos que tengo de mi mismo hasta ayer por la mañana. Una situación de muchísimo estrés y tensión hizo que sufriera un infarto. Mientras estuve inconsciente soñé, o mejor dicho, recordé todo lo anterior y créame que sé que no tiene lógica ninguna, pero estoy seguro de que no fue un sueño, estoy seguro de que son recuerdos. Recordé que alguien me disparó en la espalda y que caí al mar. Era 1779.

Andrés le miraba serio con muchísima atención e interés. No soportaba a los nuevos místicos que se las daban de expertos porque habían leído en Google o en algún blog extraño algo que creían antiguo, sobre todo relacionado con mapas viejos de la ciudad que pensaban que podían llevar a algún objeto valioso. Le hacían perder el tiempo con temas absurdos que no le interesaban para nada. Pero en el caso de Tomás estaba siendo diferente. Notaba angustia y sinceridad en sus palabras. Era exactamente como el hombre extraño, al que había dado por loco y al que siguió el juego por puro aburrimiento, le había dicho que sería.

—¿Cómo se llama? —preguntó con la calma que quería transmitir.

—Disculpe, antes se presentó y no hice lo propio. Soy Tomás de la Torre —se estrecharon la mano. Andrés recordaba que ese era uno de los nombres que apuntó en su momento.

—Tomás, ¿podría pasar el cierre a la puerta y girar el cartel de Abierto? Yo voy a buscar algo a la trastienda.

Tomás obedeció y esperó expectante a que volviera Andrés. Al cabo de unos minutos el amable dependiente volvió con lo que parecía un libro envuelto en un paño, parecía valioso o importante.

—La primera vez que se habla de la posibilidad de viajar en el tiempo en la literatura se remonta al siglo VIII en un libro de poemas Japoneses —comenzó Andrés abriendo el libro, lleno de caracteres asiáticos y con muchísimas láminas y dibujos. Pasaba las páginas con mucho cuidado para que no se estropearan lo más mínimo—. Este libro es un manuscrito copiado del siglo XVIII. En él se cuenta la leyenda de Urashima Tarō o Urashimako. Este hombre era un pescador que ve a unos chicos que están maltratando cruelmente a una tortuga. Al presenciar la escena ayuda al animal y éste, herido, le agradece la ayuda y se va. Al día siguiente vuelve a verlo. En realidad la tortuga es la hija del emperador del mar y le invita al palacio donde vive con su padre. Cuando llegan a palacio, la tortuga se convierte en una princesa preciosísima. El hombre se queda en el palacio durante tres días, pero finalmente desea volver a su hogar para visitar a su madre que está a punto de morir. La princesa le da una caja misteriosa, diciéndole que no debe abrirla nunca. Al llegar todos habían cambiado. Pregunta si han oído hablar de la madre o de su familia. Le dicen que Urashima Tarō murió hace trescientos años. Entonces el pescador se sienta bajo un árbol y abre la caja. Al abrirla, Urashima se convierte en un hombre viejo. De la caja sale una voz: “Te dije que no debías abrir la caja nunca. En ella moraba tu edad.”

A Tomás la historia no terminaba de decirle demasiado.

—Como cuento está bien, ¿pero qué podría tener que ver conmigo? ¿Japón? Eso está muy lejos, no creo que sea lo que estoy buscando, no me da ninguna respuesta ni me abre ningún camino.

Hizo el ademán de marcharse. Andrés le agarró de la mano.

—No es un cuento, es una leyenda —corrigió didáctico—. Verás, lo que te voy a decir a continuación va a parecerse increíble, igual que me lo parecía a mí, pero en vista de lo que te ha pasado mientras estabas inconsciente, como mínimo tienes que escucharlo y sopesarlo. De lo que te voy a contar hay cosas que no sé qué significan y de las que no tengo respuesta, sólo te contaré lo que me pidieron que te dijera.

Tomás le miró extrañado y curioso.

—Hace unos tres años vino un hombre y me entregó este libro. Me dijo que en algún momento aparecería alguien para consultar algo de los viajes en el tiempo y que tendría que ver con lo que creía que eran sus recuerdos. Me pidió que te dijera que puedes cambiarlo, que puedes deshacerlo. Me dijo que para conseguirlo tiene que pasar exactamente lo mismo que pasó la otra vez. No sé a lo que se refería, pero después de escucharte, estoy seguro que tiene que ver con la forma en que tus recuerdos dicen que te dispararon.

—¿Qué me estás contando, Andrés? ¿Que alguien vino hace unos años a hablarte de mí y de lo que iba a pasar hoy? No me jodas. ¿Qué pasa? Que me has visto un poco desesperado y has decidido descojonarte del pobre loco, ¿no?

—Entiendo que sea difícil de creer, de hecho, yo hasta hace diez minutos guardaba el libro sin creerme ni una sola palabra de lo que dijo aquel hombre, pero lo cierto es que estás aquí, eres tú el que ha venido.

—Y ahora me lo tengo que creer porque lo digas tú. ¿Qué hago, me pego un tiro en la espalda y todo se arregla? ¡Vamos, hombre! —caminaba de un lado a otro enfrente del mostrador.

—¿Tienes un tatuaje en la espalda? —Andrés pasó un par de páginas y llegó a una en la que había un dibujo que le mostró—. ¿Es éste?

Tomás lo miró rápido con algún recelo. Las respuestas que había ido a buscar no eran las que estaba recibiendo y eso lo desconcertaba sobremanera.

—No sé, puede ser, es solo un círculo con garabatos, igual que lo que tengo en la espalda, no significa nada, lo he comprobado, no significa nada.

—¿Te acuerdas de cuándo te lo hiciste?

—No —seguía moviéndose nervioso y negando con la cabeza—. Ya lo tenía cuando desperté.

—Lo que llamas garabatos es un antiguo dialecto que mezclaba fonemas y vocablos chinos y japoneses que se usaba en algunas islas que están entre los dos países. Ese idioma se dejó de usar comúnmente hace siglos. Por eso no sabes lo que significa lo que tienes escrito. Quien o quienes te lo hicieron lo pusieron ahí por algo, Tomás, no es un simple adorno en tu piel. El hombre me dijo: el tatuaje marca exactamente la zona de entrada, no puede ser él, tiene que ser otro, tiene que ser igual y al día siguiente todo habrá cambiado. Tengo que confesar que esa frase fue la menos que entendí.

—Joder, Andrés, joder... ¿me estás diciendo que llevo tatuada en la espalda una puta diana, que el centro es el premio gordo y que tengo que buscar a alguien que me dispare justo ahí? Esto tiene que ser un chiste...

—Mío no, eso te lo aseguro, y del hombre que trajo el libro, no lo sé. No sé, Tomás, puede que todo sea una coincidencia o que de algún modo alguien te haya empujado hasta aquí sin que te hayas dado cuenta y te tuviera preparada está sumamente compleja broma que encaja con aspectos relacionados contigo que son únicos. No lo sé.

—Pues ¿sabes que te digo? Que no, que no me lo creo, que no, hombre. Que no puede ser la solución a mi problema que me peguen un tiro en la espalda exactamente donde se supone que ya me lo pegaron. No sé como lo has hecho, porque lo has hecho de cojones, pero no.

Tomás se alejaba del mostrador y se disponía a esquivar la primera mesa que se interponía en su camino hacia la salida.

—Una última cosa, Tomás. Aquel hombre me pidió que te dijera algo más: “Puedes salvarlas, puedes salvar a Ana y a Cloe”.

Frenó en seco y miró hacia el suelo. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía saber Andrés o cualquier otra persona lo de Ana y Cloe? Usó la mano derecha para taparse los ojos y aprovechó para pellizcarse fuerte la nariz para confirmar que no estaba soñando. Desandó sus pasos para ponerse de nuevo en frente de Andrés.

—¿Cómo sabes quién es Cloe o Ana? ¿A qué te refieres con que puedo salvarlas? ¿Cómo sabes que les ha pasado algo?

—Tomás, yo no sé nada, no sé quienes son ni que les ha pasado. Sólo te digo lo que me pidió que te dijera si optabas por marcharte —Andrés lo miraba con ternura percibiendo lo difícil que era encajar todo aquello.

—Vale. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora con toda esta información? ¿Qué hago con lo que ahora sé?

—No sé que decirte, pero creo que no se trata de saber, más bien se trata de creer. Se trata de si crees o no crees en que esto pueda ser verdad y si crees, si esa fe es lo suficientemente fuerte como para hacer lo que pide. Sabes tan bien como yo que por fe se han hecho cosas terribles y maravillosas, que es una fuerza muy poderosa que impulsa a quien la posee en grado superlativo a hacer acciones impensables, normalmente con el fin de agradar a un ser superior o ganar algo para uno mismo. En este caso, creo que es más bien lo segundo. Me da la impresión que todo se reduce a dos preguntas, Tomás: ¿Crees? Y si crees, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar?

Tomás lo miró, cerró los ojos y se pasó la mano desde la frente hasta la coronilla. Suspiró como si eso fuera algún tipo de brújula para saber que hacer.

—¿Qué hago?

—Haz lo que te diga tu corazón, puede parecer una frase hecha, sin embargo, creo que en este caso encaja perfectamente.

Andrés le cedió el libro y Tomás se fue.

## 17- CREER O NO CREER

Sábado, 25 de Mayo de 2019

Al girar la llave para entrar en su casa, la sensación de vacío lo llenó por completo. La ausencia de ruido confirmaba que no estaba, que todo era real, que por mucho que hubiera pedido a ese Dios en el que no creía que por favor todo aquello no fuera verdad, lo era. Que su preciosa y alegre mujer, que prácticamente todo el rato cantaba sabiendo que lo hacía como los ángeles, que reía sin demasiados motivos, que le esperaba para sorprenderle con alguna gracietta, que le salvaba absolutamente todos los días, ya no estaba. Tampoco estaba quien todavía no había llegado pero ya era casi omnipresente. La que se movía en la barriguita cuando papá le hablaba, la que era el centro de casi todas las conversaciones y la protagonista absoluta de todo lo que estaba por pasar. Cloe tampoco estaba. La casa era otra. Ya no era su hogar, se había convertido en una suma de paredes y muebles con la habilidad de golpearle donde más le dolía. Llorar cada vez le escocía más. La sal que contenían las lágrimas habían agrietado sus párpados y al surcarlos una y otra vez no daban opción a la piel a recuperarse. Por más que lo intentaba, no era capaz de contenerlas aunque sólo fuera para evitar aquel incómodo dolor.

En la puerta de la nevera, Ana había colocado todas las fotografías de las imágenes en 3D que la ginecóloga les había dado de Cloe. En la primera sólo ella lograba adivinar las formas de su cuerpito —“que estos son los bracitos y estas son las piernas, que todavía no se sabe si es niño o niña, así que eso no puede ser lo que tú crees que es. Es una piernita hombre”—, la última era casi una foto de la pequeña. Se veían perfectamente su naricita, el perfil de los labios dibujando una pequeña sonrisa, los ojitos cerrados y una manita colocada hacia arriba con la que parecía que saludaba. Recordó que al sacarla la ginecóloga dijo que se parecía un poco más a la madre, algo que él por supuesto, agradeció. Despegó el imán que la sostenía, cogió con mucho cuidado la foto de su hija y le dio un beso. Puso la foto en su bolsillo.

En el pasillo, habían decidido crear la ruta de los viajes. Cada viaje que hacían tenía que aparecer allí, pero no de paisajes bonitos. Ana decía que lo bonito de los paisajes eran ellos, que había millones de fotos de la Torre Eiffel, del Coliseo de Roma o de la Estatua de La Libertad, que cualquiera podía comprarlas en cualquier sitio con la luz y el contraste perfecto, pero con ellos no, que las fotos en las que salían eran piezas únicas y de colección con un valor incalculable. Decía que eran tesoros, que prefería tener una foto de ellos enfrente de un contenedor de basura que un Velázquez o un Picasso. El pasillo estaba lleno de *selfies*, todos con ella sonriendo y demostrando que era feliz. Las había colocado por tiempo, las primeras eran del primer viaje, y así hasta el último. Daba igual que fuera en bikini en el fabuloso paseo de la playa de Arinaga en Gran Canaria con los molinos de viento al fondo, forrada por un chaquetón acolchado en Edimburgo, o comiéndose un bocadillo en el barrio latino de París, Ana siempre salía espectacular en todas las fotos. Él se comparaba con ella. Le daba rabia que saliera siempre bien y por su culpa, tenían que repetir las una y otra vez hasta que saliera una en la que no fuera extremadamente descompensada. Ella le mentía y le decía que él también salía bien en todas. Se acordó de la vez que fueron a Port Aventura y en las fotos que hacen cuando todos el mundo está acojonado porque caen al vacío en la montaña rusa o cualquier otra atracción y que propicia que la foto sea más bien para retratar la cara de terror o mareo de cualquier persona normal. En el



caso de ella no, siempre salía sonriendo, en alguna ocasión incluso parecía que posaba, se le veía a él con el rostro desenchajado tipo Igor de *El jorobado de Notre Dame* y a ella como si fuera Jennifer López, aunque mucho más guapa. Cogió una de las pocas fotos en las que estaba Ana sola, la sacó del marco, le dio un beso y se la metió en el bolsillo.

En su cuarto estaba la ventana abierta, el viento había sacado la cortina hacia afuera haciéndola ondear como si fuera una bandera. La cama estaba deshecha, con el edredón tirado en el suelo. Ana se resistía a poner algo más fino, decía que por la noche todavía refrescaba, que tenían que aguantar por lo menos hasta Junio. Se resistía a darse por vencido y lo que hacía es que por la noche, al acostarse, se cubría con la sábana y echaba todo lo sobrante encima de ella. A los dos minutos el edredón iba a parar al suelo y se quedaba allí hasta el día siguiente. Cuando Tomás no trabajaba de mañana o libraba, hacía la cama y siempre se quejaba de lo mucho que pesaba y de lo incómodo que era de maniobrar —“si te tienes que pelear con un malote de 120 kilos de músculos lo haces sin problema, pero mover ese trocito de tela es un mundo, ¿no? Que siempre te estás quejando, que es eso, que eres un abuelo quejica. Además no sé para que dices nada, el cambio es el uno de Junio, lo digo yo que aquí soy la jefa y punto”—. Al mirar la cama parecía verla a ella allí, dormidita, tranquila, segura. Se echó en su lado y cogió su almohada para abrazarla. Olía a ella, no a su champú ni a su colonia, olía a su ser. Él, para hacerle rabiar le decía que olía un poco a almendras amargas —“tienen que ser amargas, ¿no? ¿qué estás insinuando, que soy amarga? Almendras amargas dice, yo no huelo a eso, yo siempre huelo muy bien, que soy muy limpita. Tú sí, que hueles a choto cuando llegas de trabajar”—. Le encantaba como olía, a veces mientras ella dormía, se acercaba y la abrazaba sólo para disfrutar del aroma que salía de los poros de su piel. Ahora, cerraba los ojos y se imaginaba que la almohada era ella, sin pensarlo dijo en voz alta: —*Te amo, reina*. Se quedó dormido profundamente.

Después de una hora volvió a abrir los ojos. El tiempo había pasado extrañamente rápido. Tenía la percepción de haber cerrado los ojos sólo unos instantes, casi como cuando se apaga el despertador y se decide quedarse cinco minutos más y al cabo de lo que parecían cuatro, han pasado cincuenta. Había soñado con ella aunque no lo recordaba. Se incorporó despacio y al mirar hacia la puerta que daba al pasillo vio de refilón una parte del corazón que Ana había pintado en la pared de la habitación de Cloe.

De todas las partes de la casa, aquel lugar, aquella pared era la que más miedo le daba, la que sabía que le golpearía más fuerte. En esa pared, en ese corazón, estaba todo por lo que había luchado y que ahora había perdido. En esa pared estaba lo que podía haber sido y no sería, dentro del corazón estaba todo. No obstante, también entendía que justo esa pared era la que lo podía ayudar a decidir. Era la que lo podía guiar en el camino que debía tomar. Justo esa pared era la que podía hacerlo más fuerte, como cuando un gladiador herido tenía que saltar a la arena a enfrentarse a algún animal salvaje o un rival muy superior sabiendo que o muere o le vence, pero si le vence él será el rival a batir.

Entró despacio evitando mirar directamente al corazón. Se percató que detrás de la puerta había una pelota hinchable de color rosa. Probablemente Ana la habría comprado para ponerla como parte de la decoración de la habitación, basándose casi seguro en alguna foto que le había gustado del *Pinterest*. Al verla, la recogió y la miró aún más triste. Pensó que una parte de Ana estaba dentro de aquella pelota. Aire que la había recorrido por dentro era lo que le daba forma y volumen. Dudó si quitar el tapón y dejar que aquel aire saliera y él poderlo respirar o dejarlo allí y esconderlo en una caja fuerte donde se guardan las cosas que tienen más valor. La puso con cuidado en el suelo y se sentó al lado de ella apoyando la espalda en una de las paredes que

estaba completamente pintada. Sentado empezó a pensar en lo que le había dicho Andrés, en que todo era cuestión de creer.

Miraba directamente al corazón y leía una y otra vez lo que Ana había escrito: TOMÁS, ANA, CLOE, FAMILIA. Notó como el pecho le estaba dando otro aviso, como le pedía que no forzase tanto la máquina. Le estaba diciendo que si seguía apretando no podría aguantar mucho más. Evitó hacerle caso, el corazón de la pared era mucho más importante que el suyo. Sacó las dos fotos del bolsillo, volvió a besarlas y las puso en el suelo en medio de sus piernas. Miraba al suelo para verlas, levantaba la vista y miraba al corazón de la pared, otra vez al suelo. Recogió las fotos y de un salto se levantó para ir al salón. Precisaba más ayuda, más armas, estaba entendiendo que él sólo no iba a poder. En unos cajones que había un el mueble de poca altura donde estaba colocada la televisión, estaba la cinta adhesiva que necesitaba. Volvió a la habitación de Cloe y pegó dentro del corazón las dos fotos. Volvió a sentarse al lado de la pelota sin dejar de mirar a la pared.

Intento imaginar que pasaría si hacía lo que aquel hombre extraño o loco que hace años entró en el anticuario le dijo a Andrés que tenía que hacer. ¿De verdad cambiaría algo? Sin darle demasiada importancia a la lógica o a lo que era científicamente correcto, dedujo que si él no hubiera aparecido, no hubiera ido a la Academia de Policía y entonces, lo más probable es que nadie denunciara a JJ. Sus padres no habrían decidido ir a buscarlo en coche y por lo tanto no hubieran muerto en aquel terrible accidente. JJ no tendría la necesidad de vengarse de nadie y no mataría a las cinco personas que mató. Si no hubiese aparecido, no habría ido al *Coffee Shop* a tomar un café con Joaquín, Ana no lo habría conocido, se habría enamorado de cualquier otro y ahora estaría viva y feliz.

Su mente racional le decía que dejara de pensar es eso, que aunque Ana volviera, Cloe no existiría si no fuera por él. Que no, que no iba a pasar, que no volverían de ninguna forma por mucho que él lo deseara o por mucho que hiciera, debía levantarse, llorar su pérdida y seguir adelante, que eso era lo que hubiese querido Ana. Ella hubiese querido que pasara página rápido y que fuera feliz. Miraba la foto de Ana y parecía que le hablaba. Total, ¿de que iba a servir aquello? Seguramente de nada, simplemente moriría como un cobarde que no es capaz de seguir adelante sin la persona que en realidad le sostenía. Decidió no creer.

Al tratar de levantarse para llamar a Joaquín y decirle donde estaba, su corazón le volvió a golpear y lo sentó de un empujón. Puso su mano derecha en el pecho, lo masajeó un poco y volvió a mirar el dibujo de la pared. Siempre había pensado que era una tontería eso de decir que se moriría por alguien y más cuando en muchos casos esa afirmación cursi no la acompañan acciones de verdad. Que lo grandioso era demostrar al otro por como uno se comporta que es capaz de hacerlo, pero ahora sentía que si había alguna posibilidad de salvar o traer de vuelta a Ana dando su vida por ella, lo haría. Lo haría porque se lo debía, por todas las veces que le había salvado. Lo haría porque quería, porque la amaba con todo su ser y sin ella no aguantaría mucho. Que más daba ahora o dentro de dos o tres meses, al fin y al cabo notaba que ya estaba muerto por dentro. Dejó de importarle lo que pensarían los demás, dejaron de existir los demás, sólo le importaba cambiar lo que había pasado. No le importaba la forma en que Ana tendría a Cloe. No sabía como pasaría, pero estaba seguro de que si Ana volvía, Cloe también. El hombre del anticuario dijo que podía salvarlas a las dos. Sólo le importaba que Ana y Cloe volvieran.

Recordó que lo que le dijo Andrés al despedirse se parecía bastante a lo que le decía Ana cuando tenía que hacer algo importante: *“Sopesa con la cabeza, decide con el corazón. Si sientes que tienes que hacer algo, hazlo, cariño. Cuando uno decide con el corazón se equivoca poco y si se equivoca, pues qué se le va ha hacer”* .

Pensó con el corazón y creyó.

## 18 .-CONFÍA EN MÍ

Sábado, 25 de Mayo

Estaba recogiendo la mesa después de desayunar cuando empezó a vibrar su teléfono. En la pantalla no aparecía ningún número ni nombre que identificara a la persona que llamaba, simplemente aparecía Número Oculto. Normalmente Joaquín deslizaba el dedo hacia el lado rojo para rechazar la llamada sin ni siquiera atenderla, pero intuyó que podía ser del hospital.

—¿Dígame?

—Buenos días, ¿es el señor Joaquín Peñalver?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Nuria, le llamo del hospital, hablamos ayer.

—Ah sí, hola, Nuria, ¿qué tal? ¿Cómo está Tomás?

—Bueno, precisamente por eso le llamo. Tomás no está en su habitación. Parece que se ha despertado, se desenganchó, se vistió y se fue. Hemos revisado las cámaras de seguridad y se ve como sale por la puerta principal. Aparentemente parece que está bien, pero es muy peligroso que no guarde reposo absoluto de inmediato o que sufra algún tipo de tensión emocional. Está muy débil, así que debería estar aquí en la UCI durante unos días más.

—Joder. ¿Se ve hacia dónde ha ido?

—Se aleja del hospital y va hacia el parque que está aquí al lado. No sabemos nada más. Hemos intentado llamarlo a su teléfono móvil pero da apagado.

—Está bien, Nuria. Ya me encargo yo de buscarlo y volver a llevarlo ahí. Gracias por avisarme. Adiós.

Puso la taza en el fregadero mientras buscaba el número de Tomás. Efectivamente, dio apagado.

—¿Dónde coño te has metido? —susurro preocupado.

Buscó el teléfono del Capitán para informar de la situación y pedirle ayuda. Después de unos siete tonos respondió.

—Hola, Capitán, ¿qué tal? Le llamo porque Tomás se ha marchado del hospital.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿Qué pasa, que le han dado el alta? —preguntó descolocado. Parecía que lo acababa de despertar.

—No, hombre, ¿cómo le van a dar el alta? Que se ha marchado sin decirle nada a nadie. Me han llamado para informarme y advertirme que es peligroso que no esté allí. Le he llamado y tiene el teléfono apagado.

—Este chico es tonto, coño. ¿Por qué se habrá ido? —pensaba en voz alta—. Voy a decirle a Desi que intente buscarle con alguno de sus aparatejos a ver por donde está.

—Buena idea. Yo voy a pasar por su casa, aunque no creo que este allí... Joder, ¿dónde se puede haber metido?

—Ni puta idea. Voy a dar el aviso para que todas las patrullas que están en la calle estén atentos a ver si lo ven por ahí. La madre que lo parió, coño... joder, si es que es normal. Muchas cosas para el mismo día Joaquín. El pobre estará hecho polvo. Hay que encontrarlo como sea...

—¿Le parece bien que llame a Mila? Ya sabe que a la jodía se le suele ocurrir cosas y acierta..., a ver si nos echa una mano y entre todos lo encontramos rápido.

—Sí, sí, la canaria es un hacha. Llámala por supuesto. Tenme informado de todo, que me dejas preocupado.

Colgó y llamó a Mila.

—Dime Joaquín —a ella se le notaba como si estuviera despierta desde hacía horas.

—¿Qué pasa, Mila? No te habré despertado, ¿no?

—¿Despertado? Joder, si ya salí a correr, me duché y desayuné, exactamente —miró el reloj—, llevo tres horas y quince minutos despierta. ¿Sabemos algo de Tomás?

—Para eso te llamo. Me han llamado del hospital. Que se ha marchado sin avisar a nadie. Lo estoy llamando y nada, apagado. A ver si se te ocurre algo para encontrarlo...

—¡La madre que lo parió! Voy llamar a un par de centrales de radio taxis de la zona a ver si alguno de sus coches ha recogido a alguien con la descripción de Tomás cerca del hospital.

—Perfecto, yo voy a su casa, aunque no creo que esté allí. Cualquier cosa nos llamamos, ¿vale?

—Ok.

Dejó la taza sin fregar, algo que prácticamente nunca hacía, cogió las llaves del coche y salió hacia la casa de Tomás.

Aprovechó el defecto de la puerta de la entrada del portal para abrir sin tocar en el portero automático. Ya enfrente de la puerta del piso, tocó el timbre y repetidas veces con los nudillos en la puerta de madera. No obtuvo respuesta. Tampoco se oía nada dentro. Probó a llamarlo de nuevo a su teléfono. Apagado. Marco el número de Desi.

—Hola, Desi, Joaquín. ¿Qué, has podido localizar el móvil de Tomás? —bajaba las escaleras mientras hablaba.

—Hola, no. Con el móvil apagado es prácticamente imposible, la última señal se la daba la antena que está situada a unos trescientos metros del hospital, pero nada. Estoy tratando de acceder a las cámaras de tráfico de la zona a ver si puedo seguirlo con imágenes, pero está siendo lento, Joky, lo siento.

—Nada, tú haz lo que puedas. Gracias.

Volvió a llamar al teléfono de Tomás. Nada. Decidió que debía ir al hospital y dar vueltas por la zona a ver si estaba por allí.

No estaba en el parque ni en las inmediaciones. Empezó a dar vueltas con el coche sin sentido alguno por la ciudad a ver si lograba verlo paseando por algún sitio.

Pasaban por la cabeza de Joaquín algunas posibilidades de lo que podía haber pasado. Pensó que podía haberse despertado asustado y desorientado y ahora podría estar dando vueltas sin saber muy bien dónde estaba. También pensó en otra posibilidad que le angustiaba aún más. ¿Y si Tomás se había despertado consciente del tremendo golpe recibido, solo, sin apoyo, y había decidido que no merecía la pena seguir? Conocía perfectamente lo que Ana era para Tomás y no era imposible que aquello pudiera pasar. Recordó las muchísimas veces que Tomás le había dicho que Ana le salvaba. Tenía que encontrarlo antes de que pudiera hacer una locura.

Al rato le llamó Mila.

—Joaquín, un taxista le llevó a un anticuario que hay en la calle Feria.

—Vale, voy. Gracias, canaria.

Andrés estaba sentado en una butaca detrás del mostrador, exactamente en el mismo sitio que lo había dejado Tomás.

—Policía Nacional —saludó al entrar al ver que no había nadie a parte del dependiente y para perder el menor tiempo posible. Al tratar de esquivar una de las mesas la golpeó levemente con la cadera e hizo que lo que había encima temblara e hiciera el amago de caer. Todo mantuvo el equilibrio y permaneció en su sitio.

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarle? —saludó amable Andrés.

—Estoy buscando a este hombre —le enseñó una foto en su móvil, ¿le ha visto?

—Sí, hace un par de horas que se ha marchado.

—¿Para qué vino aquí?

—Estaba un poco perdido, necesitaba algo que le ayudara a encontrar su camino.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo decirle mucho, lo siento. Cualquier cosa relacionada con él se lo tendrá que contar él, yo sólo soy un humilde dependiente.

—Joder, ¿estaba bien?

—Si la pregunta tiene que ver con la salud, le noté algo cansado, pero aparentemente estaba bien.

—¿Sabe a dónde ha ido?

—No, siento no poderle ayudar.

Justo antes de la siguiente e innecesaria pregunta que iba a hacerle, le sonó el teléfono.

—¡Joder, Tomás! ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Estoy bien, no te preocupes. Estoy en casa, ¿puedes venir?

—Deberías estar en el hospital, hombre. Venga, voy para allá, no te muevas de ahí.

—Te espero, ponte los guantes antes de entrar.

A pesar de no entender por qué Tomás le había pedido lo de los guantes, antes de salir del coche en dirección al portal se los colocó rápidamente. Volvió a aprovechar el truco del pequeño golpe en seco en la puerta del portal para entrar directamente. La puerta de madera del piso no estaba completamente cerrada, estaba apoyada en el marco sin terminar de sellarlo por completo. Joaquín sacó su arma la sostuvo con la mano derecha apuntando al frente y con la izquierda empujó suavemente la puerta para que abriera al completo, entró prácticamente sin hacer ningún ruido.

La entrada daba al salón. Sonaba bastante alto desde algún aparato de música en la cocina una canción que no supo identificar. Estaba completamente desordenado, como si alguien hubiera entrado a buscar algo o a robar. Todos los cajones estaban abiertos y revueltos, el sofá desbaratado y los cojines en el suelo. Se detuvo un segundo a mirar una foto que habían ampliado y colocado en el mueble de la tele, donde se veían a los tres en el *Coffee Shop*, Ana, con su perfecta sonrisa armada, estaba en el centro y los dos le pasaban el brazo por encima. Fue la primera foto que se hicieron juntos, antes de que fueran pareja, cuando todavía estaban en igualdad de condiciones, si bien reconoció que desde el principio Ana tiró por Tomás y se apartó cuando estaba completamente claro, aunque a él también le encantaba.

En la cocina el panorama era el mismo. Vio que al lado del fregadero estaba en marcha y funcionando con más potencia de lo que podría aparentar por su tamaño un pequeño altavoz con entrada de USB. Al verlo recordó cuando Tomás se lo regaló a Ana, como le acompañó a comprarlo a El Corte Inglés desechando la posibilidad de comprarlo en algún chino porque decía que lo quería bueno, que con lo que lo iba a usar Ana, o era bueno o se iba a romper en quince días. En ese momento sonaba de la selección que ella había grabado *Hasta llegar a enloquecer*, una canción de Diego Martín, que era su cantante favorito. Decidió no apagarlo para no delatar su

presencia. Los cajones, igual que en el salón, estaban revueltos, algunas cosas por el suelo y las puertas de los armarios a medio abrir.

Al pasar por el pasillo se paró a mirar la foto en la que salía él y Sara. Prácticamente no se apreciaban, pero estaban allí. Era un *selfie* de Tomás y Ana de espaldas al mar en una playa de Cádiz. Habían programado la cámara en modo retrato, cuando todo lo que no son los protagonistas se vuelve borroso. En la foto, detrás de ellos, se percibe como una pareja está jugando a las palas en la orilla. Eran él y Sara. Recordó lo que Ana le dijo en una cena: “—*¿Veis lo importante que sois para nosotros? Estáis en la ruta de los viajes, y ya sabéis que aquí no puede estar cualquiera...*” . Recordó como después de decirlo, probablemente por el efecto de algún vino de más, le dio un abrazo y un beso en la mejilla y le susurró al oído: “—*Eres el mejor, gracias por cuidarle, gracias por cuidarnos*”.

Al avanzar vio a Tomás sentado en el suelo en la habitación de Cloe con la mirada perdida en la pared de enfrente. Miró rápidamente en la habitación principal, comprobó que no había nadie y fue al trote al encuentro de Tomás. Guardó su arma, se arrodilló frente a él y le puso las manos sobre los hombros. El arma de Tomás se encontraba en el suelo, a su derecha.

Estaba descalzo y completamente desnudo, sólo le cubría una toalla como si acabara de salir de la ducha. No estaba llorando, aunque su rostro decía que lo había estado haciendo durante muchísimo tiempo, tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida.

—Tomás, ¿qué tal, amigo? Nos tenías preocupados. ¿Cómo te encuentras?

Hasta ese momento, ni siquiera se había dado cuenta que estaba allí, TOMÁS, ANA, CLOE, FAMILIA, acaparaban toda su atención sin hacerle consciente de lo que pasaba a su alrededor.

—Hola, Joaquín, gracias por venir, amigo. Estoy bien.

—No, Tomi, no estás bien, tenemos que ir al hospital, tienes que estar en observación, no puedes marcharte sin decirle nada a nadie, hombre. Te dio un infarto y has estado muchas horas inconsciente. Venga, que te ayudo a vestirte —se levantó y le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse. Se la aceptó.

—No voy a ir al hospital, Joky, me voy a quedar aquí, con mi familia —miró al corazón de la pared con las fotos de Ana y Cloe pegadas debajo de sus nombres—. No quiero ir a ningún sitio, aquí estoy bien.

—Vale, pero tienes que estar tranquilo, me han llamado del hospital y me han dicho que no puedes hacer ningún esfuerzo y que no puedes sobresaltarte, que todavía tu corazón está muy débil, que no aguantaría nada de eso —Tomás asintió tranquilo y obediente—. ¿Qué ha pasado ahí afuera? ¿Han entrado a robar o algo así?

—No. He sido yo.

—¿Cómo que has sido tú? ¿Para qué? ¿Estabas buscando algo?

—No, es para otra cosa. Anoche —cambió de tema—, mientras estaba inconsciente recordé lo que me había pasado. No me refiero a lo que ha pasado en los últimos días, te hablo de lo que me pasó antes de aparecer en el río. Lo recordé todo. Quiero contártelo porque eres mi hermano. Te va a parecer increíble, pero estoy absolutamente seguro de que es verdad. ¿Confías en mí?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que confío en ti. Eres la persona en quien más confío, lo sabes.

—Yo también confío en ti de esa manera, por eso quiero contártelo, porque creo que eres la única persona en el mundo que puede ayudarme. Mientras estaba inconsciente, soñé, mejor dicho, recordé... joder, no es fácil...

—Coño, Tomás, parece mentira, sabes que puedes contarme lo que sea. No lo pienses mucho y suéltalo. Está claro que necesitas decirlo. ¿Qué recordaste?

—Recordé que en realidad no nací en el siglo XX, nací en el siglo XVIII —Joaquín frunció el ceño y se encogió de hombros, sin saber si había oído bien y esperando alguna otra explicación—. Sé que parece una locura. Ya sabes como soy yo para estas cosas, pero estoy absolutamente seguro que no fue un sueño, fueron mis recuerdos. Recordé que trabajaba en el barco pesquero de mi padre, que unos piratas nos abordaron y que me dispararon por la espalda mientras trataba de huir tirándome por la borda.

Joaquín le miraba fijamente a ver si notaba algún tipo de vestigio de locura, de fantasía o de broma en sus palabras. No lo había. Puede que hubiera algo de vergüenza al saber él lo inverosímil que parecía.

—Joder, Tomás, ¿qué estás diciendo? Eso es imposible, amigo. Puede ser por el golpe de lo de Ana, o el infarto... ¡qué sé yo! Pero tu mente te está engañando. Eso no puede ser.

—Sé lo que parece, pero tienes que creerme, es cierto, tienes que confiar en mí. Por favor, confía en mí.

Joaquín se movía inquieto por la habitación sin saber que pensar ni que decirle. La lógica decía que lo que le estaba contando era completamente demencial, pero notaba absoluta convicción y súplica en sus palabras.

—Madre mía, Tomás... vale, me lo creo, no sé cómo pero te creo. ¿Y cómo coño llegaste aquí? ¿Viajaste en el tiempo o algo así? —al escucharse se oía ridículo.

—No sé muy bien cómo. Esta mañana estuve en un anticuario. Me dejó un libro muy antiguo Japonés en el que más o menos se explica algo, aunque no lo entendí muy bien. El libro es lo de menos. Me habló de cosas que tienen que ver conmigo con Ana y con Cloe, cosas que eran imposible que él supiera. Quiero que vuelvan, Joaquín.

Los dos empezaron a llorar y se abrazaron. Al hacerlo, Tomás le quitó el arma.

—Lo sé, amigo, yo también quiero que vuelvan, pero están muertas, no pueden volver —se dio cuenta que tenía la pistola. ¡Dámela, Tomás! Joder, no me asustes.

—¿Si pudieras dar para atrás al tiempo, las salvarías? —preguntó Tomás.

—Claro, Tomás, claro que las salvaría. Pero no puedo, nadie puede salvarlas.

—¿Las salvarías? —insistió Tomás.

Joaquín sintió mucha lástima de su amigo, notaba su desesperación.

—Las salvaría, Tomi, las salvaría.

—Pues creo que podemos hacerlo, tú y yo, podemos evitar lo que ha sucedido.

—No te entiendo, no sé a dónde quieres llegar. No podemos evitar algo que ya pasó, es físicamente imposible, es una puta locura... Vamos al hospital, por favor, no estás bien, Tomás.

—Piensa por un momento que hubiera ocurrido si yo no hubiera ido a la Academia de Policía. Nada de esto hubiera pasado, no habrían muerto los padres de JJ, ni las mujeres de las iglesias, ni Antonia, ni Ana, ni Cloe. Yo no soy de este tiempo, Joky, no pertenezco a él, no debería haber estado aquí nunca. Todo lo que ha pasado por mis acciones o decisiones no debería existir. El tipo que le entregó el libro al Anticuario le dijo que podíamos salvarlas. Tenemos que salvarlas.

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que las podemos salvar? —preguntó con un tono más alto. La cólera y el miedo empezaban a dominarlo— ¿Cómo deshacemos todo lo que has hecho? ¿Cómo se borran veinte años? Es que no te entiendo, no —cada vez estaba más inquieto-, no puede ser. No podemos traerlas. Lo siento, Tomás. No me lo creo. Es imposible que pase nada de lo que estás insinuando

—No tengo todas las respuestas, es más, casi no tengo ninguna, sólo tengo fe en que las podemos traer. No tienes que creerte nada, yo ya creo por los dos. Sólo tienes que confiar en mí,



confía en mí.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—En el centro del tatuaje de mi espalda tengo una cicatriz, es por donde entró la bala que me mató. Para deshacerlo todo, tengo que morir igual...

—¡Y una mierda! —cortó gritando Joaquín— ¿Qué coño me estás pidiendo? Ahora sí, no estás bien... ¿se supone que tengo que dispararte en la espalda? ¿Se supone que te tengo que matar? ¿Y después qué? ¿Se deshace todo por arte de magia?

—El tipo dijo que durante la noche todo cambiaría. No sé muy bien cómo, Joaquín, no sé nada más.

—Es que no sabes nada, Tomás. No sabes una mierda. ¿Qué pasa si no ocurre lo que tú crees? Me habré jodido la vida, te habré matado. Asesinato, Tomás, ¿quieres que me pase eso? Es que no puedo creer que me lo estés pidiendo.

—Joky, he desvalijado la casa, estoy en toalla, tienes los guantes, joder, parecerá que entraron en la casa mientras me estaba duchado y que al salir me dispararon con mi arma por la espalda — se agachó, cogió el arma que estaba en el suelo y se la dio a Joaquín—, absolutamente nadie sospechará de ti. Además, será como si no hubiese pasado, estoy seguro, todo cambiará.

—No voy a hacerlo, Tomás, lo siento pero no voy a hacerlo. No creo que pase, lo siento.

—¿Qué no tienes que creer, coño! —gritó ofuscado— ¡Cabezota! ¡Sólo tienes que confiar en mí!

—Pues no confío, no puedo hacerlo, no confío.

—Vale. Te entiendo, sé que es muy difícil. Lo he intentado y no ha podido ser. De todas formas, me despido, amigo —empezó a llorar y se apuntó a la cabeza con el arma de Joaquín—. Joky, yo ya estoy muerto, sabes igual que yo que aquella bala me mató a mi también. No voy a convertirme en un alcohólico amargado del que Ana se avergonzaría y sé que no podré evitarlo. He tomado una decisión y nada va a cambiarla. A parte de Ana, el mejor regalo que me ha dado la vida eres tú, gracias por estar siempre ahí y cuidar de mí. Ha sido un honor y un privilegio conocerte y que hayas decidido ser mi amigo.

Joaquín levantó las manos para calmarlo. No veía un farol por ningún lado. Entendía lo que quería decir, y sabía que tenía razón, que lo más probable es que no lo pudiera superar, pero no concebía la idea de que su amigo se fuera a quitar la vida delante de él.

—Cálmate, Tomás, por favor, cálmate, hombre. Seguro que entre los dos podemos arreglarlo. Podemos encontrar la solución. Suelta la pistola hermano, suéltala.

—Tú lo has dicho, entre los dos podríamos arreglarlo, pero has decidido que no. Yo voy a morir, Joaquín, la pregunta es si servirá para algo. Tú crees que no, y lo respeto, pero si hay una posibilidad entre un millón de que tenga razón, ¿no merece la pena? ¿Qué más da un tiro en la cabeza o en la espalda? No me estarías matando, me estarías salvando, pero tú decides. Sólo quiero que sepas que te quiero.

Se dio la vuelta, le dio la espalda y caminó hacia la pared donde estaba el corazón. Joaquín notó como la musculatura del brazo de Tomás se movía dando a entender que el dedo también iba a moverse. Pensó en esa posibilidad entre un millón y en lo muchísimo que le quería. Apuntó al centro del tatuaje y disparó. Tomás murió al instante.

—¡Noooooooooooo! —Gritó mientras caía de rodillas, soltaba el arma y empezaba a llorar con intensidad. Era casi como si se hubiera disparado él mismo, como si una parte de él hubiera muerto en ese momento también.

Tomás, había caído hacia adelante, justo en frente del corazón. Joaquín se levantó, recogió su

arma, tocó la mano de su amigo a modo de despedida, salió de la habitación de Cloe, cogió el marco con la foto de los tres que estaba en el salón, salió de la casa y cerró la puerta.

## 19. -HOLA

Domingo, 26 de Mayo 2019

Detuvo el coche justo en frente y miró con rabia el edificio antes de bajar para ver a Tomás. No le apetecía. Su amigo le había mentido, le había condenado para siempre a vivir con lo que le había hecho hacer y no creía que pudiera soportarlo mucho tiempo. No entendía como le había convencido, sabía que era completamente imposible que pasara, pero aún así lo hizo. Siguió su plan al pie de la letra, un plan creado desde la locura y la desesperación al que no terminó de negarse. Pensó que tenía que haberle detenido, que tenía que haberlo convencido de que aquello no iba a pasar, de que no había ninguna posibilidad de que saliera bien, pero no pudo. Estaba seguro al cien por cien. Nada ni nadie podía convencerle de lo contrario. Si no hubiese sido él, Tomás lo habría hecho de todas formas. Había ayudado a su amigo, pero se había jodido la vida. Después de aquello, se entregaría.

Entró en el Anatómico Forense.

—Buenos días. Soy Joaquín Peñalver. Anoche me informaron de la muerte de Tomás de la Torre, me dijeron que le traerían aquí y que pasara hoy. Vengo a recoger sus pertenencias y si puede ser a ver el cuerpo.

—¿Es usted familiar? —preguntó la celadora sin ni siquiera mirarle a la cara.

—No, bueno, directo no. Tomás no tenía familia. Figuro en el documento de voluntades anticipadas como una de las personas a llamar en caso de emergencia o de fallecimiento.

—¿Quién le ha llamado? —interrogó mirando a la pantalla del ordenador.

—¿Me puede mirar cuando me habla, señorita?

La celadora era una mujer de mediana edad. Tenía el pelo oscuro donde ya empezaban a aparecer algunas canas. Estaba sentada, pero aparentaba bajita y un tanto regordeta. Llamaban la atención las gafas. Parecían de las que venden en el chino por cinco euros, de esas que vienen ya graduadas según dioptrías, que te pruebas y compras con las que mejor ves, sin hacerle consulta alguna a un oculista profesional. Le quedaban pequeñas y las patillas se encastraban bastante en su cara, dando mucho protagonismo a una gran mata de pelo negro algo rizado que bajaba por su cara dándole un aspecto desaliñado y masculino. Intuyó ver mal carácter. No soportaba a la gente que le hablaba sin mirarlo. Muy despacio, la mujer apartó la vista del ordenador, se adelantó las gafas hasta la punta de la nariz y mirándolo por encima de las lentes, volvió a preguntar, ahora más despacio:

—¿Quién le ha llamado, señor?

—Me llamó un compañero Policía Nacional anoche sobre las 22:00. Me dijo que le traerían aquí y que pasara por la mañana, es decir, hoy —repitió un tanto molesto.

—Le habrán informado mal, aquí no hay ningún Tomás de la Torre, y según el registro ayer por la noche no entró ningún cadáver.

—Tiene que haber un error. ¿Podría mirar de nuevo, por favor?

—De acuerdo. Miro de nuevo —se volvió a poner sus pequeñas gafas en su zona natural.

La funcionaria tecleó por segunda vez el nombre de Tomás en la casilla de búsqueda. La miraba atento y desesperado por obtener noticias diferentes. Su impaciencia crecía al darse cuenta de la forma que tenía de teclear, usando solo los dedos índice y sacando un poco la lengua mientras lo

hacía. El tiempo que transcurría entre los golpes a la tecla correspondiente parecía una eternidad. Rebuscó en el registro del día anterior, con la intención de encontrar algún nombre parecido o con alguna falta de ortografía, algo que pasaba de vez en cuando.

—No. Nada —dijo a modo de conclusión.

—¿Cómo que nada? Vuelvo y le repito que anoche me informaron de la muerte de mi compañero y que le traerían aquí, el único sitio donde le han podido traer de toda Sevilla es aquí, joder, así que vuelva a buscar señora.

—Vamos a ver señor —dijo ya hastiada—, le estoy diciendo que aquí no aparece y por más que escriba el nombre en la casillita no va a aparecer. Ese señor no ha entrado aquí, y no le permito que me vuelva a gritar. ¿Estamos?

—No sé si se ha enterado, pero le repito que soy Policía Nacional —continuó mientras enseñaba su placa, usando un tono más bajo, lento y amenazador—, si le digo que vuelva a mirar, mira y punto.

La recepcionista estaba a punto de mandarlo a paseo en el momento que salía de desde el interior del edificio hacia la recepción y con destino a la calle un hombre de mediana edad. Vestía pantalón vaquero y camisa blanca. Llevaba también una mochila.

—¿Qué ocurre? —preguntó con tono de ser alguien que mandaba.

—Este señor, doctor, resulta que le estoy dando información y no está conforme. Y de malas maneras, doctor, me pide que mire de nuevo. Yo lo más amable posible vuelvo a mirar y al decirle lo mismo que al principio, él empieza a gritar, a amenazar... ¿ve por qué digo que es mejor tratar con los muertos que con los vivos?

—Tranquila, yo me encargo —dijo mientras tendía la mano hacia Joaquín de forma conciliadora.

—Soy Santiago Hidalgo, médico forense del Anatómico. ¿Qué necesita, señor?

—Disculpeme, Santiago, soy Joaquín Peñalver, la verdad es que estoy bastante nervioso y puede que haya alzado algo la voz. Disculpe usted también, señorita —miró a los ojos a la celadora para disculparse sinceramente—. Verá —volvió a mirar al médico—, como le decía a su compañera, soy Policía Nacional. Anoche uno de los compañeros de mi comisaría me llamó para informarme que habían encontrado el cuerpo de Tomás de la Torre, que es mi compañero de patrulla y mi mejor amigo. Me informó que le traerían aquí y me pidió que viniera hoy por la mañana a recoger sus cosas. Comprenderá lo afectado que estoy, por eso estoy algo nervioso. Vuelvo y le pido disculpas a los dos. El problema es que, según me ha dicho la señorita, no aparece en el registro.

—Está bien,

Joaquín, tranquilo. Siento mucho su pérdida. Comprendo perfectamente que es un momento difícil y estresante. Vamos a ver si podemos ayudarle. Juani, ¿me alcanzas el teclado y giras un poco la pantalla para que la veamos mejor, por favor? —acató la orden al momento.

—Me dice que su amigo se llamaba Tomás de la Torre. Lo ponemos aquí y le damos al *Enter*. ¿Cuándo dice que entró el cuerpo, Joaquín?

—Anoche —respondió mientras miraba la pantalla y leía que no había resultados.

—Verá, señor, en el registro no aparece, lo está viendo usted mismo. Yo ahora salgo de guardia. Llevo aquí toda la noche, le aseguro que no entra ningún cuerpo a este Anatómico Forense desde ayer por la mañana. Estoy seguro de que debe haber sido un error, puede que le hayan llevado a algún otro sitio. Lo cierto es que no lo sé. Lo único que le puedo decir, de verdad, con gran pesar porque sé que en este momento lo menos que uno quiere son imprevistos, es que aquí el cuerpo de

su amigo no está. Le recomiendo que llame a ese otro policía que le informó y que él le explique bien. Puede que por el shock haya habido algo que se entendiera mal.

El doctor, de forma amable y conclusiva, le estrechó de nuevo la mano para despedirse mientras le deseaba buena suerte y le acompañaba hacia afuera.

Ya dentro del coche cogió el teléfono. Llamó a Pedro.

—¿Qué pasa Joaquín? ¿Se te pegaron las sábanas hoy o qué, *quillo*?

—Pedro, ¿dónde llevaron el cuerpo de Tomás? —preguntó molesto y cortante—. Me dijiste que lo traían al anatómico y aquí no está. Han mirado en el registro y nada. ¿Dónde coño lo llevaron?

—¿Cómo? —preguntó con sorpresa.— ¿Qué me estás contando? ¿Qué anatómico ni qué anatómico?

—Pedro, coño, me llamaste anoche para decirme lo de Tomás y que estaba en el Anatómico Forense de Sevilla. ¿Qué pasa, al final lo dejaron en el depósito de algún hospital o algo?

—Churra, ¿estás bien? Ni yo te llamé anoche, ni sé quién coño es Tomás. ¿Te pasaste anoche con la cerveza o qué pasa? Vente rápido a la comisaría que el Capitán preguntó por ti y me salió una mentira más mala que el vino de tetrabrik.

—¿Eres gilipollas o qué, Pedro? No tiene ni puta gracia. ¿Cómo que quién es Tomás? ¿Te estás cachondeando en mi puta cara o qué pasa?

—Eh, eh, tranquilito. ¿Qué te pasa a ti? No sé quién es ese Tomás. No conozco a nadie que se llame así y yo no te llamé anoche. Ven ya. Yo paso de cubrirte más —colgó serio y sin esperar respuesta.

Las náuseas volvían a aparecer en su estómago. Pedro no era de la clase de personas que bromearía con algo como eso. Toda la comisaría se había volcado. Todos estaban muy preocupados, a nadie se le ocurriría bromear con algo tan serio. Un acto reflejo le llevó a abrir la agenda del teléfono. No era posible que estuviera pasando. El cristal quebrado hacía que fuera difícil encontrar cualquier nombre. Sin saber por qué buscó el nombre de Tomás. Estaba en favoritos. Lo seleccionó y le dio al botón de llamada mientras susurraba a media voz: —No puede ser, no puede haberse cumplido, no puede ser—. Justo al sonar el tono de llamada, quizás a medio tono, una voz robotizada contestó: “El teléfono móvil al que llama no corresponde a ningún usuario”. Sin saber por qué buscó el número de Ana. Lo tenía grabado como AAAna. Al segundo tono hubo respuesta:

—¡Hola! ¿Qué tal va la cosa por ahí, cariño?

En ese momento olvidó completamente que Tomás había existido, sin darse cuenta que siempre formaría parte de él.

FIN

DDMVMCMN

Las posibilidades son mucho más altas con esfuerzo que con suerte.

José Carpintero.